

An abstract painting in pastel or soft paint. On the left, a dark cross stands atop a tall, narrow, textured column. To its right is another similar column, slightly shorter and more irregular. The background is composed of broad, horizontal bands of color: a top band of blue and purple, a large central area of warm orange and red, and a bottom band of light blue and purple. On the right side, a large, multi-colored spiral (yellow, red, white, and blue) swirls outwards. The overall style is expressive and spiritual.

ESPIRITUALIDAD
DEL PRESBITERO
DIOCESANO
SECULAR

SIMPOSIO

Comisión Episcopal del Clero

Mons. A. DORADO, Presentación del Simposio.

Mons. M. ROMERO DE LEMA, Discurso de Apertura.

Ponencias:

I. OÑATIBIA, La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica.

A. VANHOYE, Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada.

M. LEGIDO, Conformar la vida con el misterio de la Cruz del Señor.

A. FAVALE, La relación del presbítero con Cristo.

Mons. J. DELICADO, La relación del presbítero con el Obispo.

R. BLAZQUEZ, La relación del presbítero con la comunidad.

S. DIANICH, La espiritualidad del presbítero desde la misión de la Iglesia y su relación con el mundo.

J. MARTIN VELASCO, La espiritualidad del presbítero diocesano en la coyuntura histórico-social actual.

CONFORMAR LA VIDA CON EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR

(El ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad)

MARCELINO LEGIDO LOPEZ

la fuerza de la acción del sacramento. Esto requiere el abandono de una vida y una renuncia que no es un dato negativo, sino una voluntad de entrega, de amor, que Cristo se sirve de mí y me da la capacidad de volver por mí mismo. Y esto suscita en mí una alegría profunda. Es así el servicio de Cristo, que me permite edificar el Cuerpo de Cristo cuando hace pasar a través de mí el amor que el sacramento del Orden lleva consigo una dedicación. Este amor es fuerte en la persona del presbítero; una dedicación que constituye instrumento de Cristo para salvación de los miembros del mundo entero.

CONFORMAR LA VIDA CON EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR

(El ejercicio del ministerio presbital y la espiritualidad)

MARCELINO LEGIDO LOPEZ

Marcelino LEGIDO LOPEZ (*9-1-1935, San Esteban de Zapardiel, Avila), siendo seglar fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Civil de Salamanca, por la que se había doctorado con la tesis *"Demiurgo en la teología de Platón"*. Ordenado sacerdote en 1966, trabajó con los emigrantes españoles de Munich y Sindelfingen (Alemania) preparando la tesis doctoral en Teología en Munich y Tubinga que defendería luego en la Universidad Pontificia de Salamanca. Desde 1972 es cura en una parroquia rural, El Cubo de Don Sancho, de su diócesis, Salamanca. Ha publicado *"La Iglesia del Señor, un estudio de eclesiología paulina"*, *"De dos en dos, apuntes sobre la fraternidad apostólica"* (en colaboración), *"Fraternidad en el mundo"*, *"Misericordia entrañable, historia de la salvación anunciada a los pobres"* y *"Evangelio a los pobres"* (en colaboración).

Nuestra búsqueda sobre “el ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad”¹ pretende desentrañar el hecho de que el servicio apostólico es camino de la configuración con Cristo, el Señor, en el Espíritu, para la edificación de su iglesia hacia el reino. Así aparece en el evangelio². Nuestra contemplación del carisma y la diakonía de los

¹ Nuestro estudio pretende desentrañar la estrecha implicación esencial entre “presbyterorum ministerium” (PO. II) y “presbyterorum vita” (PO. III) en el Decreto del Concilio Vaticano II sobre los presbíteros. El servicio apostólico con-figura la vida apostólica. Conviene tener en cuenta los principales comentarios a Presbyterorum ordinis. F. MARTY, y otros, *Los sacerdotes: Decretos “Presbyterorum ordinis” y “Optatam totius”*. Madrid, 1969. J. LECUYER y otros, “Dekret über Dienst und Leben der Priester”, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Vaticanum II. Teil III*. Freiburg, 1968, 128-239. P. J. CORDES, *Sendung und Dienst. Exegetisch-historische und systematische Studien zum Konzilsdekret “Vom Dienst und Leben der Priester”*. Frankfurt, 1972. LÓPEZ MARTÍNEZ y otros, *Los presbíteros. A los diez años de “Presbyterorum ordinis”*. Burgos, 1975. R. WASELYNCK, *Les prêtres. Elaboration du décret Presbyterorum ordinis du Vatican II*. París, 1968. Hemos limitado nuestro estudio a reflexionar esta implicación en un camino de ida y vuelta entre el NT y PO. Leer el evangelio desde el texto conciliar, pasando a leer sobre todo el texto conciliar desde el evangelio. La iglesia siempre vive bajo la Palabra. Delimitado así el ensayo, apenas encontramos aportaciones a esta búsqueda. Nos faltan estudios en profundidad de los textos bíblicos que fundamentan el decreto y de la lectura conciliar que se ha echo de ellos. Un primer esfuerzo fue el trabajo sencillo de A. WEERS, “Las citas de la Escritura en el Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros ‘Presbyterorum ordinis’”, en *Los sacerdotes*, 395-414; cf. también el excursus de C. WIENER, “Los que aseguran el servicio sagrado del evangelio” (Rom. 15, 16), *ibid.*, 303-306.

² Para descifrar el carisma y la diakonía de los apóstoles hemos de volver a la Escritura. Así lo ha hecho el concilio, cuyo magisterio vivo ha pretendido servir al evangelio, enseñando solamente lo que se ha confiado a la iglesia, en la fuerza y la luz del Espíritu. Pero, ¿qué palabras de la Escritura han tomado los padres para explicar el ministerio apostólico? ¿Cómo les han oído con piedad, las han guardado con exactitud y las han expuesto con fidelidad, para la iglesia que peregrina hoy hacia el reino del Padre, ofreciendo la salvación de su Señor a nuestro mundo? Todavía no hemos emprendido este análisis en profundidad. Pensando en el trabajo pastoral de los sacerdotes, ofrecemos una primera aproximación a las citas del NT en PO. Nos ha parecido conveniente también aportar los paralelos de LG y AG, cuando hablan más temáticamente del ministerio y la vida apostólica. Véanse cuadros sinópticos al final, pp. 175-186.

presbíteros se adentrará en el grupo de "los doce", pues los presbíteros comparten y participan en el "munus apostolorum" (PO. 2)³. El camino como configuración queda expresado de modo admirable, en las palabras de la liturgia de la ordenación presbiteral: "Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y con-forma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

I. EN TORNO A LA MESA DE PASCUA

"De madrugada, mucho antes del amanecer, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración" (Mc. 1, 35). El camino de la misión parte de las entrañas del Padre. Jesús lo comienza vuelto al Padre, en su seno, en la unidad del Espíritu Santo (Jn. 1, 18). Padre, aquí estoy por ellos, para alabanza de la gloria de tu gracia (cf. Jn. 17, 19, 24). "Simón y sus compañeros fueron a buscarle y al encontrarle le dicen: 'Todos te buscan'. El les dice: 'Vayámonos a otra parte, a los pueblos vecinos, a predicar también allí, pues para eso he salido'" (Mc. 1, 36-37). Y, efectivamente, "Jesús recorría los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a la muchedumbre, se le conmovieron las entrañas por ellos, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor" (Mt. 9, 35-36). El Padre ha hecho a Jesús el encargo de su reino: reunir entre sus manos a todos los hombres en una familia de hijos y hermanos, en una tierra nueva, mesa compartida donde se sienten todos y los pequeños pasen a la cabecera a servir con El.

1. La misión de los doce desde la misión de Jesús

El reino es la aurora de la gracia y de la misericordia del Padre aparecida en su Hijo amado, enviado a nosotros para ser entregado por

³ Ofrecemos una bibliografía sobre apostolado en el NT, cuyos trabajos principales hemos marcado con un asterisco; no es ciertamente exhaustiva, aunque pretende ser lo más completa posible. En diálogo con gran parte de estos estudios hemos construido nuestra pequeña aportación. En la bibliografía se descubre fácilmente la historia de la investigación. El método histórico-crítico que empezó planteándose el contexto helenístico y judío del apostolado pasó pronto a profundizar su hondura teológica. Al avanzar en los últimos veinte años el estudio redaccional, la imagen del apóstol en el NT se nos ha llenado de luz y variedad. Hemos empezado a descubrir los acentos distintos y complementarios de las distintas tradiciones: los heraldos marcados por la cruz en Pablo, los seguidores y compañeros en Marcos, los discípulos y catequistas en Mateo, los testigos y continuadores en Lucas, los amigos y los testigos íntimos en Juan. Conjugando dentro del trazado de nuestro estudio estas perspectivas principales, hemos intentado recoger con fidelidad el testimonio del NT. Una pretensión difícil, pues los estudios de las tradiciones están empezando y la limitación y la situación del trabajo apenas si permitía más que una sencilla evocación. Se trata de un apunte provisional, que otros hermanos completarán y trascenderán. Véase este apunte bibliográfico al final, pp. 187-191.

nosotros. El reino, por tanto, aparecerá en él, en sus palabras, en sus signos, en sus sendas. El Hijo amado hace las veces del Padre, le representa, o mejor, el Padre se hace presente en El (cfr. Jn. 12, 44-45; 13, 20). "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14, 9). La misión de Jesús irá apareciendo en el camino de Galilea. Por los caminos reúne a los hermanos y los va sentando a la mesa. Llama y cura a los pequeños para que le acompañen y le ayuden a servir. La misión de los doce sólo puede entenderse desde la misión de Jesús. En los evangelios sinópticos aparecerá primero el "anuncio del reino" y a continuación, estrechamente implicada con este acontecimiento, "la llamada a los apóstoles" a compartir su misión.

Marchó Jesús a Galilea, anunciado el evangelio de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio" (Mc. 1, 14-15). "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande, a los que habitaban en tierra de sombras de muerte una luz les brilló". Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: "Convertíos, porque ha llegado el reino de los cielos" (Mt. 4, 16-17). Esta buena noticia se descifraba entre sus manos. Reino quiere decir rey, lugarteniente, pueblo, tierra y reinado. Cuando él recorría los pueblos y reunía a los hermanos en corro, con los apóstoles y los pobres a su lado, se veía realizado lo que anunciaba. El Rey era ahora el "Padre", suyo y nuestro (cf. Mt. 6, 9-10; 23, 8b-9; Jn. 20, 17). El lugarteniente, el Mesías, es ahora el Hijo enviado, a quien el Padre ha confiado su amor, ungiéndole con el Espíritu (Lc. 4, 18a). Al pueblo hemos de llamarle ahora familia de hermanos en torno al Hijo, que se entregan con él por entero al proyecto del Padre (Mc. 3, 31-35). A la tierra hemos de llamarla hogar, tierra abierta, sin muros ni cadenas, como en el año de gracia del Señor (Lc. 4, 19). El reinado es el ejercicio de la justicia del Padre (cfr. Mt. 6, 33), que es la gracia de su misericordia que derriba a los potentados de sus tronos y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos (cfr. Lc. 1, 52, 53; 4, 18b). Los pequeños han pasado a la cabecera de la mesa del reino para servir a todos con el Ungido. "Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia. ¡Y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!" (Mt. 11, 5-6).

Jesús llama a un puñado de hermanos para que comparta con El la misión que el Padre le había confiado a El. Y les llama en grupo, el grupo de "los doce". "Subió al monte y él mismo llamó a los que quiso y vinieron a él. E hizo a los doce ("epoiesen dódeka") para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y que tuvieran poder para arrojar a los demonios. Y los hizo doce" (Mc. 3, 13-16). En los paralelos sinópticos a este texto, se puede precisar más todavía la llamada y misión de los doce. Jesús los llama con la mirada puesta en el Padre, vuelta después a la muchedumbre y a la tierra y de modo especial a las angustias y esperanzas de los pobres (Lc. 6, 12-1; Mt. 9, 36-10, 5). "Por aquellos días

se fue al monte a orar y se pasó la noche en oración a Dios. Cuando se hizo de día llamó a sí a sus discípulos, eligiendo doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles (apostólous)" (Lc. 6, 12-13). Vuelto desde las entrañas del Padre, se sintió conmovido al ver al pueblo que se reunía en corro, pueblo salido en gran parte de los que estaban despojados y abatidos. "Bajando con ellos se detuvo en un sitio llano. Había una gran multitud de discípulos suyos y una gran muchedumbre del pueblo de toda Judea, de Jerusalén, de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades" (Lc. 6, 17-18). Jesús, que acogía en absoluta obediencia la misión del Padre, y se había puesto en camino para realizarla, se daba cuenta de que la mies era mucha y los obreros pocos. Pocas manos para segar una cosecha tan grande (Mt. 9, 37), y para tirar al mar una red tan abarcante (Mc. 1, 17).

2. El encargo en la mesa de los caminos

Nos encontramos, pues, con que el grupo de los doce es llamado por Jesús, conmovidas sus entrañas, precisamente en el corro de la multitud, en el corro de los discípulos, con la tierra convertida en mesa. Su llamada se dirige a un puñado de pobres sacados de Galilea. Es una llamada a compartir su misma misión. "Los hizo doce y puso a Simón el nombre de Pedro, a Santiago el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso por nombre Boanerges, es decir, hijos del trueno; y a Andrés y a Felipe, y a Bartolomé y a Mateo, y a Tomás y a Santiago el de Alfeo, y a Tadeo y a Simón el Cananeo, y a Judas Iscariote, que incluso le entregó" (Mc. 3, 16-19; Mt. 10, 2-4; Lc. 6, 13-16; Hech. 1, 13). En la mesa, les compartió su misma misión: anunciar el evangelio, curar a los pobres, echar los demonios. Reunir a los hermanos, preparar la mesa, poner a los pequeños junto a él. Servir el pan, partido con sus manos. La misión, que les comparte, es, por tanto, para reunir la familia y preparar el hogar del reino del Padre. Claramente para reunir con él su iglesia, en camino hacia el reino.

El acontecimiento de la multiplicación de los panes es el signo más expresivo del camino, antes de la crisis de Galilea (cfr. Mc. 6, 30-44; 8, 1-10; Mt. 14, 13-21; Mt. 15, 32-39; Lc. 9, 10-17; Jn. 6, 1-13). La muchedumbre, atraída por el Señor, ha venido a su encuentro desde los distintos pueblos. Jesús los vio y se le conmovieron las entrañas. Es él, en su misericordia, quien los reúne en el gran corro, convirtiendo la tierra en mesa grande. A un lado tiene a los apóstoles y a otro los pobres. "Se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus pies y él los curó" (Mt. 15, 30). Ahora es cuando aparece la mesa del reino con una claridad que se mete por los ojos. El Hijo preside la mesa. La multitud está en el corro. Los pequeños han pasado a su lado. La tierra inaugura el año de la gracia. Es mesa grande donde se va a partir pan, que sobrará en abundancia. Pero, ¿quién la servirá? Jesús dice a los doce: "Dadles vosotros de comer" (Mc. 6, 37).

Ellos tenían sólo cinco panes y dos peces y se los ofrecieron a Jesús. Sólo El es quien parte el pan. Pero lo hará por manos de sus apóstoles. "Y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos, para que se los fueran sirviendo" (Mc. 6, 41). "Se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente" (Mt. 14, 19). Los pobres han pasado a ser con él los servidores de la mesa de todos. La tierra nueva está empezando ya.

Esta mesa del reino, que se está empezando a poner por los caminos, defrauda a todos. Ha puesto en crisis al mundo. Los grandes creen que si Jesús avanza, poniéndola, se arruina el orden, que ellos identifican con el mundo (cfr. Mc. 8, 11; Jn. 11, 48-50). Los pequeños quieren reivindicar y dar la vuelta al orden establecido para tomar ellos el poder, pero no quieren compartir (Jn. 6; 15, 66). Y hasta los mismos doce se sobrecogen, cuando comprenden que el pan que se parte en el corro es el anticipo del cuerpo entregado y de la sangre derramada de aquel que se entregaba por la vida del mundo. No habían calculado que su camino con él no era sólo compartir y servir, sino incluso morir (cfr. Jn. 6, 67-68). Abierta ya la crisis del camino, Jesús se los acerca de forma más entrañable para enseñarles por dónde ha de avanzar la senda de su servicio. La comunión en su misión será la comunión en su camino y en su destino. Una cercanía inseparable, una comunión ilimitada de destino en su mismo camino. La cruz ha aparecido ya en el horizonte. A todos les ha escandalizado, pero Jesús habla de ella y les prepara insistentemente para atravesar por ella (Mc. 8, 31-33; 9, 30-32; 10, 32-34).

La mesa puesta en el camino, en el corazón del mundo, entre los frentes conduce a la cruz. El segundo tiempo del camino, por tanto, será una invitación a consumir la misión en la muerte. Jesús se dedicó mucho más a ellos, les explicó el misterioso designio del Padre que hacía necesaria la travesía de la muerte a manos de los hermanos. "Pero ellos no entendía lo que les decía y tenían miedo de preguntarle" (Mc. 9, 32). Sin embargo, Jesús, ante el escándalo de la cruz con el que habían tropezado, les enseña con amor y energía la necesidad de comulgar hasta el fondo en su camino y en su destino. Cuando Pedro le reprende por los pasos adelante que da, teniendo ante la vista la muerte (Mc. 8, 31-36) y cuando los hijos de Zebedeo pretenden la toma del poder, para asegurar su vida (Mc. 10, 35-40), Jesús les enseñará que compartir con El su misión en la mesa es caminar con El, servir con El e incluso morir con El, en rescate por muchos (Mc. 10, 41-45). Esta mesa a la que sirven, es radicalmente distinta del mundo. No es una alternativa, es una nueva creación. Lucas tiene especial interés en situar este diálogo en la tarde del jueves santo, cuando los doce pasan del camino al cenáculo (Lc. 22, 24-27). "Pues, ¿quién es el mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc. 22, 27).

3. El encargo en la mesa de Pascua

Han entrado ya en el cenáculo. Jesús quiere confiarles su misión de nuevo. Es en la travesía pascual donde se la confiará definitivamente: en la mesa que se convierte en cruz, en la cruz que se convierte en mesa. Ya están todos sentados en torno a él para la cena antes de padecer. ¿Cómo poder llegar hasta su corazón, expresándoles que la misión es un servicio a muerte? Sencillamente lavándoles los pies (Jn. 13, 1-20) y partiéndoles su cuerpo entregado y su sangre derramada. "Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros". "Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros" (Cf. Mc. 14, 22-24; Mt. 26, 26-28; Lc. 22, 19-20; 1 Cor. 11, 23-25). Está empezando a aparecer la mesa del reino en su plenitud. La mesa son sus manos en las que él mismo se entrega a sí mismo. Encargarles la misión es ahora poner en sus manos el cuerpo entregado y la sangre derramada, anticipo en el tiempo del Reino que se consumará en el porvenir. Ahora también les pasa su pan, para que lo partan. O mejor, les pide sus manos para continuar partiéndolo El, hasta que vuelva. "Haced esto en memoria mía" (1 Cor. 11, 25). "Yo por mi parte dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc. 22, 29-30).

La mesa, que puso entre los frentes, le condujo hasta el madero de los criminales para ser entregado por nosotros. El padre le entregó (Mc. 14, 33-36; Rom. 8, 32; Jn. 3, 16). Nosotros le entregamos, todos, grandes y pequeños (Mc. 14, 53; 15, 1, 13). El mismo se entregó a sí mismo (Gal. 1, 4; 2, 20). "E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn. 19, 30). Un soldado le atravesó el costado. Y de él manó sangre y agua que fueron sobre la mesa cuerpo entregado y sangre derramada (Jn. 19, 34). Su aliento en el agua que nos reúne como hijos y en la sangre que nos comparte su misma entrega a muerte. Los ojos de los hombres quedaron asombrados. Cuando le colgaron del madero, sin saberlo, lo estaban entronizando. Era el mismo Padre quien lo entronizaba en sus manos (Jn. 3, 14; 12, 32). Pues, efectivamente, al Hijo de su amor que se vació tomando la forma de esclavo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, el Padre "lo encumbró sobre todo y le agració con el nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús caigan de rodillas todos los seres, de los cielos, de la tierra y de los abismos y toda lengua confiese: ¡JESUS CRISTO SEÑOR!, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2, 8-11). Es la pascua, el paso del Señor.

El que bajó a las partes más bajas de la tierra ha subido hasta lo más alto de los cielos. El Hijo entregado en la figura del esclavo crucificado ha sido entronizado como el Señor. Hijo sobre nosotros, Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29), Primogénito de toda la creación (Col. 1, 15), Primogénito entre los muertos (Col. 1, 18). El Padre le puso a la cabeza del universo en la iglesia, para que fuera el Hombre nuevo que

encabezara la nueva humanidad hacia la nueva creación (1 Cor. 15, 20-28; Rom. 5, 12-21; Ef. 2, 4-18; 4, 7-24). Es la pascua de la humanidad y del universo. El Padre nos ha arrancado de la esclavitud y de la enemistad para pasarnos a la liberación y a la reconciliación en el reino del Hijo de su amor (Col. 1, 12-20), para recapitularlo todo en él y llevarlo a su plenitud para alabanza de la gloria de su gracia (1 Cor. 15, 25-28; Ef. 17-13; 2, 19-23). Cuando el Señor reúne a su iglesia en la mesa pascual, para hacerla peregrina en el mundo hacia el reino, es cuando él mismo descifra el carisma y el servicio de los apóstoles. El encargo que les hizo en la mesa de los caminos, se lo hace ahora definitivamente en la mesa pascual, para levantarse luego de la mesa y pasar con ellos a encabezar la marcha de la iglesia en el mundo, hasta que entregue el reino al Padre. Hemos encontrado, por tanto, el lugar originario de la misión.

Los discípulos se habían vuelto al cenáculo asustados por el miedo al mundo. Jesús se puso en medio de ellos. Les mostró las manos y el costado y les partió el pan y la copa. Ahora sus manos marcadas por la cruz eran la mesa. Su cuerpo entregado y su sangre derramada, el don que les entregaba. Los hermanos gritaron. Marana tha. Señor, ya estás aquí. Ya está el corro de hermanos y la mesa, para siempre. Pero todavía no están puestos en medio de la creación y faltan muchos hermanos por sentarse. Los pobres mueren en la noche y la creación gime. Marana tha. Ven, Señor, no tardes. La mesa de la pascua era el término y el punto de arranque. Allí los apóstoles son alcanzados definitivamente y definitivamente enviados. Propiamente es allí. El encargo y el camino de antes fue un sencillo anticipo. "Cristo murió por nuestros pecados según las escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras. Se apareció a Cefas, luego a los doce... y en último término se me apareció a mí... Yo soy el último de los apóstoles" (1 Cor. 15, 3-5, 8, 9). El Padre entregó a su Hijo, en el madero de los criminales, el Primogénito entregado como esclavo a la muerte para hacer aparecer la absoluta gracia, la definitiva y total novedad de su misterio, su última liberación y reconciliación. El Hijo, hecho pecado y maldición, es ahora la gloria de la gracia que se abre camino hacia la consumación. Pues, allí mismo, en su travesía, encargó a sus apóstoles el "servicio de la reconciliación", que es el "servicio del Espíritu" (2 Cor. 5, 14-6, 2; cfr. 3, 4-4, 6). "Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Dejaos reconciliar con Dios!". "Ahora es el instante favorable; mirad, ahora es el día de la salvación" (2 Cor. 5, 20; 6, 2b).

En la mesa de Pascua los apóstoles, que han llegado a ser los testigos del Señor resucitado, son enviados en su misma misión, para que él se haga presente por todos los caminos del mundo. Con distintos acentos, el testimonio es, sin embargo, unánime. "Id a decir a sus discípulos y a Pedro, que irá delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dije" (Mc. 16, 7). "Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la

creación" (Mc. 16, 15). "Los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y viéndole le adoraron; mas algunos dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló diciendo: "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 16-20). "Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto" (Lc. 24, 46-48). "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra" (Hech. 1, 8 PO. 10). "Como el Padre me envió así os envío yo a vosotros" (Jn. 20, 21; cfr. 17, 18). Después de enviarles en su misma misión les alentó su mismo aliento. "Dicho esto alentó sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (Jn. 20, 22-23). Viento fuerte y llamas de fuego. "Y quedaron todos llenos del Espíritu Santo" (Hech. 2, 1-4). Desde la mesa de la pascua se iniciaba la travesía de la tierra.

4. El "munus apostolorum" compartido a obispos y presbíteros

El carisma de los doce, el "munus apostolorum", se continúa en el episcopado, junto con el cual el presbiterado comulga este mismo carisma apostólico en "unidad de consagración y de misión" (PO. 7. Cf. LG. 18-20.28). "Esta divina misión confiada por Cristo a los apóstoles ha de durar hasta el fin de los siglos (cfr. Mt. 28, 20)". Ellos encargan la misión recibida a colaboradores, que son después sus sucesores. Así permanece el "servicio de los apóstoles" en los obispos, a los que están unidos los presbíteros. "Enseña, pues, este sagrado Sínodo que los obispos han sucedido por institución divina en el lugar de los apóstoles como pastores de la iglesia, y quien a ellos escucha, a Cristo escucha y quien les desprecia, a Cristo desprecia y al que le envió (cfr. Lc. 10, 16)". "Así pues en los obispos, a quienes asisten los presbíteros, Jesucristo nuestro Señor está presente en medio de los fieles como Pontífice Supremo" (LG. 20-21). El Señor Jesús, "a quien el Padre santificó y envió al mundo" (Jn. 10, 36), ha hecho partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a sus sucesores, los obispos, y junto con ellos, en indisoluble comunión, a los presbíteros (PO. 2). Los presbíteros comparten, por tanto, la misma consagración y misión del Señor en el "munus apostolorum", entrando en comunión jerárquica con los obispos al servicio de su representación como Cabeza de la Iglesia, peregrina hacia el reino (PO. 7).

II. LA REPRESENTACION DEL PRIMOGENITO

Nos encontramos en torno a la mesa del Señor, mesa de Pascua que es Pentecostés. Allí están reunidos todos los hermanos, la iglesia entera, apóstoles y discípulos, todos. El Señor les entrega a todos al tiempo su misión. "Como el Padre me envió, os envió yo a vosotros" (Jn. 20, 21). En esta palabra es enviada la iglesia en la misma misión del Señor. "Alentó su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20, 22). En este aliento es alentada la iglesia en el mismo aliento del Señor. Todos a una testigos, enviados y alentados. El Espíritu es el Aliento del Señor resucitado (cf. 2 Cor. 3, 17). En él se entrega a toda la iglesia, a toda la humanidad y a todo el universo el Carisma originario. El Carisma original y originante, en quien se nos dan todos los dones, es el Hijo entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros, Cristo, Jesús, el Señor nuestro (cfr. Rom. 6, 23). En el Hijo del Amor, en el Amado, el Padre nos entrega todo el Aliento de su Amor (cfr. Jn. 15, 9; 17, 26). En el Espíritu, aliento del Señor que encabeza la mesa de la pascua, se entrega a la iglesia el don de la misión. En este sentido hemos de confesar que el Señor comparte su unción y su misión a todos los hermanos en su iglesia, para que todos, aunque de forma distinta, acojan, compartan y entreguen, y así desentrañen y desvelen el misterio de su gracia. Misterio de liberación y comunión, para alabanza de la gloria del Padre. En su única unción, en su única misión se nos dan los dones ("munera"), para los servicios ("ministeria").

El Don del Señor, único y originario, es el que a todos nos iguala. El Padre nos ha dado en él la comunión del Hijo, la comunión en el Hijo (cfr. 1 Cor. 1, 9). El carisma originario en nosotros es, pues, la comunión en su filiación y en su fraternidad. Todos somos hijos en El y todos somos hermanos en El, Hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, rotas todas las diferencias (cfr. Gal. 4, 4-7; Rom. 8, 14-17; Ef. 2, 14-18; Gal. 3, 26-28; 1 Cor. 12, 13; Col. 3, 11; Ef. 4, 24; Jn. 17, 21-22). Este carisma, que a todos nos iguala al incorporarnos al Hijo, precede a todos los demás dones. Por ello en LG. se anticipa el pueblo de Dios a todos los demás carismas y servicios. "Este pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo", el crucificado, Señor de la gloria; tiene "por suerte la dignidad y libertad de los hijos de Dios"; "tiene por ley el mandamiento nuevo del amor", que El nos entregó; "tiene por fin la dilatación del reino de Dios hasta que sea consumado al fin de los tiempos cuando el Padre sea todo en todos" (LG. 9).

Esta fraternidad en torno a la mesa, que es el "germen de unidad" y el "instrumento de redención" de la humanidad y el universo entero, tiene un mismo Padre, un mismo Señor, un mismo Espíritu, un mismo bautismo, una misma cena, una misma fe. Se han roto las barreras que separan a los hombres en el mundo, el dinero y el poder, la cultura y el sexo, la raza y hasta la misma creencia. Todos hemos llegado a ser una

persona comunitaria en Cristo ("Uno", Gal. 3, 28). Por eso, todos los hermanos comparten la "común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo", "la común gracia de la filiación, la común vocación a la perfección, la única salvación, la única esperanza y la indivisa caridad. No hay, por tanto, desigualdad alguna en Cristo y en la iglesia" (LG. 32). Pero al tiempo, hemos de confesar que el único Don, que a todos nos une, al unirnos nos distingue para compartir la misma misión. En el carisma originario que es el Señor en su filiación y en su fraternidad, se nos dan al tiempo a cada uno de los hermanos, lo que solemos llamar "carismas" para los "servicios". El mismo y único Aliento de su Amor se nos comparte en gestos distintos para llevar adelante su misión, en la complementación de nuestros dones, en todos los cuales unidos, él se expresa, y se da para edificar su iglesia y recapitular el universo. El, en todos nosotros, reúne la familia de hermanos y prepara la mesa común, con los pequeños en el primer lugar del servicio, para alabanza de la gloria del Padre. De esta forma la "distinción... lleva consigo la conjunción por una común necesidad" (LG. 32).

Cuando contemplamos así en su radical unidad la misión del Señor confiada a su Iglesia, comprendemos que el carisma de los doce debe ser contemplado en esta unidad de misión y que es inseparable y complementario de todos los demás carismas, especialmente del laicado y de la vida religiosa. A nosotros, sin embargo, nos importa ahora permanecer en la búsqueda de lo que sea propiamente el carisma apostólico, para descifrar su servicio y su configuración con la cruz del Señor.

Volvamos al cenáculo. Veníamos diciendo que la misión de los doce es la misma misión de Jesús, que él les entregó en la mesa, primero en la mesa de los caminos y por fin en la mesa de pascua. ¿Qué es, entonces, lo que ha sucedido en el cenáculo? Lo primero de todo es que el Señor se ha dejado ver de Pedro y de los doce (1 Cor. 15, 5). Se apareció, se mostró a ellos, se reveló ante sus ojos. "Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor" (Jn. 20, 20). El les dijo: "Mirad mis manos y mis pies. Soy yo mismo" (Lc. 24, 39). Los doce son testigos del Señor, los primeros testigos. Por eso pueden decir: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos, acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio..., lo que hemos visto y oído os lo anunciamos" (1 Jn. 1, 1-2, 3). Y Pablo decía a los hermanos de Corinto: "¿No soy yo apóstol? ¿No he visto yo a Jesús, Señor nuestro?" (1 Cor. 9, 1; 15, 8). Palpar al Señor. Los apóstoles ven al Señor porque son vistos por él, palpan al Señor, porque El mismo los toma de la mano y los allega a sí en el Espíritu. El encuentro, que hace del apóstol testigo, es el encuentro en que el mismo Señor le pasa a sus manos, para compartirle su misión. Es el "ser tomado de la mano por Cristo Jesús" (cfr. Fil. 3, 12). Al ser alcanzado, al ser abrazado, al ser

entrañado en su Señor, en aquel mismo momento es enviado. Sería bueno subrayar no sólo que ellos son los primeros testigos, sino que, además, lo han sido en grupo. Es decir, que al grupo mismo es a quien el Señor ha alcanzado y tomado de la mano para compartirle su misma misión.

El Señor resucitado, al encontrarse con los hermanos, los envía. El encuentro mismo es ya misión. El está a la cabecera de la mesa para pasar a la cabecera de la marcha. Y toma de la mano a sus apóstoles para ir con ellos al camino. "Cuando aquel... que me llamó por su gracia tuvo a bien revelar a su Hijo en mí, para que lo anunciase entre los gentiles, al punto... me fui..." (Gal. 1, 15-16, 17). Efectivamente, a la cabecera de la mesa los encuentra y los envía. Los envía en su misma misión. La palabra que se usa, "como" ("kathos"), significa también "porque". No sólo se le confía el modo de la misión, sino la misión misma; la misión del Hijo al mundo, que es el don del Hijo al mundo (Jn. 1, 16, 17; 17, 18; 1 Jn. 4, 9). En esa misma misión son enviados, en este mismo don son entregados. Por eso en el encargo "id" (Mc. 16, 15; Mt. 28, 19) se da al mismo tiempo el aliento (Jn. 20, 22), que es la misma presencia: "Yo estoy con vosotros" (Mt. 28, 20). El Señor estará en ellos. Hablando y actuando en ellos (Mc. 16, 20). Los doce, en grupo, han sido testigos y por ello son enviados, es decir, misioneros. Son portadores de la misión. O mejor es la misión misma quien les lleva. El Hijo enviado los asoció íntima e inseparablemente a su misión para realizarla él mismo en ellos. De aquí que desde la mesa ellos se ven enviados al mundo entero, a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Es la travesía de la tierra y de la historia, que está realizando el mismo Señor encabezando su iglesia, peregrina en el mundo hacia el Reino del Padre.

1. Los doce son, en primer lugar, la "representación del Señor"

Los doce son los testigos del Resucitado, asociados por él a su misma misión. Pero conviene que entendamos la misión desde la tradición bíblica y judía. Enviar (con el trasfondo de "schaliach") significa enviar con poder. El enviado es un encargado autorizado para representar. El enviado es el rostro del quien le envía. "El enviado de un hombre es este mismo" (Berach. 5, 5). La misión es una mediación para la inmediatez de quien envía. El enviado, por tanto, es un representante. Más que representar al que le envía, el que le envía se hace presente en el enviado. Inmediatamente, presencialmente. Desde aquí se nos abre un horizonte insospechado. El grupo de los doce, testigos enviados por el Señor, son sus representantes. El Señor les comparte su propia representación del Padre como Hijo primogénito entregado en la forma de siervo.

Jesús es el Enviado del Padre, en quien el Padre se hace presente. No

sólo es imagen suya, resplandor de su rostro, marca de su ser, sino su rostro mismo. "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14, 9). Jesús es así el ikono del Padre, en el ikono del siervo. Por medio de El, en su mediación, se nos presenta y entrega de forma inmediata y presencial la absoluta gracia del Padre en su insondable e inmensa novedad. "El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado" (Jn. 12, 44-45). Pero el Señor ha asociado tan íntimamente a los doce a su misión, que los ha asociado a su misma representación. "En verdad, en verdad os digo: quien acoja al que yo envíe, me acoge a mí y quien me acoja a mí, acoge a Aquel que me ha enviado" (Jn. 13, 20). El grupo de los doce es así rostro del Señor, ikono de su presencia. En ellos se presenta él mismo, en ellos se dice a sí mismo, en ellos se entrega a sí mismo. "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado" (Mt. 10, 40, cfr. también Lc. 10, 16; Mc. 9, 37; Lc. 9, 48; Mt. 25, 40, 45). De forma misteriosa, el grupo de los doce son "sacramento del Señor", presencia visible de su rostro invisible, o por mejor decir, visibilización en transparencia de su propio rostro. En ellos, El mismo como Primogénito de los hermanos y de la creación entera se hace presente para darse a sí mismo, en su amor, a su iglesia y por su iglesia a su humanidad y a su creación, hasta su consumación en gloria.

¿Cómo es posible una comunión tan profunda y singular? Convendría leer los textos desde el encuentro pascual. "Se me ha dado todo poder ('eksousia') en el cielo y en la tierra. Id, pues" (Mt. 28, 18-19). Por de pronto, debemos excluir de la palabra poder toda forma de dominio tal como aparece en este mundo. El dominio implica dominación.

Los dueños y señores de este mundo "dominan" y "oprimen". "No así entre vosotros", dice el Señor (Mc. 10, 43). La palabra "eksousia" significa "fuerza" y tiene que ver con "dynamis" y con "Pneuma". Es la fuerza del Espíritu y, por tanto, es una fuerza creadora, que crea la realidad, que inaugura la nueva creación, desarticulando este mundo demoníaco y transfigurándolo en la justicia de Dios, que es su gracia. Ya al comienzo de los caminos, la tradición sinóptica es unánime en decir que el Señor entregó a los doce su fuerza escatológica, es decir, el don del reino, la fuerza de su gracia, que corta los tiempos e inaugura la nueva humanidad para la nueva creación. Hizo a los doce "para tener poder ('fuerza') para echar a los demonios" (Mc. 3, 15). "Les daba poder sobre los espíritus inmundos" (Mc. 6, 7). La misión a anunciar el reino y a curar las heridas de los pobres está implicada con esta "Fuerza y poder sobre todos los demonios y para que curasen dolencias y toda flaqueza" (Lc. 9, 1b; Mt. 10, 1). El reino, aurora de la gracia, que inaugura una nueva creación, es puesto en sus manos. El mismo Señor, entre sus manos, en la fuerza de su Espíritu, reuniría a los hermanos, curaría a los pobres para llevarlos a la mesa y abriría las brechas de la historia nueva de su justicia, en un mundo dominado por las fuerzas cósmicas del mal. El actuaría en ellos, en sus

palabras y en sus signos. Pues su mismo Amor estaba en ellos y actuaba por medio de ellos, para irradiarse en su invencible soberanía.

Ya se lo había dicho en el camino. "No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el reino" (Lc. 12, 32). Pero, cuando llegó la última cena, cuando ya se entregó él mismo a sí mismo, al ser entregado, entonces no sólo les partió el pan y la copa, el reino anticipado, sino que les encargó que en adelante ellos mismos lo partieran en la mesa, desde El, en él mismo. "Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí" (Lc. 22, 29). El Padre le puso en sus manos su Amor, que sería pan en la mesa. Y El les pasó su Amor y su Pan para la mesa, donde proclamarían y entregarían la muerte suya, hasta que él vuelva. El Aliento del Espíritu, en sus manos, mesa y pan que hacen el corro y allanan la tierra, pasa ahora a sus manos. Es este Aliento el que les pone en el camino de la misión. Se me ha dado toda Fuerza para realizar el señorío del Padre en el cielo y en la tierra. Venid conmigo, haced conmigo la travesía de la creación entera. El aliento que es misión, la misión que se realiza en el aliento es el origen de la representación. Ellos actúan "ex persona Domini", pues van llevando su presencia, o son sencillamente mediación transcendida de su presencia a la cabecera de la mesa y de la marcha. Su presencia, que avanza soberanamente, irresistiblemente hacia la consumación del señorío del Padre, en el que ellos participan ahora y participarán en el último día.

Estamos alcanzando la última hondura del carisma y del servicio del grupo de los doce. Testigos enviados en autorización para la representación, son sencillamente la "re-praesentatio Christi". ¿Podríamos ahondar este hecho? Toda la fraternidad del Señor es representación suya. La iglesia es "re-praesentatio Christi", pues es la Iglesia del Señor, que se hace presente en ella. Por eso es un sacramento, su ikono, su rostro. La claridad de su rostro brilla en el rostro de la iglesia para alumbrar a todos los pueblos. Todos y cada uno de los hermanos, y sobre todo los que anuncian el evangelio o sufren la pobreza, tienen una especial sacramentalidad. En todos, laicos y religiosos, el Señor se hace presente para llevar adelante la misión del Padre. ¿Cuál es, por tanto, la representación propia de los doce? Apoyados en el Nuevo Testamento decimos que son "re-praesentatio Christi Capitis".

El los ha tomado de la mano, para pasarlos a las suyas y así darse él mismo a sí mismo en todo su amor. Para darse él mismo delante de la mesa y del camino. El don, que pasa por la mano de los doce, no es sobre todo lo que ellos entregan, sino lo que ha entregado ya para siempre el Señor y que atraviesa el tiempo, presencializándose en cada instante de la historia y en cada rincón de la tierra. Es el mismo don del Reino, su misterio pascual, que El entrega en la mesa y en el camino. En este sentido es el don de sí mismo. Cuando el Padre le entregó y nosotros le entregamos, él mismo se entregó a sí mismo, en el aliento del Espíritu. En la mesa, en el pan, en la palabra, en los signos, en las sendas, es El quien

toma a los doce y pasa por sus manos el don de sí mismo. Pero lo hace como cabeza de la familia y de la casa, a la cabecera de la mesa y del camino. Lo hace ante los hermanos y ante la creación como Señor, es decir, como Primogénito, Hijo que fue entregado por nosotros y que ahora ha sido entronizado sobre nosotros, puesto a la derecha del Padre y a la cabeza nuestra. La representación de Cristo cabeza es, por tanto, la representación del Señor, del Hijo Único y Primogénito en su soberana primacía. Pero, como lo hace sirviendo esta representación, es y será hasta el fin de los tiempos, y más allá de los tiempos, una representación en la forma de siervo, la absoluta gracia que inaugura la nueva humanidad en la nueva creación, desbordándose ya en gloria a lo largo del claro oscuro de la peregrinación.

2. Los doce, en segundo lugar, son una "representación de la Iglesia"

El Señor, como acabamos de decir, es la cabeza de su familia. Si él se hace presente en los apóstoles, como cabeza, está representando en ellos toda la familia de sus hermanos. ¿Por qué eligió a "doce" apóstoles? Se trata de un gesto íntimamente arraigado en la alianza. Jesús ha tomado la promesa profética de que el Padre, en la plenitud de los tiempos, iba a reunir a todos sus hijos dispersos por el mundo (Jn. 11, 52). El Padre, cuando parecía fracasado su proyecto de amor, empieza a reunir en los antiguos patriarcas la familia de sus hijos, como anticipo y figura para reunir a todos los pueblos en la tierra de su herencia. La familia, que comienza en Abraham, será el pueblo de las doce tribus (Gen. 28, 13-14; 29, 31-30, 24), en el que serán bendecidos todos los pueblos de la tierra (Gen. 12, 3; 17, 3-6; cf. 49, 1-28). Doce hombres cabezas de familia representarán al pueblo ante Dios (Num. 7, 12-88) y ante los hombres (Jos. 3, 12; 4, 2). La lista de los "doce", como signo de todo el pueblo, atraviesa las tradiciones históricas (Gen. 35, 23-26; Ex. 1, 2-4; Num. 26, 5-51; Deut. 33, 1-29). La alianza de la promesa, que se hace camino, es acogida en obediencia por el pueblo. Sangre vertida en el altar y en la asamblea. Doce estelas para expresar este gesto del Señor en el monte (Ex. 24, 4-8), de donde parte para la nueva travesía (Jos. 4, 1-24), hasta la gran reunión del pueblo entero en la tierra de la herencia (Jos. 24, 3-13), donde se cumple anticipadamente la historia santa. "Doce piedras" otra vez, para expresar la alianza y la obediencia; "Israel será tu nombre", decía el Señor. "Todo el pueblo le vio y cayeron sobre su rostro". "El Señor es Dios" (1 Rey. 18, 24-31, 39). El pueblo, familia de las doce familias, sacadas de los pobres de la tierra, es el pueblo del proyecto del Señor, es el Israel tal como le ha querido el Señor, como germen y camino hacia todos los pueblos.

Al avanzar la historia parecía irrealizable el propósito. El pueblo continuaba dividido y se había tenido que dispersar. Los profetas, desde

la mirada al pasado de la alianza, vuelven sus ojos hacia el futuro de la consumación. La dispersión de los hijos no será el final de la historia santa. La voz de los profetas señala para el futuro escatológico la reunión de los hijos dispersos por el mundo, como obra admirable de la mano del Señor (Miq. 7, 11-12; Is. 11, 11-16). "He aquí que vienen días, dice el Señor, en que hará retornar a los cautivos de mi pueblo Israel" (Jer. 30, 3). "El que dispersó a Israel lo reunirá, lo guardará como pastor a su rebaño" (Jer. 31, 10; Ez. 39, 27-28). La reunión de los hijos dispersos será una hazaña del Ungido, que reunirá al pueblo de las doce tribus, para reunir en su corro a todos los pueblos y renovar así toda la tierra (Is. 27, 12-13). Será el tiempo mesiánico, cuando se abran los ojos de los ciegos y canten los mudos gritos de júbilo, cuando la tierra abrasada se convertirá en estanque y los dolores en gritos de alegría (Is. 35, 1-10). Al corro de hijos en la casa pequeña sobre el monte reconstruida sobre las ruinas vendrán en marcha todos los pueblos, mientras la tierra entera amanece renovada por la justicia (Is. 60, 4-6; 66, 18b-22). La apocalíptica acentúa esta esperanza cargándola aún más de novedad y de universalidad (Hen. 57; Bar. 4, 36-5, 9; 4 Esdr. 15, 12-13, 39-47; Ps. Sal. 11). Los profetas, cuando hablan del pueblo de las doce tribus, están señalando el comienzo de la consumación. Es el milagro de la alianza, que en el pueblo renovado y nuevo se abre camino hacia toda la humanidad y hacia toda la creación. La verdadera figura del pueblo aparecerá, pues, cuando aparezca el Mesías encabezándolo hacia el reino.

Cuando Jesús llama de los pueblos de Galilea a los "doce", sacándolos del pueblo de la alianza, de entre los pobres, está realizando un gesto profundamente arraigado en su conciencia mesiánica y escatológica. En este gesto expresa su propósito de llevar adelante la misión que el Padre le había confiado: reunir a todos los hijos descaminados y perdidos, haciendo un corro para todos los hombres, sobre el rostro llano y abierto de la tierra. Los doce son un signo profético, que representa a la Iglesia. Por una parte, evocan el paso de la promesa al cumplimiento del viejo al nuevo pueblo de Dios. Por otra parte, evocan a los patriarcas, padres de familia, en los que el Señor realiza su propia paternidad desde la nada de la tierra, abierta en fe viva al don de su alianza que se propone abarcar la historia entera, recreándola en novedad hacia la plenitud. El pueblo, en el que serán reunidos y bendecidos todos los pueblos, es una gran familia de hijos, que heredarán la tierra. Pero todo ello se realizará por manos del Ungido. Por eso, el signo profético de los doce es un símbolo mesiánico. Son una pura referencia al Mesías, que es quien en persona, en ellos y por ellos, reunirá a su Iglesia camino del Reino.

Ahora comprendemos en toda su profundidad, cómo los "doce apóstoles" son la representación de la Iglesia del Señor. Ellos son las primicias ("aparché") de la Iglesia. Conviene que mantengamos nuestra mirada en su realidad de cabezas de familia, expresión viva del único que es cabeza de la Iglesia, el Señor. Cuando decimos "aparché", expresamos

al tiempo la precedencia y la originación. Jesús ha reunido a los doce como sus primeros seguidores, pero al tiempo los ha llamado a ser sus primeros colaboradores. Ellos preceden a toda la familia de hermanos y el Señor, por sus manos, la reúne, la sirve y la guía. Si nos mantenemos en la imagen de la familia de hermanos, ellos son los hijos primeros, a los que el padre asocia a su misión, llevándola con ellos hacia adelante. Por ello, los doce son "parádeigma". En ellos se realiza como en imagen viva la realidad familiar de la filiación y de la fraternidad. Más aún, a través de ellos el Padre y el Primogénito ayudan a los otros a reunirse a la mesa, a compartir y a caminar. La familia de hermanos, que es la Iglesia, sucede en ellos y pasa por ellos. En sus manos y por sus manos. En este sentido los apóstoles del grupo de los doce son una "representación de la Iglesia" en su originación y en su configuración. Si los patriarcas eran los padres del pueblo, o mejor eran los cabeceras de familia en los que el Señor realizaba la paternidad de su alianza, así ahora los doce son germen y camino de la acción escatológica del Padre, realizada en su Hijo para compartirla en la Iglesia a todos los hombres.

La representación de la Iglesia en los doce, debe ser comprendida en último término desde su carisma de la absoluta representación del Señor. Es el Señor en ellos la "aparché"; es el Señor en ellos el "parádeigma". Pues el carisma de los doce es el don y el servicio donde el Señor aparece como el Señor y el Cabeza de su Iglesia, en la absoluta irrupción de su gracia. Y los doce, con las manos vacías y abiertas en la absoluta obediencia de la fe, son una mediación para la inmediatez. Son un signo y un instrumento para que el Señor se represente en su Iglesia y para que la Iglesia se realice y se exprese como Iglesia del Señor. No debemos olvidar nunca en nuestra reflexión que los doce son una relación subsistente al señorío del Señor sobre su Iglesia y sobre su creación.

3. Los doce, en tercer lugar, son una "representación del Reino del Señor"

Si El se hace presente en los apóstoles, como cabeza, está representando en ellos la casa común con la mesa compartida de su reinado. Si el Señor es cabeza del universo en la Iglesia, los doce, no sólo serán germen y diseño de la nueva humanidad, sino también de la nueva creación del cosmos nuevo. Cuando Jesús llama y envía a los doce está empalmando con la promesa profético-escatológica de la llegada del reino. Y como bien sabemos el Ungido no sólo reunirá a su pueblo, sino que lo introducirá en la tierra de la herencia, por los caminos de la justicia de Dios, en su preferencia por los pobres. Ya en la promesa estaba incluida la tierra. "A tu descendencia he de dar esta tierra" (Gen. 12, 7; 15, 18; 17, 8). El Señor, a la cabeza de su pueblo, por manos de sus enviados, lo conducirá por el camino de su voluntad hacia la posesión de la tierra de

la herencia. "Para que viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que os da el Señor, Dios de vuestros padres" (Deut. 4, 1; 5, 31; 6, 1; 11, 8-9; 11, 24-25). Al morir Moisés, el Señor le encarga a Josué: "Pasa ese Jordán, tú con todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy" (Jos. 1, 2). Doce piedras marcarán el paso y la acampada (Jos. 4, 1-24), para que se vea que es la mano del Señor, por sus enviados, quien les da la tierra y les sienta en corro sobre ella. "El Señor dio a los israelitas toda la tierra, que había jurado a sus padres. La ocuparon y se establecieron en ella. El Señor les concedió paz en todos sus confines" (Jos. 21, 43-44). En la tierra quería hacer su justicia, repartiéndola para todos sus hijos (cf. Num. 33, 51-54; 26, 52-56). Pero se sirvió de sus enviados. Los mediadores en este caso fueron los que hacían de cabeza de familia en el pueblo de las doce tribus (Jos. 14, 1). Posiblemente, los hijos no respetarán el corro del compartir. Forjarán muros y cadenas sobre la tierra llana y abierta. Pero el Señor les urgirá hacia la tierra nueva, en el año de la gracia, cuando se derriben los muros y se rompan las cadenas. "Cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia" (Lev. 25, 8-17). Con ello se muestra que la tierra es sólo del Señor y que según su proyecto la repartirá a la familia de sus hijos, inaugurando en el reino del Ungido una tierra de paz, donde habite la justicia (Is. 11, 1-9; 9, 1-6; 42, 1-12; 52, 1-12; 61, 1-4). "Pues he aquí que yo creo unos cielos nuevos y una tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria" (Is. 65, 17; 51, 6; 66, 22).

Quando Jesús empieza a recorrer los caminos anunciando el Evangelio del Reino, se inaugura "el año de gracia del Señor" (Lc. 4, 16-22), que se realiza anticipadamente en su pascua ((2 Cor. 5, 19-6, 2). Entre sus manos la tierra empieza a convertirse en mesa, donde están todos invitados a sentarse y donde los pobres serán los primeros en servir. Pero Jesús, tomando la promesa profético-escatológica, comienza a derribar el muro de separación y a arrancar las cadenas para que la tierra sea llana y abierta, como la palma de la mano, donde se haga el corro de la fraternidad en este aurora última de la gracia. Los doce serán los que le ayuden no sólo como compañeros, sino también como colaboradores. El estará a la cabecera. A su lado los doce, para que hagan el corro grande sobre la hierba, pongan a los últimos a sus pies y tomen parte en la fracción del pan. Su pequeño trozo de pan habrán de pasarlo a manos del Señor, para que él lo convierta en su pan, el pan de vida, el pan venido del cielo, y luego, por manos de los apóstoles, se reparta en el gran corro del pueblo, que se ha sentado a la misma mesa (Mc. 6, 30-44; Mt. 14, 13-21; Lc. 9, 10-17; Jn. 6, 1-13).

Los doce han sido asociados por Jesús a su mismo gesto de compartir y servir. Pero aún no han aprendido bien el camino. El mundo es una inmensa pirámide, en donde dominan "los grandes", "los dirigentes", "los bienhechores". El mundo se constituye sobre la relación amo y esclavo. En la tierra nueva que Jesús inaugura el servicio anulará la dominación. A

los doce, asociados a él, en el mismo servicio, les corresponde el camino de los servidores, en la forma de siervos. En el servicio desde la pequeñez y la ultimidad, llevado hasta la inmolación en representación, se inaugura la mesa de la tierra nueva, en la que el Hijo del Padre está en medio de nosotros como el que sirve, dando su vida "en rescate por muchos" (Mc. 10, 35-45; Mt. 20, 20-28; Lc. 22, 24-27; Jn. 13, 4-5, 12-17). Ellos pretenden un puesto a la mesa del señorío y Jesús les ofrece sólo su mismo puesto en la mesa de la servidumbre, donde después de lavar los pies a los hermanos, hay que partirse sobre la mesa, como un pan que se rompe y una copa que se comparte. En la mesa de la pascua, cruz y mesa al tiempo, se les encarga a ellos el cuerpo entregado y la sangre derramada, alianza nueva, que inaugura ya la nueva humanidad de la nueva creación.

La representación del Reino que se realiza en los doce aparece de forma gráfica en la palabra de Jesús sobre los doce tronos. "yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis vosotros también en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Mt. 19, 28; cf. Lc. 22, 28-30). Jesús ha asociado a los doce a su misión en una comunión ilimitada de destino. Ellos son "los que le han seguido", "los que han perseverado con El en sus pruebas". Reunir a los hermanos en torno a su mesa, puesta entre los frentes, conduce a la travesía de la pascua, pasc del fracaso a la victoria, de la muerte a la vida, de la ignominia a la gloria. En la tradición cristiana primitiva, los pobres y los discípulos, en ocasiones los pobres discípulos tomarán parte en su reino futuro, asociados a su juicio sobre el mundo y a su reinado eterno (cfr. 2 Tim. 2, 11-12; 1 Cor. 6, 2). Pero la afirmación sobre los doce es extraña y propia. Los que han puesto la mesa del reino por los caminos se sentarán también delante de la mesa con el Señor, cuando venga a juzgar. El es el Mesías, que hará justicia en el monte santo, a donde viene el pueblo, como al último tribunal (cf. Ps. 121, 4-5). El es el Hijo del hombre, que vendrá sobre las nubes cuando el Padre realice el juicio sobre toda la historia humana (Dan. 7, 9-14). Es la hora de la consumación plena del Reino. Los doce están allí participando con el Señor, en el juicio y en la plenitud. No sabemos muy bien si este juzgar es decidir con él la sentencia o más bien atestiguarla. Ellos serán testigos del juicio de amor que el Señor hará precisamente sobre la aventura humana. La única pregunta a todos será si han sentado o no en su mesa a los últimos de los pobres (Mt. 25, 31-46). Pero después del juicio viene la plenitud en la mesa de la alegría y de la alabanza. Parece como que el Señor y los suyos continuarán sirviendo para siempre.

El Padre puso a Jesús a servir en la mesa de su Reino. Y El ha puesto a los doce a servir con él. Se cumple en la mesa que los últimos han pasado a ser los primeros en servir. Lo que sucederá en el último día ha empezado ya a suceder por el camino. "No temas, pequeño rebaño, que el Padre ha tenido a bien daros a vosotros el Reino" (Lc. 12,

32). En los doce ha empezado ya a suceder la "palingenesia", la recreación. Esta palabra tomada del pensamiento estoico habla del final de la historia. El universo se incendiará y así se renovará. La perspectiva profético-escatológica, renovada en la apocalíptica, sobre la tierra nueva encuentra en esta palabra una destacada formulación. En el reino no se restaura la tierra, se innova. En un acontecimiento cósmico, comunitario y personal. Pero esta tierra nueva y estos cielos nuevos en donde habitará la justicia (2 Pedr. 3, 13) se anticipan ya ahora en la "palingenesia" de la comunidad trasfigurada, que trasfigura el mundo (cf. Tit. 3, 5; Rom. 12, 2; Ef. 4, 23-24). Si los padres no sólo reúnen la familia, sino que construyen su casa, según su proyecto, los doce, "cabezas de familia", comparten con el Primogénito de toda la creación la transfiguración del cosmos en mesa. No sólo anulando las relaciones de apropiación y apoderamiento, por la comunión y el servicio, sino, además, haciendo que esta mesa del compartir y del servir sea pan para los hambrientos, defensa de los abandonados, techo de los peregrinos y consuelo de los afligidos.

A partir de estos datos podríamos también sugerir aquí que en la fraternidad de los apóstoles, estrechamente unida a los pobres, se anticipa ya como "aparché" y "parádeigma" la mesa del reino, la tierra nueva de la justicia del Señor. Las manos de los apóstoles, en las que el Señor parte el pan a la mesa, pueden llegar a ser una parábola de la mesa misma. Pues entre las manos del Señor, aparecidas en las de los apóstoles, se recrea ya el cosmos en mesa de compartir y servir. Pero también aquí conviene subrayar que el carisma apostólico se entiende desde la absoluta representación. Por ello, hemos de decir que el Señor en los apóstoles es la "aparché" y el "parádeigma" de la mesa. Las manos de éstos son mediación para la inmediatez. Son un signo y un instrumento por los que el Señor se hace presente en la mesa del reino, empezada en la historia, para que el cosmos mismo se transfigure en la mesa del Señor. El grupo de los doce sería así germen, signo e instrumento no sólo de la iglesia, sino de la iglesia como fermento escatológico del mundo. Pues la representación del reino, debe ser comprendida desde la representación del Señor en la iglesia para la llegada consumada del reino.

4. Los doce, "actúan en la persona de Cristo Cabeza"

El carisma apostólico se descifra desde la misión en representación del mismo Señor, compartida a sus apóstoles. Los doce, según vemos, son "representatio Christi Domini" y por ello son "repraesentatio ecclesiae" y "repraesentatio regni". Este acontecimiento único en sus tres dimensiones, debe ser comprendido desde la concentración cristológica, que es a su vez la concentración pascual, que sucede en la concentración eucarística en la unidad del Espíritu Santo. La tradición de la iglesia ha visto en la cena del Señor el momento culminante, en don-

de puede rastrearse la relación profunda y única entre el Señor y sus apóstoles. "Tomad: mi cuerpo entregado por vosotros. Mi sangre derramada por vosotros". Parece que somos nosotros los que sostenemos sus manos. Pero, en realidad, es él quien sostiene las nuestras, dándose en nosotros. El mismo está presente a la cabecera de la mesa y se entrega a sí mismo, en toda su entrega pascual, entregada en el pan y en la copa. El mismo está presente "en la persona del ministro, ofreciéndose por el ministerio de los sacerdotes, el mismo que entonces se ofreció en la cruz" (SC. 7). Como la mesa del Señor es el punto de arranque y término de toda la misión, es al tiempo el centro y la raíz de la existencia y del camino de los apóstoles y es allí donde la tradición de la iglesia se ha adentrado para descifrar la consistencia del carisma apostólico, entre las mismas manos del Señor, como una "relación subsistente" a él en su señorío que es su capitalidad. Es lo que se expresa de modo significativo en el actuar "in persona Christi", "gerens personam Christi" (cf. LG. 10, 21, 28; PO. 1, 2, 5, 6, 10, 12, 13).

El que actúa en la misión para el servicio es el mismo Señor, que ha compartido a todos sus hermanos su consagración y su envío, pero que a los doce les ha compartido su consagración y su envío como Cabeza de su iglesia, para recapitular el universo. En la economía de su misterio se ha asociado a algunos hombres como compañeros y colaboradores para prolongar en el tiempo su obra de Primogénito de los hermanos y de la creación. Es, por tanto, él mismo el que se hace presente en ellos. El mismo se representa, el mismo actúa "en ellos" y "por ellos" es él quien parte el pan, el que convoca y congrega, el que incorpora y santifica, el que conduce y rige. El mismo en persona. Pero él ha compartido su ministerio a los doce, el "ministerium Christi". Los apóstoles, por una parte, le sirven a él como Señor y Cabeza. Están vueltos a él para entregarse por entero a él. Pero, por otra parte, sirven en sus manos al servicio de él, dejando pasar por ellas su servicio y asociándose a él. Por eso podemos decir que en cierto modo actúan también ellos, pero "desde su persona" ("ex persona") más aún, en su misma persona ("in persona"). La tradición de la iglesia ha empleado distintas categorías para descifrar esta misteriosa asociación de los apóstoles al Señor, en la que pasa por ellos su misma acción que edifica su iglesia hacia el reino. Son consagrados en su consagración. Han sido ungidos por el Espíritu, en su misma unción. Y esta unción les ha configurado con él, sacerdote y víctima al tiempo. La *consagración* y la *configuración* hacen que los apóstoles sean instrumentos vivos de su presencia que se presencializa y se prolonga. Y la *instrumentación* y *prolongación* descifran el hecho misterioso de la *inexistencia*, que funda la *sacramentalidad*. *Existen y actúan en él, como Cabeza*. Por ello son un "symbolon", un "eikon" de Señor. Un signo personal y visible de la presencia invisible del Señor. Son el sacramento del Cristo primogénito, el rostro visible de su rostro invisible, propiamente su presencia aparecida y entregada.

Pero los apóstoles pasan de la mesa al camino. Es el mismo Señor quien pasa y al pasar los toma a ellos. El es el pastor que ha de reunir a los hermanos en la fraternidad y después conducirlos por sus huellas, en el Espíritu hacia el Reino del Padre. ¿Las manos de los apóstoles están ahora ya desligadas del Señor? Desde luego, ahora no es el instante crucial de la representación en plenitud, que sucede en la eucaristía. Pero, como el camino es la eucaristía que se prolonga, los apóstoles han de asociarse al Señor en su camino, en íntima asociación, en la que se visibilice su persona, su servicio y su misma entrega. También ahora las manos del Señor sostienen las manos de los apóstoles, mientras van convocando con la palabra, congregando con el servicio y conduciendo con el pastoreo. También aquí de alguna manera sucede la instrumentación y la prolongación. Ahora los apóstoles van llevando su presencia ("gerens personam Christi"), en la medida que prestan sus manos a su servicio desde el Amor que nace de sus entrañas, en la unidad del Espíritu Santo. Se asocian al Señor que parte el pan, ofreciéndose en su misma ofrenda. Y por ello se asocian al Señor que predica el evangelio para reunir a los hermanos, al Señor que sirve a los pobres, curándoles sus heridas y al Señor que abre proféticamente las sendas de la justicia del reino. Comulgando en su mismo Amor, que se entrega por los hermanos para alabanza de gloria del Padre. De esta forma el "in persona Christi" que sucede "en ellos" y "por ellos" acaba sucediendo "con ellos".

El Amor pascual del Primogénito, que pasa por sus manos para el servicio, las va marcando y transfigurando. Pero esta *transfiguración* es una *configuración*. La configuración en su ser se hace ahora configuración en el actuar. O mejor la configuración del ser se despliega en la configuración del actuar. Así, los apóstoles están ungidos para que pasen de la mesa al camino y realicen la misión en servicio en íntima asociación al Señor, a quien representan en la unidad del Espíritu Santo. Las dos expresiones "in persona Christi" y "gerens personam Christi", en sus acentos distintos y complementarios expresarían la dinámica entera de la representación apostólica.

Este breve diseño sobre la "repraesentatio Christi" de los apóstoles, que necesita una mayor profundización, nos permite de momento sugerir que en la "*repraesentatio Christi Capitis*", se incluye la "*repraesentatio ecclesiae*" y la "*repraesentatio regni*". Dicho de forma gráfica, en los apóstoles se presenta el Señor, como el Primogénito exaltado en la cruz, que preside desde lo alto. Su primacía, su capitalidad es en cierto modo *la altura de su Amor*. Pero, entre sus manos, es donde el Señor entrega y comparte su propio misterio de comunión, el carisma fundamental de su filiación y de la fraternidad, su amor inescrutable que se difunde en los distintos servicios. El carisma apostólico es el servicio del Señor a la edificación de su iglesia, es decir, a la incorporación de su cuerpo eclesial en su cuerpo inmolado. En este sentido en el carisma apostólico se hace presente *la hondura de su Amor* en el misterio de comunión de su iglesia.

Pero el Señor ha sido enviado para reunir en uno a todos los hijos dispersos por el mundo, recapitulando en plenitud el universo de los cielos y de la tierra. Precisamente en el carisma apostólico se hace presente la universalidad de su misión. Los apóstoles son enviados en la misión del Primogénito para la travesía de la humanidad en el universo. En el carisma apostólico se hace presente la *anchura del Amor del Señor*. La "repraesentatio ecclesiae" y la "repraesentatio regni", no son, pues, acentos que descubrimos ahora, sino momentos de la misión misma del Señor en su iglesia, sacramento e instrumento de comunión y de redención.

III. SOBRE SUS MISMAS HUELLAS

Los apóstoles han sido enviados en la misma misión del Señor, han sido ungidos en su misma unción, para ser presencia transparente de su representación. Pero Jesús es el Hijo enviado y ungido, para ser entregado como siervo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2, 6-8). Por eso, los apóstoles serán siervos en el mismo servicio del Señor, para ser crucificados con él, en su misma cruz. De esta forma, nos adentramos ya más de cerca en la realidad misteriosa, que estamos descifrando. El camino apostólico de los presbíteros ("Presbyterorum ministerium"), sobre sus mismas huellas, conduce a su configuración con su Señor crucificado ("Presbyterorum vita"), con sus mismas marcas, en la unidad del Espíritu. La misión del Señor es para el servicio. *La misión en servicio* es la clave central de la comprensión del apostolado en el Nuevo Testamento, recogida fielmente por el decreto Presbyterorum ordinis. En esta implicación aparecerá la representación en toda su plenitud.

1. El mismo servicio de Jesús en las manos de los doce

Cuando Jesús se hace a los caminos arrastrado por el Espíritu (Lc. 4, 1, 14), ve al pueblo y a la tierra con los ojos de su misericordia. "Jesús recorría los pueblos y aldeas... proclamando el evangelio del reino... Y al ver a la muchedumbre, se le conmovieron las entrañas, porque los vio despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor" (Mt. 9, 35-36). Al intentar reunir a todos los hijos dispersos (Jn. 11, 52), los encontró a todos cerrados al amor. Se había roto la familia; la casa se había destrozado. Y los más pequeños estaban tirados abajo, despojados y abatidos. En realidad, todos estaban descaminados, porque no tenían pastor. Su misericordia le hace descubrir la hondura de la miseria del pueblo y de la tierra de sus hermanos. El Padre le ha enviado a reunirlos en torno a su mesa y a conducirlos hasta la mesa última de su gloria.

Poner la mesa y abrir el camino, este es el servicio que se le ha encomendado.

El es el don mismo del Reino. Entre sus manos, que arden en el Espíritu, está el don del corro de hermanos, la mesa compartida, los últimos en el primer lugar del servicio, la senda de la liberación y de la reconciliación de la humanidad y del universo. El, en su gracia, regalada en servicio y consumada en su sangre. El Hijo entregado como siervo es el don del reino que se inaugura; el Hijo crucificado como esclavo y entronizado como Señor es el mismo don del Reino, que se consume. El servicio de los caminos se llamaba "evangelio del Reino", el servicio de la pascua se llama el "evangelio del Cristo" muerto y resucitado. En el camino y en la pascua, El mismo, con sus manos abiertas y extendidas. El es la gracia última regalada a la gracia primera. Y por eso aparece en servicio a muerte, como la justicia del reino, que inaugura la absoluta novedad. Podemos, pues, decir que el servicio de Jesús es "evangelizar" si entendemos en esta palabra toda su profundidad. El mismo es el evangelizador, él mismo es el evangelio, pues él mismo es el Hombre nuevo que comienza la nueva humanidad para la nueva creación. El evangelio es la forma como el Señor se atestigua en el presente reuniendo su Iglesia y encabezándola por los caminos del mundo hacia el reino del Padre, para alabanza de gloria de su gracia.

Importa mucho subrayar que este camino de evangelización que se abre por Galilea hasta la pascua y que después se continúa hasta los confines de la tierra es más bien un único camino, pues el camino lo hace él mismo al andar, dejando en la tierra sus huellas (1 Pedr. 2, 21). En los documentos del NT nos encontramos el camino de antes de pascua, visto desde el camino de después de pascua. Y al revés, las sendas de la iglesia, aunque parten de la mesa de la pascua, se configuran con las sendas del Señor por los caminos de Galilea. Hay, por tanto, una implicación. Se implican las huellas, porque es el mismo Señor quien las abre. Los caminos de Galilea fueron el comienzo, que encuentra en la pascua su plenitud. Pero, después de pascua hay que volver a Galilea para hacer camino en la historia por donde lo hizo él, sobre sus mismas huellas, tras él, que avanza. El camino de la evangelización se abre hacia adelante, el Señor está con su iglesia hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20). Esta implicación en el acontecimiento y el desciframiento del único camino de servicio del Señor hace posible que trabajemos el testimonio entero del Nuevo Testamento.

Los doce apóstoles han sido enviados en su misma misión y ungidos en su misma unción, para servir en su mismo servicio. Servir en representación. Sus manos están tomadas por el Señor para que pase por ellas el don del reino, mesa y camino, pascua y mesa, última gracia de aquel que reúne a los hermanos y sirve a la mesa y encabeza por el camino. Así, los apóstoles han de pasar con él de la mesa al camino, para reunir a los hermanos del camino a la mesa, para congregarlos e

incorporarlos y, de nuevo, pasando de la mesa al camino, para conducirlos hacia la mesa última del Padre. Es su mismo encargo, en su mismo servicio. "Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación" (Mc. 16, 15; Mt. 28, 18-19; cfr. Mc. 13, 10; Col. 1, 23). La misión universal, en la travesía de la tierra, es el mismo servicio del Señor, al que él mismo asocia a los apóstoles. Reunir a todos los hijos en una única mesa atravesando y consumando la historia. Ellos son el germen y diseño de la creación nueva y al tiempo instrumento y camino de su irradiación.

El Hijo ha salido a los caminos. "Este es mi Hijo", "este es mi siervo", dice el Padre. En él está mi beneplácito, el propósito de mi misericordia (cf. Mc. 1, 9-11; Mt. 3, 13-17; Lc. 3, 21-22). Su servicio es en la forma de siervo, en la absoluta renuncia a toda forma de poder, para que sólo aparezca su gracia (Mc. 1, 12-13; Mt. 4, 1-11; Lc. 4, 1-13). Proclama y entrega primero el "don del reino" (cfr. Mc. 1, 14-15; Mt. 4, 12-17; Lc. 4, 16-22) y después va a llamar a sus discípulos, de entre los cuales constituye a los doce como enviados para compartir su misma misión (Mc. 3, 14-15; Lc. 6, 12-16). Después de constituirlos, los envía a los caminos en su compañía (cfr. Mc. 6, 7-13; Lc. 9, 1-6; Mt. 10, 1-8). Les llama para "estar con él". Pero no sólo han de ser sus seguidores y compañeros, sino también sus colaboradores. Los llama para "enviarlos a predicar", "para anunciar el reino de Dios". Este anuncio se cumple en la curación de las heridas de los pobres: "curar" (Lc.), "curar toda enfermedad y dolencia" (Mt.). Y esta evangelización, realizada en los signos, se ultima desdemonizando el mundo: "Echar demonios" (Mc., Lc.), "espíritus impuros" (Mt.). Se trata de una misión en autorización y en fuerza. Ellos serán servidores en el mismo servicio del Señor, en su misma autorización, en su misma fuerza. "Les dio poder (eksousia)" (Mt.), "para que tuvieran poder" (Mc.), "les dio fuerza y poder" (Lc.).

Los apóstoles aparecen así como portadores de la misión en servicio. Pero en los textos se descubre que lo que son y lo que sirven, sólo se realiza y se entiende desde él, en comunión con él. Los que venían "detrás de él" y que se han puesto a caminar "con él", serán después de pascua los que vengan "detrás de él", en continuidad con él. Pero siempre estará, servirá y caminará "él con ellos" y "ellos con él". Este milagro sucede en el Espíritu, que no sólo les da la comunión en el servicio, sino el modo del servicio, que nace de Jesús. *Diakonía* significa, en primer lugar, servir a la mesa. Y como el don del reino se significa por la mesa grande del compartir, en donde los últimos han llegado a ser los primeros, *diakonía* aquí significará el servicio del Hijo del hombre "que no ha venido a ser servido, sino a servir y a entregar su vida en rescate por muchos" (Mc. 10, 45). El que sirve en la forma de siervo es el Hijo del amor, que está en medio de nosotros como el que sirve (cfr. Luc. 22, 27; Jn. 13, 14-15). Pero Jesús comparte con los apóstoles su servicio. Los toma en servicio, permanece en ellos y actúa en ellos. Serán entonces los esclavos del Esclavo, los siervos del Señor, que para inaugurar la justicia de la gracia,

anulando e innovando la historia entera, se ha puesto a lavar los pies de los hermanos. El apóstol es así "esclavo de Cristo Jesús" (Rom. 1, 1).

Pero, como este servicio es un servicio que nace de su Amor y que consiste en su Amor, será la "diakonía Pneumatòs" (2 Cor. 3, 8), un servicio que el mismo Espíritu del Señor actúa en los que han llegado a ser uno con él, para que se manifieste la absoluta novedad de la nueva creación. La forma de llamar a este servicio que derriba los muros, arranca las cadenas y hace aparecer la justicia de la gracia será "servicio de la nueva alianza", "servicio de la justicia" (2 Cor. 3, 6, 9), "servicio de la reconciliación" (2 Cor. 5, 18). Pues, es el mismo Señor quien por manos de sus apóstoles libera y reconcilia a su fraternidad, en camino hacia la liberación y reconciliación del mundo. Ciertamente aquí actúa el Espíritu creando unas nuevas relaciones, la historia nueva de la justicia de Dios, su derecho santo. Por ello, en la absoluta representación del Señor, se concede a los apóstoles no sólo la mediación de la fuerza (*eksousia*, *dynamis*), sino también la mediación del derecho santo, para la edificación de la familia en la casa común, en torno a la mesa (2 Cor 10, 8; 13, 10). El Señor por manos de los apóstoles ejerce el derecho de su señorío en la nueva creación que se entrega en indicativo y se exhorta a que se acoja en imperativo.

2. El servicio de convocar a los hermanos, de la mesa al camino

Jesús es el heraldo y el profeta del Reino de dios. Entrega el amor del Padre entregándose a sí mismo en la palabra del evangelio. "Proclamaba el evangelio de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios se acerca; convertíos y creed en el evangelio" (Mc. 1, 14-15). "Y recorrió toda Galilea predicando" (Mc. 1, 39; Lc. 4, 43-44). Los apóstoles serán heraldos y profetas del evangelio, con él y en él. O mejor El lo será en ellos. Mateo acentuará casi con las mismas palabra la identidad del servicio en el anuncio de la palabra. "Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del Reino" (Mt. 4, 23). Después, en la hora de la misión dice a los apóstoles: "Id proclamando que el Reino de los cielos está cerca" (Mt. 10, 7; cfr. Mc. 3, 14b; 6, 12). "Los envió a proclamar el Reino de Dios" (Lc. 9, 2).

Estaba en el corro de los discípulos en medio del pueblo, cuando llama y envía a los doce a compartir su mismo servicio del evangelio. Esta mesa, donde ya se anticipa el Reino, es todavía pequeña. Hay que salir a convocar a los hermanos. Esta convocación sucede por el anuncio del evangelio. Jesús mismo lo anuncia y lo es. Anuncia que ha llegado el Reino, en su misma persona. Ha aparecido la aurora de la misericordia. El Padre os ama, pues me ungió con su amor, para que yo lo pasara a vosotros (Lc. 4, 18a). Todos vosotros sois hermanos, porque tenéis un Padre (Mt. 23, 8, 9), "Padre mío y padre vuestro" (Jn. 20, 17). Al pasarles

el abrazo de amor, que el Padre le había dado a él, empezaban a ser hijos junto a él.

Ya no eran esclavos, sino hijos en el Hijo y, por eso, hermanos en el Hermano, herederos en el heredero. El corro de hermanos que se empezó a convocar en los caminos, se acaba de convocar en la pascua (Gal. 3, 26-4, 7; Rom. 8, 15-17). Juntos, dándose la mano, exclamaban en la fuerza del Espíritu: "Abbá, Padre nuestro" (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 2-4). Y un corro de hermanos, el corro de su fraternidad, aparecía sobre la tierra. "Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: 'Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre'" (Mc. 3, 34-35).

El camino se ultima y se emprende de nuevo en la pascua. Nos encontramos en el cenáculo, donde el Señor ha partido el pan y la copa, su "cuerpo entregado" y su "sangre derramada". El don del reino se ha consumado anticipadamente en él, pero tiene que ofrecerse a todos los hombres y a todas las criaturas. Comienza, o mejor, empieza de lleno la misión en servicio. Todo parte de la pascua, del sacrificio convertido en mesa (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-43; Hech. 1, 3-4; Jn. 20, 19-20). Es allí donde les encarga el servicio de la evangelización, realizado ya el evangelio (Mc. 16, 15; Mt. 27, 18-19; Lc. 24, 45-48; Hech. 1, 7-8; Jn. 20, 21-23). Los apóstoles le prestarán la voz, pero la palabra será la de él y se irá extendiendo poco a poco hasta los confines de la tierra. Lo que contarán los Hechos de los Apóstoles es la palabra viva que crece, se multiplica y se consolida. El camino apostólico será la historia de la palabra viviente, que avanza, porque es el mismo Señor quien proclama en ella su reinado, en la fuerza del Espíritu Santo. "Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos ¡Reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él". "Ahora es el día de la salvación" (2 Cor. 5, 20-21; 6, 2b).

El Señor, por la palabra de los apóstoles convierte y convoca. Es la palabra viva de Dios (1 Pedr. 1, 23; Hech. 6, 7; 12, 24), a la que los apóstoles prestan su voz (1 Tim. 4, 11-13; 2 Tim. 4, 5; Tit. 1, 9). Es la gracia misma que se da y se ofrece en la palabra, misericordia que, derramada sobre el corazón de los hermanos, realiza el milagro de la conversión, si es acogida por ellos. Por la palabra, la fe y por la fe, la salvación (Mc. 16, 15-16). "La fe viene por la predicación y la predicación por la palabra de Cristo" (Rom. 10, 17/PO. 4), con tal que lo que los apóstoles anuncien sea en realidad "la verdad del evangelio" (Gal. 2, 5/PO. 4). De este modo la predicación, que es una convocación, una oferta común de la gracia y una llamada común a la familia de los hijos, hace posible que nazca y crezca la comunidad. Los apóstoles, como el mismo Señor, pueden anunciar el evangelio de muchas maneras, proclamando el mensaje (kerygma), desentrañándolo en una enseñanza (didaché), iluminando con él las situaciones de la historia (profecía), realizándolo en la propia existencia

(testimonio), pero en todo caso se trata de convocar por los caminos la comunidad de los hermanos, para que vengan a la mesa y se sienten en torno para ver la palabra hecha carne, la historia santa realizada en la "liturgia verbi", la palabra crucificada y glorificada, que se ofrece después, en el cuerpo y la sangre del Señor donde se cumple la alianza nueva y eterna (PO. 4).

3. El servicio de reunir a los hermanos, del camino a la mesa

Jesús, que recorre los caminos convocando a los hermanos, los va reuniendo en torno a la mesa. Las gentes, que le habían oído, van corriendo hacia él, de todos los pueblos y aldeas. Al verles se le conmueven las entrañas, porque estaban como ovejas que no tienen pastor. Entonces les sienta a todos a una mesa grande, extendida entre sus manos. Allí se realiza la palabra, que había anunciado, en forma de signo que entra por los ojos. El a la cabecera. El pueblo entero haciendo corro grande, con los pobres, que habían traído y que ponen a los pies de Jesús ¿Quién servirá a la mesa? Los apóstoles, que tendrán que poner su pequeño trozo de pan y sobre todo sus manos. "Tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos, para que se los fueran sirviendo" (Mc. 6, 41). Entre sus manos les parte el pan, signo del don de sí mismo. Así los reúne, los congrega y los incorpora a su amor y a su obra. Los apóstoles le prestan sus manos, para que Jesús comparta el pan a todos los hermanos que están en corro. El con ellos, él en ellos, él por ellos (Mc. 6, 30-44; Mt. 14, 13-21; Lc. 9, 10-17; Jn. 6, 1-13).

Lo que era un signo, que anticipaba, se colmó de realidad en la travesía de la pascua. Entregado por el Padre, entregado por los hermanos, él mismo se entregó a sí mismo. Allí estaban los apóstoles en representación de todo el pueblo. Tomó el pan, "lo partió y se lo dio diciendo: 'Este es mi cuerpo, entregado por vosotros'. Después tomó la copa y se la compartió diciendo: 'esta copa es la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros'" (Lc. 22, 19, 20). Pero el Señor no sólo les entregó el pan y la copa, sino que les pidió sus manos para continuar entregándolo a todos para siempre. "Haced esto en memoria mía" (Lc. 22, 19b). "Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga" (1 Cor. 11, 26). Los apóstoles proclamarán su muerte en cruz, su entronización en gloria. Y esa pascua de la locura del Amor, la entregarán en el pan y en la copa a los hermanos, reuniéndolos en familia y encabezándolos en el camino hasta la segunda venida del Señor.

Los apóstoles, haciendo las veces de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen a los hermanos en la fraternidad, en torno a la mesa del pan y de la copa, una fraternidad, que está animada en la unidad por el Espíritu (LG. 28; PO.

6). El mismo Señor, mediador único, se ofrece por manos de los apóstoles en nombre de toda la iglesia, en el sacramento del pan y la copa, hasta que él vuelva (1 Cor. 11, 26/PO. 2). La unción en el Espíritu les ha configurado con Cristo, sacerdote, de modo que pueden actuar "in persona Christi" (LG. 10; PO. 2). Ahora entre las manos del Señor, que sostiene las manos de los apóstoles, aparece la iglesia "reino de Cristo en misterio". Levantado sobre la tierra, todo lo atrae hacia sí mismo (Jn. 12, 32), de su costado abierto mana agua con la sangre (Jn. 19, 34) y así sobre la mesa se encuentra el Cristo entregado, nuestro sacrificio pascual, nuestra redención (1 Cor. 5, 7), convertido en pan partido, pan que representa y produce la unidad de todos los hermanos en un solo cuerpo (1 Cor. 10, 17). La cena del Señor, que fue el punto de arranque, se ha convertido ahora en término del camino. Los hermanos que han sido convocados, son ahora reunidos e incorporados en esta cena que contiene todo el bien de la iglesia y del cosmos, "Cristo en persona, nuestra pascua y pan vivo, que por su carne vivificada y vivificante, por el Espíritu Santo" da vida a todos los hombres y al universo entero (PO. 5).

Por manos de los apóstoles pasa el cuerpo del Señor a manos de los hermanos reunidos y pasan los hermanos reunidos a manos del Señor. En el pan y en la copa, comulgamos el cuerpo del Señor, que pasamos a ser. "Todos somos un cuerpo, porque partimos el mismo pan" (1 Cor. 10, 17). Pero por manos de los apóstoles, el Señor hace que nazca la comunidad, que es la corporeización de la eucaristía. En el pan y la copa está el Aliento de la koinonía. Incorporados los hermanos al Señor, en el aliento del Espíritu, asociados a su mismo gesto de ofrenda "por ellos", sucede la comunión de vida, pasan de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la fraternidad en el milagro de tener un corazón y un alma. En el camino de la comunión de la vida, los hermanos, ayudados por los apóstoles, descubrirán los dones que cada uno ha recibido para ponerlos al servicio de los demás en la mesa común (1 Pedr. 4, 10-12/PO. 6). Y poco a poco avanzarán hacia la comunidad de bienes, donde cada uno aporte según pueda y reciba según necesite, con la mirada puesta en los pobres de cerca y de lejos. Así la fraternidad reunida en torno a la mesa, madura cada vez más en la libertad (Gal. 4, 3; 5, 1, 13), para el servicio del amor en la ley nueva de la caridad (Jn. 15, 9-17). El Señor, por manos de los apóstoles, ha reunido e incorporado a su iglesia, que es la nueva humanidad, germen e instrumento de la nueva creación. Ahora comprendemos por qué la mesa del camino, terminada de poner en la pascua, es la "cumbre de toda la evangelización" (PO. 5), pero también se ha convertido en la "fuente", en la "raíz" y en el "quicio" desde donde la comunidad del Señor se abre camino en su travesía por el mundo.

4. El servicio de conducir a los hermanos, de la mesa al camino

El don del Reino, que el Señor entrega entre sus manos no sólo innova al hombre y a la humanidad, sino también al universo. El ha venido no

sólo para reunir a un grupo pequeño de hermanos, un resto cerrado o abierto, sino a todos los hijos del Padre, que estaban dispersos por el mundo. "Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo pastor" (Jn. 10, 16). El se levantará de la mesa y se pondrá a atravesar la tierra, para convocar a todos los hermanos a la cena de las bodas del Hijo. Pero en este gran corro, habrá que poner a los pobres en el primer lugar del servicio. El caminó "curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo" (Mt. 4, 23b; cfr. Mc. 3, 7-12; Lc. 6, 17-19). Y encarga a los apóstoles, que compartan con él este mismo gesto: "Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios" (Mt. 10, 8). La gran señal de que está preparando la mesa del reino del Padre es que los pobres son evangelizados y curados (Mt. 11, 4-6). Caminar preparando el gran corro de hermanos, caminar levantando a los pobres de la basura, curándoles las heridas de dentro a fuera, poniéndoles en pie como hermanos nuevos, trayéndoles a servir en la mesa y haciéndoles pregoneros del reino es, ni más ni menos, que inaugurar en la nada de la tierra la nueva creación de su justicia (1 Cor. 1, 27-30). Poner la mesa en medio de los frentes, entre las trincheras, es desdemonizar el mundo, derribando de sus posiciones de poderío cósmico a Satanás (Mc. 1, 39; Mt. 4, 24; Lc. 4, 40-41; cfr. Mt. 12, 25-28; Lc. 11, 14-22). La evangelización no es sólo anunciar la palabra y curar las heridas, sino también, como gesto esencial que empalma con éstos, inaugurar el paraíso anticipando los nuevos cielos y la nueva tierra, donde habita la justicia. La red inmensa de poderes demoníacos, que someten y tiranizan el cosmos, se romperá entre sus manos y caerán vencidos desde el cielo (cfr. Mt. 12, 25-28; Lc. 11, 14-22). Y a esta obra están asociados los apóstoles, exorcistas y liberadores del mundo, con el Señor. El Señor a través de sus manos realiza la desdemonización del mundo, para recrearlo en mesa común (Mt. 10, 8b; Mc. 6, 7b). "Les dio autoridad y poder sobre todos los demonios" (Lc. 9, 1).

Cuando atravesó la pascua, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, el Padre le encumbrió sobre todos los poderes y le dio el nombre, sobre todo nombre. Desde entonces todos los poderes demoníacos del cielo, de la tierra y de los abismos han sido vencidos, aunque todavía no estén por entero aniquilados (Fil. 2, 9-11). Conviene que El reine, para que someta todos los poderes, y él mismo entregue el reino al Padre, para alabanza de gloria de su gracia (1 Cor. 15, 25-28). Este reinado del Señor se ha anticipado misteriosamente en su iglesia. Pues el Padre "todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo la plenitud del que lo lleva todo a plenitud" (Ef. 1, 22-23). Ahora el Señor camina hacia adelante, encabezando y conduciendo su iglesia para la recapitulación del universo y la entrega del reino al Padre. El, por medio de la iglesia, reúne a todos los hijos que están dispersos por el mundo, en un corro cada vez más grande,

poniendo a los pobres en el primer lugar del servicio. Y, mediante esta iglesia que se reúne e incorpora, fermento y alma del mundo, va liberando y reconciliando la creación entera hacia su plenitud. Lo que cantan los himnos cristológicos (Fil. 2, 6-11; Col. 1, 12-20; 2, 12-15; Ef. 1, 3-14; 1, 17-23; 2, 13-19; 1 Tim. 3, 16) lo vemos hecho historia en los Hechos de los apóstoles. Los apóstoles y discípulos hacen la travesía de la tierra, anunciando el evangelio, curando a los pobres y profetizando la justicia del Señor en el cosmos, la "pax Christi", que conduce a todos los pueblos al señorío de su bendición. El Señor, que se ha incorporado la iglesia como nueva humanidad, se va incorporando mediante la iglesia, el universo, como nueva creación. También aquí, por manos de los apóstoles, se ejerce en la iglesia este señorío de la inenarrable riqueza de la gracia del Señor, que hace nuevas todas las cosas en el camino martirial de los suyos, que pisan sobre sus huellas (cfr. Ap. 4, 11; 5, 9-10, 12; 11, 17-18; 12, 10b-12a; 15, 3-4; 19, 1-7).

Los apóstoles, haciendo las veces de Cristo, Cabeza y Pastor, a la fraternidad que habían reunido en torno a la mesa, en la unidad del Espíritu, la conducen visibilizando el paso del Señor, por sus huellas, en el mismo Espíritu, hacia la casa del Padre (LG. 28; PO. 6). Para ello, a partir de la eucaristía, en donde se encuentra presente la iglesia, una, santa, católica y apostólica, parten en misión hacia todos los pueblos, en travesía de la tierra. Su carisma apostólico les responsabiliza de toda la misión en toda la humanidad y el universo, para que el corro de hermanos sea cada vez más grande (PO. 6). El Señor por sus manos hará de la comunidad entera una comunidad misionera, pero los apóstoles, además, haciéndose pobres con los pobres, se tendrán que entregar a dar el evangelio a los más pequeños y a curarles las heridas con los signos mesiánicos de Jesús, recreados hoy de nuevo (cfr. Lc. 4, 18; Mt. 25, 34-45/PO. 6; 2 Cor. 8, 9; Hech. 2, 42-47/PO. 17). El Señor por sus manos hará que la comunidad entera sea diaconal. Pero, además, siguiendo las huellas de Jesús, alentará el compromiso por la justicia de Dios en el mundo, anunciando proféticamente el evangelio en cada situación, ayudando a los hermanos a que descubran su inserción en el mundo y sus deberes con la comunidad humana, incluso fortaleciendo desde la eucaristía el "combate espiritual" (Ef. 6, 10-20) contra los poderes de este mundo tenebroso. El Señor por sus manos hará que toda la comunidad, aunque de formas distintas, sea militante. Esta travesía por el mundo le llevará a compartir el destino pascual de su Señor. Será una comunidad perseguida y martirial, que se adentre cada vez más en la espesura de la historia, que es la espesura de la cruz.

5. Un único camino, un único servicio, un único amor

Este camino del servicio presentado en tres tiempos: convocar

(servicio de la palabra), reunir (servicio de la eucaristía) y conducir (servicio pastoral) es en realidad un único camino, todo él misionero, todo él eucarístico, todo él pastoral. El Señor reúne a su iglesia por los caminos del mundo hacia el reino. De la mesa al camino, del camino a la mesa, de la mesa al camino, hasta la última mesa. No es extraño que él se haya comparado a sí mismo con el pastor, que da de comer en la pradera y conduce por el camino, apacienta y pastorea al rebaño. Él es la representación del Padre, el Pastor que siente la alegría de reencontrarnos (cfr. Lc. 15, 4-7; Mt. 18, 12-14), entre los brazos de su Hijo amado, que en el camino busca a los perdidos (Mt. 10, 6; 15, 24; Lc. 19, 10), que en la pascua es herido (Mc. 14, 27-28) y entronizado (Apoc. 7, 16-17) y que al final hará a todo su rebaño un juicio de amor (Mt. 25, 32). Juan, en su poderosa concentración cristológica, le ha presentado como el bueno y único pastor (Jn. 10, 1-30). Ha dado la vida por los hermanos, se los ha asociado en comunión íntima y ha salido a buscar a todos, como pastor universal, para que no se pierda nadie. Este pastor les da a comer en la mesa y les conduce en el camino. Con esta imagen, inspirada en el profetismo (Jer. 23, 1-6; Ez. 34, 1-31; Is. 40, 11; Zac. 11, 4-17) se describe todo el misterio de Jesús que nos incorpora y nos conduce en el camino hacia la plenitud de su amor.

La Iglesia, pequeño rebaño, en medio de los poderes del mundo (Lc. 12, 32) es, sin embargo, el rebaño del Señor (Mc. 14, 27-28; Mt. 10, 16). Le amenazan peligros por dentro y por fuera, divisiones y persecuciones, pero puede caminar en paz y esperanza, detrás de su Señor. Para visibilizar su presencia, que reúne, cuida y defiende, ha pedido las manos a los apóstoles. A ellos se les puede llamar pastores, porque el Señor, a través de sus manos hace este mismo oficio de reunir y conducir, guiando y defendiendo (Hech. 20, 28; Ef. 4, 11; 1 Pedr. 5, 2-3). Ellos cuidan de la comunidad, buscan las pérdidas y rechazan las herejías. Pero son pastores del pastor, "el Mayoral" (1 Pe. 5, 4), el "gran pastor" (Hebr. 13, 20), el "pastor y guardián" (1 Pe. 2, 25). El Señor les ha pedido sus manos para "apacentar" a sus hermanos, partiéndoles el pan en la mesa y para "pastorear" a los hermanos, llevando su cayado en el camino. Pero el pan es suyo, el cayado es suyo. Y las ovejas también son suyas. Los pastores lo son en el Pastor, o mejor, él apacienta y pastorea en ellos, de forma que son sólo una sencilla transparencia de su misión en servicio. De esta forma vemos implicadas de nuevo las claves centrales del carisma apostólico, tal como lo venimos descubriendo: misión, representación y servicio del Señor en ellos para reunir a su iglesia como una fraternidad y conducirla por sus mismas huellas hacia la casa del Padre, a la mesa donde ya no habrá lágrimas.

El camino que hacen los apóstoles sobre las mismas huellas del Señor tiene una radical unidad. Parte de la mesa de la pascua y se dirige hacia la mesa de la parusía. Es todo entero una eucaristía desentrañada, el pan partido de la mesa, que se convierte en pan partido en el camino. La

liturgia que es evangelización y la evangelización que es liturgia. Pues todo el camino lo realiza el mismo Señor, en su gesto de Primogénito entregado como siervo. Es decir, en su obediencia de inmolación por los hermanos para alabanza de gloria del Padre. La eucaristía es el punto de arranque y el término de toda la evangelización. Pues todo "mana de la pascua de Cristo, que se consumará en la gloriosa venida del mismo Señor, cuando el mismo entregue el reino a Dios y Padre" (PO. 2). El Señor en su mesa, en el pan partido en sus manos, en su eucaristía, es el "centro y la raíz" de toda la vida de los presbíteros (PO. 14). Pues entre la mesa del Señor (1 Cor. 11, 26) y su última venida en gloria (1 Cor. 15, 24), se abre la liturgia cósmica de la evangelización (Rom. 15, 16 gr.), en la que todos los hombres y todas las cosas se han de convertir en ofrenda de alabanza al Padre por el Señor en la unidad del Espíritu Santo (cfr. PO. 2). Esta es la senda de la novedad para la innovación de la humanidad y del universo, a la que sirve el ministerio apostólico. "Porque toda la misión del sacerdote se dedica al servicio de la nueva humanidad, que Cristo, vencedor de la muerte, suscita en el mundo por su Espíritu" (PO. 16).

A la cabecera de la mesa está el Señor entregándose él mismo a sí mismo en todo su Amor. "Padre, aquí estoy por ellos, para alabanza de gloria de tu gracia". Es el gesto de partir el pan con los ojos levantados al Padre y las manos extendidas a los hermanos. Un gesto de obediencia e inmolación, que parte y termina en la glorificación. Los presbíteros configurados con Cristo, sacerdote y víctima actúan "en la persona de Cristo Cabeza" (PO. 2), que se entrega por sus manos en aquel sacrificio del que parte, al que tiende y en el que se consume todo el servicio apostólico. Al prestar sus manos y todo su ser, para que el Señor se entregue él mismo a sí mismo, entran a compartir su misma entrega en la fuerza del Espíritu. Así, al unirse "al acto de Cristo sacerdote", del Primogénito entregado como siervo, se ofrecen enteramente al Padre por él y con él, en favor de ellos, en vez de ellos, por ellos. Comulgan en su obediencia y en su inmolación. Y por eso pueden ser pan que se da a comer a los hermanos y cayado que les guía por el camino. "Al alimentarse del cuerpo de Cristo, participan de corazón el amor de Aquel que se da en comida" a los hermanos. Y al comulgar este amor es, cuando pueden levantarse de la mesa, "movidos por el amor del buen pastor, para dar la vida por sus ovejas, dispuestos incluso al supremo sacrificio" (PO. 13). Esto es lo que llamamos la "caridad pastoral", el "vínculo de la perfección" para la "unidad de vida y de acción" de los presbíteros. Convendría precisar por un momento lo que subyace a esta afirmación conciliar.

En primer lugar, hemos de afirmar que es el amor pastoral del Señor, el suyo en nosotros. "En realidad, de verdad es Cristo el que obra por sus ministros para realizar incesantemente la misma voluntad del Padre en el mundo por la iglesia", y por ello continúa siendo "siempre principio y fuente de su vida" (PO. 14). Cristo ("principium et fons"), que se entrega en la eucaristía ("centrum et radix"), es el que da unidad entre sus manos

a la vida de sus apóstoles, puñado de existencias sostenidas, conjuntadas y alentadas por él. Y lo hace en su mismo gesto de obediencia en inmolación para la glorificación. Su aliento era hacer la voluntad del Padre, pero en favor de sus hermanos. Su gesto de obediencia de inmolación es el que les reúne en la mesa y les conduce en el camino. La imagen del pastor, en la tradición joannea, expresa así la unidad de toda la misión apostólica en la mesa y en la marcha. El pastor apacienta en el corro y pastorea en el camino. Pero en el corro parte el pan que es su propia carne y en el camino entrega la vida por sus ovejas. En mesa y camino, entrega a muerte, eucaristía desentrañada, martirio que se proclama y se realiza. El "amor pastoral" del Señor es ni más ni menos que el gesto único, que ha unificado su vida de Primogénito entregado como siervo. Si en el grupo de los apóstoles se representa a sí mismo en esta condición y en este gesto, él mismo en el Espíritu pasará su gesto a las manos de aquellos que han de partir su pan y llevar su cayado. "Esta caridad pastoral (cfr. 'sit amoris officium pascere dominicum gregem'. Agustín. Tract. in Io. 123.5) fluye, sobre todo, del sacrificio eucarístico, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote" (PO. 14).

El mismo y único gesto de Jesús, como Primogénito de los hermanos y de la creación, en su entrega pascual, compartido a los apóstoles en la unidad del mismo y único Espíritu, si es acogido con las manos vacías y abiertas por ellos en la oración humilde, que les adentra en su misterio, se convierte así en la unidad radical de la diakonía del grupo de los apóstoles. De lo único que se trata es de desentrañar la eucaristía. Jesucristo el Señor los ha ungido con la fuerza del Espíritu Santo para ofrecer su sacrificio. Ahora, por tanto, es el momento de realizar el memorial. "Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor" (liturgia de la ordenación presbiteral) (cfr. PO. 13, 14). El misterio de la cruz del Señor es el misterio del Crucificado Señor de la gloria que reúne e incorpora a su iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud. Por eso, el amor pastoral, que se entrega en la eucaristía y que no es más que el amor crucificado del Primogénito en su travesía pascual, en su precedencia del "por ellos" y "sobre ellos" es un amor que alienta a reunir la iglesia y a preparar la mesa común del reino, para la recapitulación de la historia, hacia la segunda venida del Señor. Es el amor del Señor por su iglesia, por la que se entregó a muerte, manifestando así su amor al mundo para que no se pierda, sino para que se salve por él. Este amor que es el Amor del Señor en nosotros, del que nadie nos puede arrancar y que por eso inaugura la nueva humanidad en la nueva creación, ya que en él se puede creer sin límites, esperar sin límites, soportar sin límites y permanecer soportando sin límites.

Pero este amor no sucede en una sola existencia personal. Las manos del Señor, que reúnen y conducen a su iglesia, son las manos en que se

comparte a los presbíteros su obediencia de inmolación para alabanza de gloria. La obediencia y la inmolación deben suceder en la iglesia peregrina, en su inserción histórica, en donde sucede su peregrinación escatológica. La comunión en el amor apostólico del Señor debe suceder, por tanto, insertándose en las "normas de la misión evangélica de la iglesia. Porque no puede separarse la fidelidad con Cristo de la fidelidad con la iglesia" (PO. 14). Nadie como Pablo ha intentado comulgar con su Señor crucificado para hacer la travesía misionera de la tierra. Pero él sabía que la comunión es para la misión y que la misión sucede en la comunión. No basta con llevar en el cuerpo las marcas de la cruz. Correría en vano si Pedro y las columnas no le dan un abrazo de comunión (Gal. 2, 2/PO. 14). "Orando así hallarán los presbíteros la unidad de la propia vida en la misma unidad de la misión de la iglesia y de esta suerte se unirán con su Señor, y por El, con el Padre, en el Espíritu Santo, a fin de llenarse de consuelo y de rebosar de gozo" (PO. 14).

IV. CON SUS MISMAS MARCAS

Los apóstoles prestan al Señor sus manos para que sirva en la mesa y después, levantándose con él de la mesa, se las prestan para que sirva en el camino. Pero al caminar sirviendo él por sus manos, las marcas de las manos del Señor se van grabando en las manos de los apóstoles. Es decir, el servicio apostólico ("presbyterorum ministerium"), trans-figura y configura su vida ("presbyterorum vita") en el Espíritu. Hay como un camino de ida y vuelta. El camino del servicio, transfigura la vida, y la vida transfigurada se hace camino de servicio. En una radical unidad. Por Cristo, con El y en El, en la unidad del Espíritu Santo.

Hemos de partir siempre de la misión en servicio para la representación. Los apóstoles son enviados en su misma misión, ungidos en su misma unción y por ello configurados en su misma configuración de Hijo primogénito entregado como siervo por nosotros. Después de la configuración bautismal, la imposición de las manos les configura de forma nueva con el Señor. El Espíritu marca a fuego en ellos su imagen de sacerdote y de víctima, llegando a ser sus "instrumentos vivientes", de forma que "puedan llevar la misma persona de Cristo" (PO. 12). Este exceso de Amor del Señor a ellos que les "enriquece con una gracia especial" y les "consagra de un modo nuevo", les obliga a entregarse a este amor "de modo peculiar" (PO. 12). La misión sucede en la unción. El Padre a él le consagró y le envió (Jn. 10, 36). Pero él comparte con sus apóstoles su misma consagración. Y esta consagración en el Espíritu les hace comulgar con su misma entrega (Tit. 2, 14), para su misma travesía (Lc. 24, 26), hacia su misma plenitud (Ef. 4, 13). El "servicio del Amor" que realiza entre sus manos, les hace encenderse cada día en el Espíritu, y el incendio del Espíritu les capacita para el "servicio del Amor", que se les ha confiado. Es verdad que la mediación de la gracia pascual no depende de

la limpieza de sus manos, pero las marcas de sus manos en el amor crucificado (Gal. 2, 19) hace más transparente y fecunda esta mediación (PO. 12). Vamos a profundizar esta configuración que sucede en el camino. Al caminar "por sus mismas huellas", los apóstoles se configuran "con sus mismas marcas".

El camino de los apóstoles parte de la mesa del Señor. A la cabecera de la mesa El mismo se hace presente por entero en ellos. Las manos del Señor sostienen las manos de los apóstoles, que aparecen como un ikono, suyo, en los que se trasparece, sin que su presencia se agote por entero. Los apóstoles entonces son un ikono del Primogénito que encabeza el universo en la iglesia, puesto a la cabecera de la mesa. Es el mismo Señor el que sostiene sus manos. Las manos del apóstol las visibilizan, sin que agoten su realidad, su anchura y su fuerza. Por boca del apóstol, el mismo Señor dice: "Tomad mi cuerpo entregado por vosotros". "Tomad mi sangre derramada por vosotros". Este gesto del Señor, en el aliento del Espíritu, en la inmolación de sí mismo, sucede en los apóstoles, aunque ellos no se asocian a él. Lo que aparece ahora en manos de los apóstoles es el cuerpo entregado y la sangre derramada del Señor. Ha sido un milagro. La unción sacramental les ha asociado a él, de forma que actúan "desde él" y "en él" ("ex persona"/"in persona Christi"). Pero están llamados no sólo a prestar sus manos para la entrega de El, sino a prestar su ser para compartir la entrega de El. El Señor dice "mi cuerpo entregado" y "mi sangre derramada" y mirando con sus ojos, ve el pan y la copa en las manos nuestras, es decir, en nuestro cuerpo y en nuestra sangre. Nuestras manos, nuestro ser entero, ha formado parte por la configuración sacramental de su ikono de Primogénito entregado como siervo, de sacerdote y víctima. Por eso sus palabras en el memorial, de alguna manera comprometen nuestro cuerpo y nuestra sangre destinados a romperse y compartirse como el suyo. Hay un admirable intercambio. Los apóstoles dicen "mi cuerpo" refiriéndose al cuerpo del Señor, y el Señor dice "mi cuerpo" asociando a él el cuerpo de los apóstoles.

La unción del Espíritu alienta y configura. "Alentó sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20, 22). Al tomarlos de la mano, para sentarlos con él a la cabecera de la mesa les ha alentado su mismo Espíritu con el don mismo suyo de estar ante los hermanos, para darse por entero a ellos (2 Tim. 1, 6; 1 Tim. 4, 14). Este don de amor de su presidencia en la mesa y de su precedencia en el camino está en los apóstoles. Y ellos pueden acogerlo con una acogida cada vez más abierta y exhaustiva. De esta forma no sólo comparten su misma unción, sino que se asocian a ella; no sólo están marcados por su misma configuración, sino que se asocian a ella. Los apóstoles están llamados a comulgar la misma ofrenda del Señor que es un gesto de obediencia de inmolación para alabanza de gloria. La ofrenda por la familia de hermanos y por el mundo la hace el Señor en sus manos y ellos en el Espíritu pueden

hacerla en las manos de El. "Yo por ellos me consagro, para que ellos sean también consagrados en la verdad" (Jn. 17, 19). El nos amó y se entregó a sí mismo (Gal. 2, 20/PO. 12), se entregó por nosotros (Tit. 2, 14/PO. 12). Es el Amor el que le ha entregado. Si le miramos en el don de sí mismo, en el sacrificio de su vida, diremos que es el "amor del sacerdote", si le miramos reuniéndonos y conduciéndonos por este don de sí mismo, diremos que es el "amor del pastor".

Entre sus manos, nos ha compartido su mismo aliento y su misma ofrenda "El enviado entra pues a la vida y a la misión de aquel que "se vació a sí mismo, tomando la forma de esclavo" (Fil. 2, 7) (AG. 24). Su obediencia es su gesto más hondo, en el que comulga por entero con la voluntad del Padre (Jn. 4, 34; 5, 30; 6, 38). "Padre, aquí estoy por ellos, para mostrarles la gloria de tu gracia". Jesús, el Señor es el Hijo amado y primogénito, en el seno del Padre, y al mismo tiempo hombre, en las entrañas de la tierra, probado en todo como nosotros. Es el mediador del Amor del Padre, que pasa a nosotros en la ofrenda de sí mismo. Pionero de la salvación, que camina delante de los hermanos, se solidariza con ellos en su existencia probada y dolorosa, y se ata con ellos en una misma suerte. Pero, dándose a sí mismo hasta la sangre, arrastrado por el Espíritu, que le conduce a consumir la alianza nueva, hace entrar a la muchedumbre de hijos hacia la casa del Padre, por el camino nuevo y vivo de su amor crucificado (cf. Hebreos). En este sentido este gesto último de su ofrenda, que es el gesto del sacerdote que se entrega a sí mismo como víctima, es al tiempo el gesto del pastor que entrega su vida por sus ovejas. El amor sacerdotal es su mismo amor pastoral. Cuando los apóstoles comulgan en este gesto de amor, que se les comparte en el pan y la copa de la eucaristía, alcanzan a acoger el aliento que alienta el camino entero, la unidad que unifica la vida entera, el hilo que conduce su aventura entera. Han entrado a la obediencia aquel que se vació a sí mismo, tomando la forma de esclavo, hecho obediente hasta la muerte y ¡una muerte de cruz! (Fil. 2, 6-8). La comunión en su gesto de obediencia de inmolación en la mesa se ahondará cuando los apóstoles a su lado partan de la mesa para el camino, un camino que se hace camino de libertad y de servicio, en la medida que son arrastrados por el Espíritu del Señor.

1. Entrar con El a su libertad para adentrarse en su entrega pascual

Los caminos de antes y después de pascua se entrecruzan aquí también. Y también nos vemos obligados a implicar los textos. Entrar a su libertad, de forma que los apóstoles no lleven nada para el camino, es un milagro que se realiza en ellos, acogido por la progresiva seducción del Señor. Al estar con él, al caminar con él, al partir el pan entre sus manos y caminar sobre sus huellas, lo que los apóstoles tenían antes por ganancia, empiezan a sentirlo como pérdida, más todavía como basura y

se van quedando sólo con él, sólo con su amor, sólo con su cruz gloriosa (cfr. Fil. 3, 7-10). Las experiencias que revelan los textos de la tradición sinóptica empalman estrechamente con las que encontramos en las cartas apostólicas. Es un camino de no llevar nada, para quedarse sólo con el Señor, que llega a ser todo en todo.

"Ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja" (Mc. 6, 8b; Mt. 10, 9-10). El va delante de ellos, "el Hijo del hombre, que no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc. 9, 58b). A su lado los apóstoles no pueden acumular, ni atesorar, ni siquiera poseer. Dos túnicas se usan en una vida confortable y sedentaria. Alforja llevan hasta los mendigos, que recogen la limosna y la guardan para mañana. Ellos van con aquél que es un signo profético de la gratitud convertida en gratuidad. Por estar sostenidos del cuello de su Padre como niños, pueden andar errantes sin techo y sin bolsa, como vuelan las aves del cielo. La confianza infantil y enloquecida en el Padre que poco a poco les va ganando, cuando caminan a su lado, es experiencia viva de que se sienten amados. ¡Qué pronto se hacen pobres los que se sienten amados! La libertad de las cosas, la nada de las cosas no es tanto el empeño de vaciarse las manos para llegar a ser uno mismo, o para entrar al seguimiento logrado, cuanto la bienaventuranza inmensa del tesoro del reino, encontrado en él y en su camino, que hace que ya no se necesite más después de haberle conocido. La experiencia de la gran alegría puede adentrar a los apóstoles al gozo de la altísima pobreza.

Los apóstoles hacen camino con Jesús, que avanza evangelizando a los pobres, sacando de la cárcel a los encarcelados, arrancando las cadenas de los oprimidos (Lc. 4, 18/PO. 17). Y lo hace sólo con la gracia. Por eso da el evangelio a los pobres como gracia, ofrecida desde la pobreza. Siendo rico se ha hecho pobre por amor nuestro, para que así el evangelio sea la gratuidad misma de la gracia (2 Cor. 8, 9; Hech. 8, 18-25/PO. 17).

Pero el Señor ha llegado a ser para los apóstoles su única herencia (Num. 18, 20/PO. 17). Se sienten en el mundo, sin ser del mundo; hacen camino por el mundo, pero como si no lo hicieran (Jn. 17, 14-16; 1 Cor. 7, 31/PO. 17). Ya no pueden prestar su corazón a la riqueza. Con cualquier cosa les bastará, hambre o hartura (Ps. 62, 11; Fil. 4, 12/PO. 17, 21). Los hermanos les darán algo para que sobrevivan sirviendo como sobreviven ellos (Mt. 10, 10; 1 Cor. 9, 7; 1 Tim. 5, 18; 1 Cor. 9, 14/PO. 20), caminando en una sencilla comunión de bienes (Hech. 2, 44-47/PO. 17; Hech. 4, 32-35/PO. 21), donde se realizará el milagro de que los hermanos puedan dar desde la pobreza (2 Cor. 8, 14/PO. 21). Al entrar a la libertad de la pobreza, ciertamente se van marcando en los apóstoles las marcas del amor crucificado, mientras van estando más libres para el servicio y aparece en ellos más manifiestamente la gracia del Señor, de la que son un signo sencillo y viviente.

"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10,

37; Lc. 14, 26). El Señor avanza rompiendo las relaciones más entrañables de la sangre, para recrearlas y ensancharlas a mayor hondura (Mc. 3, 31-35). El no se debe a nadie que pueda arrancarle la libertad de darse por entero a todos y siempre, para mostrar la inmensa misericordia del Padre. Romper con la familia, para disponerse a otra familia innumerable, donde se reúnan como en una red todos los hijos dispersos por el mundo (Mc. 1, 16-20). Era un don que él ofrecía. La fraternidad universal, a la que hay que disponerse rompiendo con todo el amor que encierre dependencia o exclusividad. El amor que posee, que necesita al que ama, no es la creación nueva que él ofrece. Por eso llama a acoger su amor exclusivo, escandalosamente exclusivo (cfr. Lc. 9, 59-60), que es absolutamente incluyente. Ser hermanos, padres y madres de todos es un camino de gracia, que sólo se experimenta cuando se conoce al Padre de la misericordia, al único que propiamente podemos llamar Padre, sin que nos separemos de ningún hombre y de ninguna criatura (cfr. Mt. 23, 9); Ef. 4, 6). Al lado de Jesús se alcanza a experimentar esta fraternidad universal, que hace que se rompa o se asuma la relación familiar de la sangre desde su absoluta relativización para acoger la llegada del reino de los cielos, que ya se ha inaugurado con el paso del Señor por nuestros caminos.

Los apóstoles están dedicados "al servicio de la nueva humanidad, que Cristo, vencedor de la muerte, suscita en el mundo por su Espíritu" (PO. 16). Es la humanidad que nace cuando la ofrenda de la gracia y de la fidelidad del Hijo único, palabra hecha carne, es acogida por la fe en los corazones. No nace, pues, de la carne, ni de la sangre, sino de Dios, en la tienda de campaña, tienda del éxodo, en donde el Hijo abrazó nuestra fragilidad para identificarse con ella (Jn. 1, 13/PO. 16). Es que se anticipa la resurrección y ya no es necesario tomar marido y mujer, para completarse y transmitir la vida (Lc. 20, 35-36/PO. 16). No es extraño, pues, que este milagro de la gracia haga posible que el hombre asuma y trascienda sus inclinaciones instintivas más profundas (Mt. 19, 12/PO. 16), para llegar a tener un "corazón indiviso" (1 Cor. 7, 32-34/PO. 16). Este don del ser indiviso que se ofrece por entero a todos, porque es exclusivamente del Señor y se emplea exhaustivamente para servir a los hermanos en el Señor, es un don que se ofrece a los apóstoles y, porque se les da, se les puede también pedir. La anchura de la comunión que se hace posible, expresa el desposorio del Hijo con nosotros (2 Cor. 11, 2/PO. 16), que da origen a la familia de hermanos, que no conoce barrera alguna. Esta libertad de las personas, esta nada de los hermanos, hará posible una mayor entrega al servicio apostólico y podrá ser signo más ancho y transparente de la gracia que en él se da y se significa.

"El que no toma su cruz y me sigue detrás, no es digno de mí" (Mt. 10, 38). "Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc. 8, 34b; Mt. 16, 24; 10, 38; Lc. 9, 23). Primero hay que romper con el proyecto y la defensa propias. No llevéis "ni sandalias, ni

bastón" (Mt. 10, 10b; Lc. 9, 3a). Se trata de hacer camino entre los hermanos, con la misma disponibilidad que se tienen cuando se sube al monte y se descalza uno para disponerse incondicionalmente a lo que quiera el Señor. Así de abiertos y enteramente disponibles. Tampoco pueden los apóstoles preparar su defensa. El bastón sirve para apoyarse y defenderse. Pero el Señor, siervo obediente e indefenso, no toma el poder, sino que se ofrece a los golpes de los hermanos, consumando así su obediencia en la agresión de ellos. Dejar el bastón y tomar el palo, en donde los hermanos han de colgar a los apóstoles en condenación ignominiosa y pública es la forma visible de mostrar no sólo la gratuidad y la fraternidad, sino también la paz. El evangelio de la gracia que hace el corro de hermanos, derriba en el mundo el muro de la separación, renunciando a toda violencia e incluso a la propia defensa, para que aparezca la paz de la reconciliación que el Padre sale a ofrecer en la persona de su Hijo. El corazón pobre e indiviso de los apóstoles entra así en la libertad suprema de la obediencia. Negándose a sí mismo, a su propio proyecto y a cualquier forma de llevarlo adelante, se entrega en la obediencia misma del Hijo para que aparezca la mesa del reino, a la que se siente el corro de hermanos.

Los apóstoles están llamados a vivir en la voluntad del Padre, como vive el Señor. Siempre a su escucha, siempre a su disposición, siempre a su encargo. Nada que no sea de él. Sólo lo que a él le agrada (Jn. 4, 34; 5, 30; 6, 38; Ef. 5, 10/PO. 15). Así es como pueden dejarse arrastrar de lleno por el Espíritu, encadenados solamente por él (Hech. 20, 22), disponiéndose en medio de su flaqueza (1 Cor. 1, 27), a gastarse y desgastarse por los hermanos (2 Cor. 12, 15/PO. 15). Sólo con los pies descalzos se avanza en la obediencia del Hijo entregado, que obedeció como siervo hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2, 7-8/PO. 15). Es en esta obediencia de inmolación donde ha inaugurado la nueva humanidad, desbordando su gracia allí donde estaba el pecado, que había inaugurado el reinado de la muerte (Rom. 5, 19/PO. 15). Los apóstoles siervos obedientes, en la obediencia del Siervo crucificado, serán así siervos de la unidad de los hermanos en torno a la mesa, porque sólo sirven a la llegada del reino, en el cuerpo vivo de la iglesia (Ef. 4, 11, 16). Pero hasta podrán ser también pioneros del porvenir, abriendo sendas nuevas al evangelio, entre la novedad y la fidelidad, porque con los pies descalzos y sostenidos sólo por la cruz, avanzarán más allá de donde ellos mismos podían sospechar. Esta libertad de sí mismos, que les capacita más para el servicio apostólico, manifiesta también más hondamente el misterio del reino, que anuncian y que ya al anunciarlo padecen.

2. Entrar con El a su servicio para adentrarse en su entrega pascual

El camino que parte de la mesa es un camino de libertad para el

servicio. Un servicio que consiste en primer lugar en convocar a los hermanos por el anuncio del evangelio. Los apóstoles prestan al Señor su voz, para que él mismo hable, por medio de ellos (2 Cor. 5, 20). El mismo Señor es el evangelizador y el evangelio. Y su palabra es el don de sí mismo (cfr. 1 Cor. 15, 3-4; Jn. 3, 16; 1 Jn. 4, 9; Rom. 5, 6-10; 8, 32). En el evangelio se nos entrega el amor del Padre, convertido en la "inenarrable riqueza de la gracia de Cristo" (Ef. 3, 8; cfr. 1, 7), en la fuerza del Espíritu (Ef. 3, 8; cfr. 1, 7/PO. 13). La palabra que proclaman los apóstoles es el misterio escondido desde antes de los siglos, que ahora se revela por la iglesia al mundo (Ef. 3, 9/PO. 13; Col. 1, 26; Rom. 16, 25). Es la gracia con que fuimos agradecidos, desde antes de la constitución del mundo, que ahora ha aparecido en la sangre del Hijo amado (Ef. 1, 4-7). El mismo Señor entrega su propio don y al entregarlo lo desvela. Don y desvelamiento que suceden cuando los apóstoles prestan la voz a su palabra para que los corazones de los hermanos se abran a su amor (Hech. 16, 14/PO. 13) y así se con-viertan para ser con-vocados. "En el acto mismo de entregar la palabra se unen con Cristo maestro y son conducidos por su Espíritu". "Comulgando así con Cristo, comulgan con la caridad de Dios" (PO. 13).

Los apóstoles para entregar la palabra, han de ser antes discípulos del Señor. Hay que escuchar primero, lo que después se anuncia. Hay que contemplar primero, lo que después se ofrece. Al existir en la persona del Hijo, primogénito entregado como siervo, también ellos tienen que abrir el oído para acoger la palabra y comulgarla. Acoger es entregarse a la palabra del Amor, obedecer en la misma obediencia del Hijo, de forma que la palabra se pueda también hacer carne en ellos (cfr. Lc. 2, 19, 51; 8, 21; 11, 27-28). Los apóstoles se salvan, dejándose tomar por esta palabra que anuncian, como verdaderos discípulos (1 Tim. 4, 15-16/PO. 13) de forma que luego puedan anunciarla con toda integridad y con atrevida libertad, con inmensa paciencia y con apasionada exigencia (2 Tim. 4, 1-2). Pero si el evangelio que anuncian es "la palabra de la cruz" (1 Cor. 1, 18), al acoger esta palabra y comulgarla, para dejarse transfigurar por ella, los apóstoles deberán llevar en su cuerpo las marcas de la cruz (Gal. 6, 17), para ser evangelio viviente, donde aparezca la nueva creación, como la gracia de la misericordia para todos. Los apóstoles con-clavados en la cruz, serán voz encarnada de la palabra crucificada y victoriosa. Se comprende, pues, que el anuncio del evangelio va unido estrechamente a todo el servicio apostólico y que es una senda de configuración pascual.

Los apóstoles, después de convocar a los hermanos, han de congregarlos en torno a la mesa. Más bien diríamos que han de prestar al Señor sus manos para que sea él mismo el que los reúna en la mesa de su cuerpo y alentándoles su mismo Espíritu los incorpore a sí mismo en la unidad de su comunión. Este servicio de "edificación de la comunidad", transfigura profundamente la vida de los apóstoles. En el acto mismo de partirlles el pan y la copa, se asocian a Cristo sacerdote, alimentándose ellos mismos

de su cuerpo y participando con el corazón de la caridad de Aquel que se da a comer a sus hermanos (PO. 13). Ser pan partido, que los hermanos coman, para que lleguen mejor a ser cuerpo del cuerpo del Señor que comen y reciben. La tarea de edificar la comunidad, como cuerpo de la eucaristía exige que los apóstoles ayuden a los hermanos a acoger el amor de Jesús, en la escucha de la palabra, en la fracción del pan y en la oración continua, siendo ellos los primeros en acogerlo (Heb. 2, 42). Pero exige también que les ayuden a compartir el amor de Jesús en la comunión de vida, que les hace tener un corazón y una alma (Hech. 4, 32; Fil. 2, 1-5; Col. 3, 12-15; Ef. 4, 1-6; Jn. 17, 18-26), en la comunión de carismas que les hace ser a todos miembros de un cuerpo (1 Cor. 12, 4-26; Rom. 12, 3-8; Ef. 4, 7-16; 1 Pedr. 5, 1-4) y en la comunión de bienes que les hace tener todo en común, siendo los pobres los primeros destinatarios y servidores de tan gran generosidad. Ellos siempre, precediendo la comunión, con su propia entrega (Hech. 2, 44-45; 4, 34-35; Gal. 2, 10; 2 Cor. 8, 9; 1 Jn. 3, 17-18; Sant. 2, 1-7).

Prestar al Señor las manos para que él como Hermano mayor y siervo de los hermanos los reúna en la unidad de su comunión exige amarlos en sus mismas entrañas (Fil. 1, 8), sintiendo que los hermanos son sus entrañas mismas (Fil. 12). Los apóstoles, por tanto, han de estar conmovidos en sus entrañas por la misericordia del Padre, aparecida en Jesús. Han de amar a los hermanos como padres, más aún, como madres (1 Tes. 2, 1-12). Con el pan y la palabra, les entregarán su propia vida, como los padres se desviven para que la familia de los hijos viva en la unidad y camine hacia adelante. "Amándoos, queríamos daros no sólo el evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser. Tan amados llegásteis a sernos" (1 Tes. 2, 8). El apóstol, esclavo de Cristo, el siervo crucificado, viviendo de su amor por los hermanos, se hace todo para todos, olvidándose por entero de sí mismo (1 Cor. 9, 19-23). No quiere tener nada para sí, no quiere vivir en nada para sí. "Por mi parte, muy gustosamente me gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras vidas" (2 Cor. 12, 15). El servicio de prestar las manos al Señor para que él reúna a los hermanos en su fraternidad, hará que no tardando mucho las manos de los apóstoles estén marcadas por las marcas de la cruz. El camino los transfigura en la figura del siervo que lava los pies y parte el pan en la mesa para que todos sean uno.

3. El mismo camino con-figura con la cruz del Señor

Después de con-vocar a los hermanos, como profetas del mismo Señor que convoca, y después de congregarlos en la misma entrega, como sacerdotes del mismo Señor que reúne, han de salir al camino para conducirlos como pastores del mismo Señor que los encabeza y los conduce por sus huellas, en el Espíritu, hacia el Padre. Los apóstoles han

de prestar al Señor sus pies, para señalar su paso, precediendo a los hermanos en el camino y alentándoles a recorrerlo. Les han de ayudar a entregar el amor de Jesús haciendo la travesía en medio del mundo, abriéndolo hacia la nueva creación, ya inaugurada y que ha de consumarse. Yendo delante, han de ayudarles a que compartan el anuncio del evangelio a todos los hombres y a todas las criaturas (Fil. 4, 3; Rom. 16, 3-20; Mt. 5, 13-16; Lc. 10, 1-9; Hech. 8, 4; 11, 19; Jn. 17, 14-21), a que se entreguen al servicio de los pobres, curándoles, levantándoles y poniéndoles a su lado como servidores del evangelio (Hech. 3, 1-16; 6, 1-6; Rom. 12, 8; 1 Cor. 12, 22-26; Mat. 25 34-36; Lc. 7, 22-23; Hech. 3, 1-16; 6, 1-6; 1 Jn. 3, 14-18) y a que se comprometan en el combate evangélico por la justicia del Señor en el mundo (1 Tes. 5, 4-10; Rom. 13, 11-14; Ef. 6, 10-20; 1 Pedr. 2, 9-10, 5, 8-9; Apoc. 13, 1-10). El Señor entronizado sobre el universo, al que encabeza en su iglesia, avanza en medio de los poderes de este mundo tenebroso, liberando y reconciliando, por medio de ella, la historia entera de los hombres hacia su plenitud. Esto sucede siempre en la travesía de la cruz.

Para llevar el cayado del supremo Pastor, que conduce a los hermanos por el camino nuevo y vivo, que abrió, abre y abrirá para nosotros, hay que asociarse hondamente con él a su amor pastoral en la unidad del Espíritu Santo. Para educar a los hermanos a la obediencia de la fe al Señor, ellos mismos han de ser los primeros en entrar a esta obediencia (Hebr. 10, 19, 20/PO. 13). Para consolar a los hermanos en las luchas que han de mantener en el mundo, ellos mismos han de experimentar antes el consuelo del Señor (2 Cor. 1, 4/PO. 13). Para señalar el paso del pionero de la vida, que atraviesa en cada hora los umbrales del dolor y la muerte del mundo, hay que dejarse arrastrar por su Espíritu, que alienta donde quiere (Jn. 3, 8/PO. 13). Para ser presencia alentadora que reúne en la unidad y conduce en la unidad a los hermanos, hay que abandonar, ayudados por el Señor, todas las ventajas personales (1 Cor. 10, 33/PO. 13). "Yo soy el buen pastor", dice el Señor. "El buen pastor da la vida por las ovejas" (Jn. 10, 11/PO. 13). "Nadie me la arranca. Soy yo mismo el que la doy" (Jn. 10, 18). Para prestar, por tanto, los pies al buen pastor que va delante de la marcha, atravesando la cruz, hay que comulgar en su amor de inmolación hasta la muerte. Pues en su caridad de Pastor bueno, los apóstoles irán entregando su vida por los hermanos (PO. 13) mientras vierten su sangre con la misma sangre del Señor. El camino pastoral les configura con su pascua y les hace más transparentes para partirla de nuevo en la mesa.

El camino de los apóstoles detrás del Señor, que con-voca, con-grega y con-duce a los hermanos les configura hondamente con el misterio de su cruz. En medio de la fraternidad y en medio del mundo les espera el dolor y la muerte, para poder llegar a transparentar por entero la gracia de la pascua en una existencia con-figurada con su Señor en su muerte, en la fuerza de su resurrección. Todas las tradiciones del Nuevo Testamento

atestiguan este hecho, implicando las palabras de antes y después de pascua. En las palabras de la misión, el Señor dice a los doce: "seréis odiados de todos por causa de mi nombre" (Mt. 10, 22). Serán entregados por los de cerca. "Entregarán a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán" (Mt. 10, 21). Pero más sobre todo serán entregados por los de lejos. "Os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas" (Mt. 10, 17). "Compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa" (Mc. 13, 9b; Lc, 21, 12; Jn. 16, 1-14). Los golpes de los hermanos y del mundo marcarán la vida de los apóstoles por el nombre del Señor que anuncian. El martirio hacia el que avanzan no depende de su amor, sino de su mensaje. Al confesar al Señor, caminando tras él, el mundo verá avanzar otro reino, que anula su consistencia desde los cimientos. Y responderán al camino con un combate público y político. En el martirio prestarán su cuerpo a la palabra y el evangelio resonará con clamor más fuerte y más nuevo.

Efectivamente se irán configurando con su Señor. "No es el siervo mayor que su amo" (Mt. 10, 24). El Hijo ha sido puesto por el Padre en manos de los hermanos para ser entregado en favor del mundo. Y con el Hijo, sus apóstoles son también entregados y al ser entregados, sostenidos. Como cuando una madre cuenta los pelos de la cabeza de su niño pequeño y querido, así sostiene el Padre en sus manos la vida de los apóstoles que se va desangrando. Como cuando el Padre extiende sus manos anchas y fuertes, para que los pajarillos no se hagan daño al caerse a la tierra, así fortalecerá la vida de los apóstoles que entran al martirio, expresando la vida nacida de la pasión misma de su Hijo (Mt. 20, 28-31). Es Jesús, el mismo Señor, el bendecido glorioso, el intercesor y defensor de los que le han prestado su ser para darse él mismo a sí mismo (Mt. 10, 32-33). Es su mismo Espíritu el que habla en la palabra y en la sangre de los testigos (Mt. 10-20; Jn. 15, 26; Hech. 4, 8, 31). De esta forma la comunión de los apóstoles en la pascua del Señor les hace ser verdaderamente lo que son, representación del Crucificado, que parte el pan en la mesa con las manos ensangrentadas y deja las huellas en el camino, con los pies marcados por las marcas de la cruz. en su travesía pascual con su Señor, son la transparencia de su rostro, la sencilla y gozosa aparición de sus pies y sus manos.

Los apóstoles constituidos en la pascua del Señor, cuando la cruz se convirtió en mesa, hacen camino hacia la mesa, por la senda de la cruz. Les alienta, les reúne y les apremia el Amor de Cristo crucificado (2 Cor. 5, 14), que, hecho pecado por nosotros, murió y resucitó por todos (2 Cor. 5, 18-21). En él y en los que a él se asocian para su misma entrega, aparece la nueva creación. Avanzando así, los apóstoles, no sólo son discípulos que siguen su enseñanza, sino heraldos, que pregonan su gloria, transparentando sencillamente su nueva humanidad aparecida. No pueden, por tanto, interponerse a su paso, viviendo para sí, según la carne. Sólo han de saber a "Jesucristo y a éste crucificado" (1 Cor. 2, 2),

que es su evangelio, "la palabra de la cruz" (1 Cor. 1, 18), y su camino, "la senda de la cruz". Mensajero y mensaje se identifican. El evangelio, que es la muerte del amor, para desbordar la vida, configura así la palabra y la existencia de los apóstoles. No sólo la voz, también las manos y los pies. La existencia entera, el cuerpo que es la existencia entera en su fragilidad, está asociada así a la diakonía del Señor, que se realiza en su muerte ignominiosa en la cruz. La implicación entre pascua, pan partido en la mesa y servicio apostólico, gesto del pan partido en el camino, no hace que los apóstoles se apropien la muerte del Señor, sino que el Señor se apropia de la vida de los apóstoles, para morir en ellos su propia muerte. El servicio apostólico es pascua de la pascua del Señor, paso de la victoria de su cruz, victoria de su vida en nueva creación.

La representación en el servicio se hace cada vez más transparente en la configuración. Los apóstoles no prolongan el servicio del Señor crucificado, sino que dejan pasar su presencia, en la palabra convertida en existencia. Las marcas de la cruz son la epifanía de esta presencia escatológica de su humanidad nueva que hacer germinar la nueva creación. La palabra se hace existencia crucificada no para traducir la palabra de la cruz, sino para que la palabra de la cruz sea palabra en toda su fuerza y transparencia. Los apóstoles son así corporeización visible del ikono del Señor, en cuyo rostro ha aparecido la gloria del Padre para hacer amanecer ya el último día (2 Cor. 4, 5-6). Caminan desarmados, desnudos. Sólo con el evangelio, sólo con el Amor crucificado, que se entrega por su ser entero. Se explica que pasen por tribulaciones y cárceles, por fatigas y angustias. La nueva justicia del Señor que avanza hace que el mundo les acorrale y les dé muerte. Aparecen así como condenados a muerte, necios, débiles y despreciados. "Hasta el presente pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos" (1 Cor. 4, 11-12). La pasión misma del Señor va sucediendo poco a poco en ellos (cfr. 2 Cor. 6, 3-10; 11, 23b-29). El camino apostólico es sencillamente la entrada a la configuración con su Señor crucificado, para que aparezca en ellos la vida de su resurrección. "Conocerlo a él y la fuerza de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, configurándome con él en la muerte (Fil. 3, 1).

Los golpes de los hermanos adentran a los apóstoles en el morir de Jesús, que es su camino, su sello y su fuente. Pero no les pueden dar muerte del todo, porque el único que murió la muerte hasta el fondo, fue aquél que hizo de la muerte definitiva fuente de vida desbordante. "Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, pero no aniquilados" (2 Cor. 4, 8-9). La comunión en su muerte es una asociación más profunda al paso de su vida. Al con-morir en él y con él y por él, la novedad de la gracia del Señor crucificado pasa por los apóstoles a los hermanos. Van llevando por todas partes en su recorrido la pasión a muerte de Jesús,

para que la vida de Jesús se manifieste en sus cuerpos mortales. Entregados a muerte "por causa de Jesús", es decir, porque el amor de Jesús en ellos pro-voca a los hermanos que no quieren entrar al juego de la vida nueva, poco a poco se diseña con los trazos de los golpes el rostro de Jesús que pasa por su cuerpo y la vida de Jesús, que pasa por sus heridas (2 Cor. 4, 10-12). En los apóstoles actúa la muerte y en los hermanos la vida. De esta forma la gracia se desborda en muchos para que en este derroche brote la gratitud al Padre y la gratitud a los hermanos (2 Cor. 4, 15b). El camino de los apóstoles, figura parecida de la pascua del Señor, se hace así proclamación para que los hermanos entren a la obediencia de la fe, en la comunidad del amor, para el camino de la esperanza.

La fuerza del Señor crucificado actúa de este modo y se consume en la vasija frágil de la existencia postólica. Llegan a ser la basura del mundo, el desecho de todos, los miserables destinados a víctimas expiatorias de las calamidades públicas. Pero se realiza en ellos el milagro de la transfiguración de la negatividad y de la agresividad de la humanidad y del cosmos en la novedad de la gracia, en donde germina la creación nueva. El camino de la cruz, las marcas del dolor se convierten en este modo en aclamación de su bienaventuranza, aparición del año de la gracia. Pues su palabra y su existencia ayuda a la fraternidad, que se reúne en torno a la mesa y que hace camino desde ella, a asociarse a la pascua del Señor, viviendo ya sólo para él, en la unidad del Espíritu Santo. "Si nos insultan, bendecimos; si nos persiguen, lo soportamos; si nos difaman, respondemos con bondad (1 Cor. 4, 12-13)". "Como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes están a la muerte, pero vivos; como castigados, pero no condenados a muerte; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseen" (2 Cor. 6, 9-10). De esta forma, los apóstoles que partieron de la mesa pascual de la eucaristía, cruz convertida en mesa, hacen camino por la senda de la cruz, partiéndose a sí mismos y avanzando hacia la mesa, donde los hermanos se reúnan de nuevo a que el Señor, por sus manos, les parte el pan y la copa, hasta que él vuelva.

V. EN LA FRATERNIDAD DE LOS DISCIPULOS

El Padre ha iluminado los ojos de nuestro corazón y nos ha concedido comprender la fuerza inmensa de su gracia, derramada sobre nosotros y sobre el universo, en la entronización del Hijo de su amor. Con la eficacia de su fuerza poderosa le resucitó de entre los muertos, le sentó a su derecha en los cielos por encima de todos los poderes de este mundo y del porvenir. "Todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo lleva todo a plenitud" (Ef. 1, 22-23). Ha sido levantado sobre la tierra, ha dado su

mismo Espíritu a la fraternidad de su iglesia, "sacramento universal de salvación" y así encabezando la historia entera, a la cabeza de su iglesia "actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a su iglesia y por ella unirlos a sí más estrechamente, y alimentándolos con su propio Cuerpo y Sangre hacerlos partícipes de su vida gloriosa" (LG. 48).

La iglesia, presencia misteriosa del reino de Cristo, el Señor, comparte toda ella con él su misma misión. Nuestra contemplación del carisma apostólico se sitúa así en la entraña misma de la iglesia del Señor, peregrina en el mundo, hacia el reino del Padre. Todos los hermanos, que el Señor sienta en la mesa y encamina en el camino, toman parte en el mismo encargo que el Padre le había hecho a él: su reino. Reunir a todos los hijos dispersos en una única familia de hermanos, que él preside como Primogénito, y hacer del universo un inmenso hogar, con una mesa común, que también preside él como Primogénito, donde todos puedan sentarse a compartir y los pobres sean los primeros en servir. Lo que ha comenzado en la iglesia es el germen de esta familia y de este hogar. Pero el germen ha de convertirse en camino hacia la consumación. La fraternidad que vive de la comunión del Hijo, en la unidad del Espíritu, alentada al mandamiento nuevo del amor, "tiene últimamente como fin la dilatación del reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por él mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (cfr. Col. 3, 4), y la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la libertad de los hijos de Dios (Rom. 8, 21) (LG. 9). La iglesia, pequeño rebaño, es la iglesia de la comunión para la recapitulación. El mismo Señor, en el Espíritu, es el principio de su unidad. Por él y con él y en él, la iglesia es el "germen de unidad" y el "instrumento de redención" de toda la humanidad y de todo el universo. "Sacramento visible de esta unidad salvadora" (LG. 9).

La misión de todos los hermanos, incorporados al Señor en su iglesia, es reunir en su inmensa fraternidad a todos los hijos que están dispersos por el mundo (Jn. 11, 52). El "Primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8, 29) es la cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos. El es el heredero universal (Hebr. 1, 2). A él se le han dado todos los pueblos (Ps. 2, 8), para que le traigan sus dones (Ps. 71, 10; Is. 60, 4-7; Apoc. 21, 24) (LG. 13). Imagen del Padre y hombre nuevo, transfigura nuestra humanidad con la fuerza de su Espíritu (2 Cor. 4, 4; 5, 18-19; Col. 1, 20-22; Gal. 2, 20). Pues cuando los hombres en su fraternidad van siguiendo sus pasos (1 Ped. 2, 21; Mat. 16, 24; Lc. 14, 27) se van configurando como hijos y hermanos en su imagen (Rom. 8, 29; Col. 3, 10-14; Rom. 8, 15; Gal. 4, 6; Jn. 1, 12; 1 Jn. 3, 1-2) en el Espíritu de los hijos (Rom. 8, 1-11; 8, 23; Ef. 1, 14), que les alienta y conduce a la consumación (Fil. 3, 10; Rom. 8, 17) (GS. 22). En la misión que el Señor ha compartido a su iglesia se muestra el propósito de la misericordia entrañable del Padre: "recapitular toda la humanidad con todos sus bienes, bajo Cristo Cabeza, en la unidad del

Espíritu Santo" (LG. 13). El Primogénito que encabeza a su fraternidad, inicia en ella su nueva humanidad, para recrear y recapitular la humanidad entera, que desde antes de la creación del mundo fue llamada a incorporarse al Hijo amado y en la plenitud de los tiempos fue agraciada en él, que es la plenitud de la gracia.

Pero el Señor es también el "Primogénito de toda la creación" (Col. 1, 15). Por eso la misión de todos los hermanos, que están incorporados a él, es la recreación y recapitulación del universo (Ef. 1, 10; Col. 1, 20; 2 Pedr. 3, 10-13). En él habita corporalmente toda la plenitud (Col. 2, 9), plenitud con que ha planificado a su cuerpo, para que lleve a plenitud a la creación entera (Ef. 1, 22-23; 3, 19). El Hijo entregado y entronizado, el Crucificado Señor de la gloria (Fil. 2, 8-9), ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 18; Act. 2, 39). Ahora ejerce su señorío en la iglesia para irradiarlo al universo, hasta que vencidos todos los poderes él mismo entregue el Reino al Padre (1 Cor. 15, 27-28). La iglesia fermento del mundo está sembrada en él hasta que el mundo se convierta en hogar compartido bajo el señorío del Primogénito. Por eso el reino de Cristo se actúa en el mundo por la iglesia, que asume y trasciende la historia terrena. En efecto, el fermento de la fraternidad del Señor asume, purifica, fortalece, levanta y consuma la historia de la aventura humana, haciendo que aparezca la nueva creación, la tierra nueva donde habita la justicia (2 Cor. 5, 21; 2 Pedr. 3, 13; 1 Cor. 2, 9; Ap. 21, 4-5) en la que se avanza su liberación para su reconciliación (Rom. 8, 19-21); 1 Cor. 15, 42, 53), para alabanza de la gloria del Padre. Por la iglesia sucederá la liturgia cósmica, la ofrenda de la humanidad y del universo (cfr. Rom. 15, 16; Apoc. 5, 13-14; 21, 24; 22, 12-13) (LG. 13, 17; GS. 38, 43). La Plenitud del mundo, por la iglesia, encabezada por el Señor, será alabanza de gloria del Padre para siempre.

El Señor comparte su misión a toda su iglesia, peregrina en el mundo hacia el reino. Su misión compartida, en re-presentación compartida, conduce al servicio compartido en la configuración compartida. Una misma misión, en un mismo Espíritu, mediante diversos dones y servicios, que radicalmente proceden del mismo Señor, en la misma iglesia, para el mismo señorío. Es en esta perspectiva, donde podemos situar adecuadamente el servicio de los apóstoles en la fraternidad de los discípulos, para la edificación de la iglesia y la recapitulación del universo.

El carisma de los doce es la re-presentación del Señor como cabeza de la iglesia y del mundo, es decir, la representación del Primogénito de los hermanos y de la creación. Por manos de los doce, el mismo Señor reúne e incorpora a los hermanos, para enviarlos al mundo en su misma misión, hacia la consumación del reino del Padre. Los doce son así sencillamente la mediación, absolutamente relacional y transparente de su señorío y de su capitalidad. El carisma apostólico es una mediación para la absoluta inmediatez. Una mediación para que el Señor se allegue a los hermanos en la mesa y ellos se encuentren inmediatamente con él, en la palabra y

en el pan. Mediación que a su vez hace posible que el Señor, a partir de la mesa, se allegue a los hermanos en el camino y ellos se encuentren con él en las huellas del seguimiento. Los doce son, por tanto, "signo e instrumento" de la iglesia que se reúne, se congrega y se dispersa de la mano de su Señor. Por la mediación de los doce, de su "fraternidad sacramental", el Señor reunirá con ellos a los discípulos en la "fraternidad apostólica" de su iglesia.

La iglesia, que es la fraternidad de los apóstoles y discípulos, a la vez iguales y distintos, miembros del único cuerpo del Señor, será la mediación del señorío del Señor en el mundo hacia la consumación del último día. También aquí nos encontramos con una mediación para la inmediatez. La iglesia, fraternidad del Señor, en sus dones y servicios distintos es una representación del Primogénito que quiere reunir a toda la humanidad y a todo el universo en toda la aventura de la historia. Una mediación para que el Señor se allegue a toda la humanidad y todos los hombres se encuentren con él en la mesa donde se comparte a sí mismo. Mediación que a su vez hace posible que el Señor, a partir de la mesa, se allegue a toda la humanidad en el camino de la historia, convertido en senda de nueva creación, que recrea y recapitula todo el universo. La iglesia es, por tanto, "signo" e "instrumento" de esta recreación, para la consumación. Toda la mediación está destinada a la total inmediatez ante la historia y a que toda la historia "extáticamente" pueda encontrarse con Aquél, que es el único con quien puede encontrar su plenitud. El momento final será la alabanza de gloria, ante la Gracia que se ha aparecido para agradecer la gracia de la creación y consumarla en la gloria de la pascua.

1. La re-presentación del Hermano primogénito ante los hermanos

El grupo de los doce es un puñado de manos extendidas en las manos abiertas del Primogénito. Un puñado de manos en la concelebración eucarística, un puñado de manos en la ordenación sacerdotal. En las manos del Señor, las manos del obispo y las manos de los presbíteros, unguadas en su misma unción, consagradas en su misma consagración, enviadas en su misma misión. El mismo sacramento de Cristo les une inseparablemente en la "fraternidad sacramental" (PO. 8), que nace de su sacramento y es para su sacramento. Es la unidad de consagración y misión, por la que van llevando un "único misterio sacerdotal en favor de los hombres" (PO. 8). Importa mucho subrayar que es el Señor quien la constituye y quien se hace presente en ella. El, el profeta, les pide su voz, para convocar a los hermanos con su palabra. El, el sacerdote, les pide sus manos para compartirles su pan y entrañarlos en su cuerpo. El, el pastor, les pide sus pies para encabezarlos alentándolos en el camino. El grupo apostólico, el obispo y su presbiterio, son así radicalmente una fraternidad entre las manos del Primogénito. Su palabra en nuestras voces unidas en un mismo anuncio. Su pan en nuestras manos, unidas en

una misma eucaristía. Su camino en nuestros pies, presentada en una misma senda pastoral. La fraternidad de los apóstoles no es optativa ni consecuente. Es constitutiva y necesaria. Se constituye en la eucaristía y se avanza en el camino. Necesitamos detenernos un momento.

Esta fraternidad se significa y se realiza sobre todo cuando los apóstoles "celebran la sagrada eucaristía con un corazón unánime" (PO. 8). Las manos del Señor se extienden, dándose él mismo a sí mismo "por ellos" en el pan y en la copa. Este "por ellos" sucede "en ellos" y "con ellos". Las manos del Señor toman las manos de los doce para darse en ellas, entrelazándolas, entretejiéndolas, en un único gesto. Son el pan y la copa de sus manos lo que les une a todos, pues en ellos sucede la representación de El mismo como cabeza. "En los obispos, a los que asisten los presbíteros, está presente ("adest") en medio de los creyentes Jesús Cristo, el Señor, como Pontífice supremo" (LG. 21). Ellos juntos actúan "en la persona de Cristo cabeza" (LG. 21, 28), compartiendo entre sus manos el pan, que el mismo Señor entrega, dándose en sacrificio y en comida. El Primogénito entre muchos hermanos ha querido presentarse delante de la mesa en la fraternidad sacramental de sus apóstoles, que al tiempo que es representación común es jerárquica para que se vea al único hermano y al único pastor, que incorpora, mediante las manos de sus apóstoles, al único rebaño de la única fraternidad. El obispo con su prebiterio en el único altar, presente en muchos, es así la plenitud de la representación. El "por ellos", les hace ser hermanos en el Señor en una necesaria colaboración, nacida de su constitutiva y recíproca incorporación.

En el pan y en la copa, en donde el Señor se entrega a sí mismo, nos entrega también su iglesia, la nueva humanidad y, por ello, su reino, la nueva creación. En el pan y en la copa se hace presente la iglesia una santa, católica y apostólica (LG. 26) y se prefiguran los nuevos cielos y la nueva tierra, que esperamos (LG. 35). No son las manos las que determinan el pan, sino que es el pan el que determina las manos. Las manos de los apóstoles se deben, pues, a la fracción del pan para todos los hombres hasta los confines de la tierra. El pan y la copa hacen ser al grupo de los doce una relación subsistente a la reunión de la iglesia universal y a la recreación del mundo universo. La fraternidad sacramental está constituida en el sacramento y para el sacramento del Señor. Pero para todo su sacramento en plenitud. Por eso estas manos que comparten el pan en la mesa, han de con-vocar juntas por la palabra del evangelio, han de con-sagrar juntas por la edificación de la koinonía y han de con-ducir juntas por la precedencia pastoral del seguimiento. La eucaristía contiene virtualmente todo el misterio pascual del Señor, pero para que éste se corporeice visiblemente la fraternidad de los doce ha de llegar a ser ésta una "fraternidad íntima". Lo que se da virtualmente en la mesa, ha de aparecer incoativamente en la existencia y en el camino compartido de los apóstoles.

La "fraternidad íntima" es la que se constituye desde el más profundo centro (intus/interior/intimus). Esto sugiere que no se constituye por nuestra relación interpersonal, aunque sea entrañable y amistosa, sino "en las entrañas de Cristo Jesús" (Fil. 1, 8). Allegados por el Señor misteriosamente a su misma entrega, en la eucaristía, no sólo nos comparte su aliento, sino en el Aliento de su Espíritu, nos comparte su gesto, su latido, la "caridad apostólica", la "caridad pastoral". "Ministerium fraternitatis" y "caritas apostólica" son momentos de un mismo acontecimiento de misión y de consagración. Ungidos en su misma unción, no sólo somos configurados como sacerdotes, sino como víctimas; no sólo como pastores, sino como corderos a sacrificar; no sólo como primogénitos, sino también como siervos. Entre las manos del Señor pasan a nuestras entrañas el mismo y único latido de las suyas: el "por ellos". Es así como comulgamos juntos su alma de Primogénito entregado como siervo. Los amigos comparten, comulgan su alma; los hermanos comulgan el alma de Cristo, los apóstoles el alma pastoral de Cristo, que se entrega a sí mismo por sus ovejas en la mesa y en el camino (Jn. 10, 15-18). Esto significa que la hondura de la fraternidad de los doce sólo se logra compartiendo juntos la palabra y el pan a la mesa. Más aún, orando juntos para adentrarse juntos cada vez más íntimamente en el misterio del Señor. Pues la caridad pastoral fluye de la eucaristía y sólo en oración personal y comunitaria, vaciando y abriendo juntos las manos, podemos acoger esta llama de amor viva que nace de más abajo de nosotros mismos, de la unción sacramental y de la cena pascual.

El Espíritu del Señor hace posible que la "fraternidad sacramental" se transforme en "fraternidad íntima", apareciendo así en el corazón de la iglesia y del mundo la nueva humanidad, en las que se transfiguran las relaciones de la vieja creación, innovada en la "comunión del Hijo". El obispo y los presbíteros, que se consagran por entero al servicio de una iglesia local, apacentando el rebaño del Señor "constituyen un presbiterio y una familia cuyo padre es el obispo" (CD. 28). El obispo es un "padre" (LG. 28), un "verdadero padre" (CD. 16), que debe tener a los presbíteros "verdaderamente como hijos" (LG. 27), como "hijos y amigos" (CD. 16), "como hermanos y amigos" (PO. 7). La plenitud del apostolado que sucede en el obispo es inseparable de la unidad de consagración y misión con los presbíteros. Por eso la verdadera relación entre el obispo y los presbíteros es el amor entrañable de la familia del Padre de la misericordia. Padre a hijos, hermano con hermanos, amigo con amigos. Estas son las palabras, inspiradas en el evangelio, que describen por dónde la fraternidad sacramental se puede convertir en íntima. Los presbíteros, por su parte, tienen que reconocer al obispo, que hace las veces del Señor entre ellos (cfr. Jn. 15, 15/LG. 28), como a padre, hermano y amigo. Son colaboradores necesarios, iniciados en los mismos misterios, manteniendo el mismo combate, pero como ha de aparecer aquel que es nuestra única cabeza, que reúne y guía al único rebaño, los presbíteros han de

permanecer fieles en la "comunidad jerárquica", que lleva consigo caridad sincera, obediencia sacerdotal y cooperación espiritual.

La "íntima fraternidad sacramental" entre los presbíteros lleva consigo la comunión en la oración, en la fraternidad y en la misión. Además de la acogida del Amor del Señor, a la que antes nos referimos, los presbíteros han de compartir este amor, en la comunidad de vida, de dones y de bienes. Llegar a tener un corazón y un alma viviendo en familia o encontrándose en familia, con frecuencia. En esta koinonía apostólica, vivida en torno a la mesa del Señor, desde la misión y para la misión, la mirada debe estar puesta siempre en los hermanos más pequeños: los hermanos que comienzan el ministerio, los que están enfermos, los que se sienten afligidos, los que están demasiado sobrecargados de trabajo, los que se encuentran fuera de su patria, los que están perseguidos, los que padecen la soledad, los que encuentran dificultades en el ministerio, los que incluso han fallado y se encuentran hundidos. Esta comunión apostólica en el Señor y en el Espíritu, donde se comparte el Espíritu todo lo que se es, se vale y se tiene, pendientes siempre de los pequeños, es signo y senda de nueva humanidad. En ella se puede realizar el milagro de llegar a ser "hermanos y amigos" (PO. 8). La fraternidad en el Señor conduce a la amistad más profunda y es señal de que viviendo como hermanos se puede alcanzar la plenitud de la existencia humana, en favor de todos.

La fraternidad íntima, corporización de la fraternidad sacramental no sólo expresa al Señor como primogénito y a la iglesia como fraternidad, sino que en ella se debe hacer también presente la mesa del reino. "Aunque se deban a todos, los presbíteros tienen encomendados a sí de una manera especial a los pobres y a los más débiles, a quienes el Señor se presenta asociado (Mt. 25, 34-45) y cuya evangelización se da como prueba de la obra mesiánica (Lc. 4, 18)" (PO. 6). Además de la representación del Señor en los apóstoles, de la que venimos hablando, existe la "repraesentatio Domini Judicis" en la persona de los pobres. Es también otra representación ante los hermanos, que está esencialmente unida a la aparición del reino del Padre. La comunidad de mesa con los pecadores y los pobres es la aparición prepascual. La identificación en el madero con los pecadores y los pobres es la aparición pascual. Los apóstoles que anuncian el evangelio del reino, realizado en la pascua deben siempre tener junto a sí a los desvalidos y alejados, para que en su misma fraternidad se diseñe la imagen viva del reino de Dios. Guiados por el Espíritu, que ungió al Salvador y lo envió a evangelizar a los pobres (Lc. 4, 18/PO. 17), los obispos y presbíteros, mucho más que todos los demás discípulos, rompan todas las barreras que les separan de los pobres para que su misma casa sea hogar abierto y permanente para todos los desvalidos (PO. 17). Esta fraternidad íntima de los apóstoles, que acoge y entraña a los pobres no sólo es signo y senda de la nueva creación que se difunde por la iglesia hacia el mundo, sino que es pre-

sencia alentadora hacia la unidad en la mesa, en el camino y en la consumación.

2. La re-presentación del Hermano entre los hermanos

En torno a la mesa de la eucaristía que preside el Señor en sus apóstoles, se sientan todos los demás hermanos. Todos son hijos y hermanos en él, en el mismo Espíritu. Todos comparten, por tanto, con él la misma misión, que él había recibido del Padre: reunir en uno a todos los hijos dispersos y sentarlos a su mesa, servida por los pobres, para alabanza de la gloria de su gracia. Los hermanos, sin embargo, comulgan en esta misión de distinta manera, según el don que han recibido del Señor para el servicio. "A cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia en la medida del don de Cristo" (Ef. 4, 7). Al grupo de los doce, les abrazó el Señor alentándoles su Espíritu en el sacramento del orden y quedaron constituidos para representarle como Primogénito a la cabecera de la mesa y de la marcha, obrando en la persona de Cristo cabeza. Pero a los hermanos, que están en torno a la mesa, también les abrazó el Señor alentándoles su Espíritu en el sacramento del bautismo y de la confirmación y quedaron constituidos en laicos, profetas, sacerdotes y reyes, que comparten la misión del Señor, como hermano entre hermanos, en la iglesia y en el mundo (LG. 30).

Ahora están sentados a la mesa de la eucaristía, punto de arranque y término de todo el camino. El Señor, por manos de los doce, les ha entregado el pan y la copa. En ellos está el don de sí mismo, en el que se entrega el don de su iglesia para su reino. A los que había tomado de la mano en el bautismo y la confirmación, sacramentos nacidos de la eucaristía, les confía ahora todo su misterio y los allega así en la unidad del mismo Espíritu. Al compartir el pan, pasan a ser cuerpo suyo, un único cuerpo bajo la única cabeza. El Señor, que encabeza el universo en la iglesia, les asocia como miembros vivos a compartir su misión para edificar su fraternidad y recapitular su creación. En el Aliento del Espíritu pasa a los laicos el "por ellos" del Señor. Pasa a estar "en ellos" y les incorpora unos a otros, a los laicos entre sí, a los laicos con los presbíteros. Está "con ellos" y ellos junto con él. Esta incorporación sucede entre las manos del Cristo pascual. En estas mismas manos el Señor les comparte al tiempo un mismo Espíritu, un mismo aliento, pero en dos carismas y servicios distintos: su re-presentación ante ellos, como Primogénito ante los hermanos y su re-presentación entre ellos, como Hermanos entre los hermanos. El mismo Espíritu que les une, les distingue. Son miembros de miembros, "en necesidad común" y unidos están en la mesa y en el camino, completándose para dejar pasar por sus manos la misma misión del Señor.

El encuentro sacramental del Señor con los laicos los hace ser en él

por el Espíritu. En el bautismo llegan a ser hijos y hermanos en él. En la confirmación llegan a ser apóstoles en él. En la eucaristía les comparte en el Espíritu la "caridad apostólica", que es el alma de todo apostolado. Pero en el carisma que reciben su "ser en Cristo" se implica esencialmente con su "ser en el mundo". Son en Cristo siendo en el mundo y son el mundo siendo en Cristo. Su don para el servicio les enraíza en el mundo. Han de poner la mesa en el corazón del mundo y por ello están existiendo en medio de él, entretejida su existencia con el tejido mismo del cosmos, de sus estructuras y de sus procesos. Y están en el mundo "desde dentro", como fermento (LG. 31), como sal (LG. 33), como alma (LG. 38). La eucaristía, que es el sacramento de Cristo, les siembra en la humanidad y en el mundo, para que los transfiguren. Por su servicio laical en la historia, que ellos realizan iluminando, gestionando y ordenando desde dentro como fermento de gracia, la humanidad en el mundo puede transfigurarse en fraternidad en torno a una mesa, para alabanza de gloria del Padre (GS. 42). El Señor, en su iglesia, que es el sacramento del Padre, es también el que desentraña el misterio del mundo hacia su plenitud, el sacramento del mundo. Ahora se ve la distinción e implicación entre presbiterado y laicado. Por manos de los presbíteros el Señor pone la absoluta novedad de la gracia, en la mesa de la eucaristía, puesta en la historia de los hombres. Y por manos de los laicos, la siembra en la tierra para que ésta germine en novedad hacia la nueva creación.

La representación del Señor que se realiza en los laicos parte de la mesa de la eucaristía, en donde se prefiguran los cielos nuevos y la tierra nueva y donde se les comunica el amor crucificado, que les hará ser en el mundo testigos y pregoneros de las realidades que esperamos. Su servicio se realiza en el paso de la iglesia al mundo, entre el señorío del Señor acogido en la iglesia y un mundo autónomo creado como gracia y desfigurado por el pecado, que gime esperando su liberación y reconciliación.

Los laicos, por su mismo carisma, están llamados a edificar la iglesia hacia dentro, en su paso hacia la siembra en el mundo para su transfiguración. Participan en la con-vocación de los hermanos, sobre todo por su trabajo catequético; participan en la congregación de los hermanos ayudando al seguimiento de Jesús, incluso a los pastores (1 Cor 16, 17-18), y aportando su servicio a la comunicación de los bienes (AA. 10). Y pueden ser llamados por los que han recibido el carisma de los doce, para colaborar más estrechamente en su misión, como aquellos hombres y mujeres que ayudaban a Pablo en el evangelio, trabajando mucho en el Señor (Fil. 4, 3; Rom. 6, 3ss; Hech. 18, 18, 26). Pero siempre su ministerio profético será distinto y complementario del de los presbíteros. Estos anuncian la palabra "en nombre y en la potestad" del Señor, aquéllos como testigos, que anuncian a Cristo "proclamándolo en el testimonio de la vida y de la palabra" (LG. 35). Por eso su proclamación sucede no sólo en la comunidad de los hermanos, sino en medio del mundo, en las

“condiciones comunes del mundo” expresando el mensaje “a través de las estructuras de la vida secular”. Su obra está destinada sobre todo “a la evangelización del mundo”, “a la dilatación e incremento del reino de Cristo en el mundo” (LG. 35). En esta evangelización en el paso de la iglesia por el mundo hacia el reino, se convierten así en testigos e instrumentos de la fraternidad en medio de la historia de los hombres (LG. 33). En realidad, debieran ser el fermento de la nueva humanidad que se siembra en el mundo desde dentro de él mismo, para hacerle germinar hacia la nueva creación.

Los laicos, por su mismo carisma, están llamados sobre todo a recapitular el universo bajo el señorío del Señor, que le encabeza, hacia la consumación del reino del Padre (Fil. 2, 8-9; 1 Cor. 15, 27-28). La creación fue creada como un hogar para la familia humana. La gracia primera constituyó al cosmos en su autonomía (Gen. 1, 31), bajo la primacía del Hijo del amor (Col. 1, 18/AA. 7), para que los hombres pudieran serse dándose a sí mismos. El pecado personal y después comunitario y cósmico, des-gració la gracia y des-figuró la figura. La humanidad ya no era familia de hermanos, sino escuadrón de esclavos en lucha. Hasta habían perdido su señorío. Ahora, en la iglesia, los hermanos han pasado de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la reconciliación. Es la libertad regia para compartir en la forma de siervos el servicio del Señor (LG. 36). Cuando los laicos son sembrados por el Señor en el mundo para poner en sus mismas entrañas la mesa del reino, todo su trabajo está elevado ya desde dentro por la gracia de Cristo. Ahora pueden ser fermento, sal y alma agraciando con la Gracia pascual, la gracia de la creación que se había desgraciado. Su tarea en el corazón mismo de las realidades terrenas serán la liberación para la comunión y la reconciliación (LG. 36). Alientan en el mundo el Espíritu de Cristo y con este aliento, que se difunde, lo liberan y transfiguran, lo informan y lo perfeccionan. Este servicio desde dentro en la germinación de la gratuidad perfecciona al mundo en su propio dinamismo y lo adecua a la vocación integral del hombre, pues hace que su autonomía se transfigure en koinonía donde aparezca la justicia del reino de Dios en la mesa para todos, pero sobre todo para los pobres (LG. 36; GS. 43; AA. 7). La gracia de la creación, así agraciada, puede abrirse a la palabra del evangelio, anunciada por la iglesia, en donde se proclama y se entrega la plenitud de la liberación y de la reconciliación del mundo, en el espíritu de las bienaventuranzas. “En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo” (Epist. Ad Diogn. 6/LG. 38).

Partiendo de la mesa del Señor, los laicos, en los que él mismo se hace presente como Hermano entre hermanos, comparten con los presbíteros en servicios distintos y complementarios la diakonía del mismo Señor que con-voca y con-grega la fraternidad y la con-duce por el mundo hacia el reino del Padre. La misión profética y pastoral del laicado aparece así en su profunda originalidad y relacionalidad. Pero, como la cena del Señor,

de donde partían, es también la cumbre de toda la obra apostólica, hacia allí han de caminar para presentar con todos los hermanos la ofrenda de alabanza de toda la humanidad y de toda la creación, desde donde sale el sol hasta el ocaso. Los frutos más fecundos de su misión, las iniciativas apostólicas, el trabajo diario, la vida de familia, el compromiso en las estructuras del mundo, las pruebas y los sufrimientos del camino son los "sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo" (1 Pedr. 2, 5), que en la eucaristía por manos de los presbíteros, se ofrecen para ser el cuerpo de Cristo, consagrando así el mundo a Dios (LG. 34). Ahora comprendemos cómo el carisma de los laicos, donde se entrega el "por ellos" del Señor, estando con los hermanos, "entre ellos" es un carisma para la transfiguración del mundo por la Gracia pascual, que ofrecida a la gracia de la creación y derramada sobre ella puede hacer germinar ya desde ahora los nuevos cielos y la nueva tierra donde habitará la justicia que estamos esperando, y que "ya ahora" han empezado a germinar.

La fraternidad sacramental de los presbíteros es paso hacia la fraternidad apostólica de presbíteros y laicos. En torno a la mesa del Señor, donde él mismo parte el pan y la copa, se ve la igualdad y la distinción de los hermanos. Todos hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano, todos "hermanos entre hermanos" (Mt. 23, 8/PO. 9), todos miembros de un mismo cuerpo bajo la misma cabeza para la misma edificación (Ef. 4, 7, 16/PO. 9) de la iglesia hacia el reino, al que el Padre llama a todos por su gracia (1 Tes. 2, 12; Col. 1, 13/PO. 9), haciéndolos a todos "discípulos del Señor". La diferencia, que lleva consigo la unidad, no crea, sin embargo, barreras de división, ni engendra relaciones de dominación. Todos son "hermanos en el Señor", en fraternidad compartida. Pues los laicos que tienen como Hermano a Jesucristo, el Señor que vino a servir, tienen también como hermanos a aquellos en quienes el Señor se presenta como Primogénito en la forma de siervo (LG. 32). Pero los presbíteros, en su carisma apostólico, han engendrado de alguna manera a los hermanos con el evangelio y el bautismo (cfr. 1 Cor. 4, 15; 1 Pedr. 1, 23) y por ello son "padres en Cristo" (LG. 28; PO. 9). En ellos se hace presente el Primogénito entre muchos hermanos, que es la aparición del rostro y de las entrañas del Padre. Los presbíteros, que presiden en la caridad la mesa y el camino, no pueden, por tanto, buscar sus intereses, sino los de Jesucristo (Fil. 2, 21/PO. 9), existiendo y caminando "a ejemplo del maestro", "que no vino a ser servido, sino a servir y a dar vida en rescate por muchos" (Mt. 20, 28/PO. 9).

Los presbíteros, en los que el Señor se hace presente como cabeza de su iglesia, encabezando el universo, han de ayudar a los hermanos en primer lugar a descubrir su vocación laical, en sus carismas multiformes, tanto los más humildes, cuanto los más elevados. Han de reconocerlos con gozo y han de alentarlos con solicitud. También habrán de ayudarles a su discernimiento probando si verdaderamente provienen del Señor (1 Jn. 4, 1). Pero, en segundo lugar, han de pro-mover estos carismas, en su

servicio a la iglesia y al mundo. Para cumplir su misión en el seno de la fraternidad deben encomendarles servicios para la edificación de la iglesia, dejándoles "libertad y espacio de acción" e invitándoles a que emprendan sus obras "por propia iniciativa" (PO. 9). Para que los laicos se inserten profundamente en el tejido vivo de las realidades terrenas, "honren con solicitud" la libertad que los laicos tienen en el mundo, pues sólo con esa justa libertad pueden edificar desde dentro la ciudad terrena. Desde sus frentes pueden aportar los laicos a toda la comunidad eclesial perspectivas inestimables para descifrar los signos de los tiempos. Los presbíteros tendrán que acoger fraternalmente sus deseos, escuchar gustosamente sus sugerencias y aceptar alegremente su experiencia y su competencia en los campos de la actividad humana.

En la fraternidad apostólica, presbíteros y laicos llegan a vivir el "espíritu de unidad", la "caridad de la fraternidad" (AA. 23). Por eso los laicos, siendo de verdad "hermanos en Cristo" (LG. 37), deben manifestar a los presbíteros con confianza y libertad las sugerencias del Espíritu, que ellos reciban en el camino de su servicio a la iglesia y al mundo. No sólo tienen el derecho de hacerlo, sino que en ocasiones tienen el deber. Su propio carisma les desvela el misterio de la iglesia y su misión evangélica en el mundo desde otra mirada distinta, complementaria y necesaria. A veces desde los frentes de la misión provienen las mejores iniciativas. Pero también los seglares, siguiendo el ejemplo de Cristo, que con su obediencia hasta la muerte abrió a todos los hombres el gozoso camino de la libertad de los hijos de Dios, deben aceptar "con prontitud y cristiana obediencia" todo lo que los pastores, como representantes del Señor, señalan en la iglesia cuando actúan como maestros y rectores de la fraternidad que les ha sido confiada (LG. 37). El apoyo mutuo a los hermanos que sirven a la comunidad en el puesto del Señor debe llegar incluso a la oración por ellos para que cumplan con gozo y no con angustia el servicio que les ha confiado el mismo Señor.

La fraternidad apostólica de presbíteros y laicos, que está también de alguna manera fundada sacramentalmente, pasa poco a poco a ser una íntima fraternidad. La "comunión fraternal" (LG. 37) es camino para la comunión de la iglesia y su misión en el mundo. Partiendo y llegando hacia la comunidad de vida, "en un solo corazón y una sola alma (Hech. 4, 32)", los hermanos al compartir los dones y servicios aumentan el sentido de la responsabilidad común, alientan la disponibilidad de todos y abren los caminos hacia la unidad. Entre todos pueden hacer un discernimiento de los caminos de la edificación de la iglesia y de su servicio al mundo. La mesa común de la eucaristía se agranda así en la koinonía para la diakonía. Y la fraternidad entera, fortalecida en el Señor, se entrega a "cumplir su misión más eficazmente por la vida del mundo" (LG. 37).

3. La re-presentación del Hermano allende los hermanos

Todavía el Señor hace otro milagro en la mesa de la eucaristía. La preside él, en sus apóstoles y comparte a todos, hijos y hermanos en él su misma misión: reunir la familia inmensa de hermanos, en torno a la misma mesa del reino, servida por los pobres y consumada en plenitud cuando él vuelva. Un mismo pan, una misma misión, una misma comunión, una misma salvación. Cuando el Señor parte el pan y la copa, en las manos de sus apóstoles todos proclaman: "anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús". Aquel instante es la plenitud del tiempo. En el pan partido se hace presente el pasado de la pascua, anticipándose al tiempo el futuro de la parusía. "Marana tha". Es un grito de presencia y de espera, de anticipación y de expectación. ¡Señor, ya has venido! ¡Ven, Señor! Entre sus manos ya está reunida la familia y ya está puesta la mesa. Y ahora en el corazón de la historia se siembra su gracia. Pero todavía no se han reunido todos los hijos dispersos; todavía no se han recapitulado los cielos y la tierra. El pan partido es el don de la transfiguración de la historia, pero es al tiempo el don que la trasciende para su consumación. En la mesa del Señor sucede, pues, un tercer carisma, el carisma de la vida religiosa, que completa el carisma presbiteral y el laical. Un puñado de hermanos debe expresar su gesto de caminar sobrepasando nuestra marcha y anticipando la mesa del último día. Si los laicos expresan el "ya" de su gracia sembrado en el mundo, los religiosos habrán de expresar el "todavía no" de la gracia, anticipando su consumación gloriosa.

El "por ellos" de la entrega pascual del Señor se da a todos los hermanos en la unidad del Espíritu, que está "en ellos", y les hace ser miembros de un mismo cuerpo, porque el Señor está "con ellos", en su comunión para su misión. Si los apóstoles expresan el "ante ellos" y son la representación del Hermano primogénito, cabeza de la iglesia y del mundo, los laicos y los religiosos representan al Hermano, que "está entre ellos" y que va "más allá de ellos". En un caso se hace presente "entre ellos" transfigurando la humanidad y el mundo, como fermento; en otro caso se hace presente "allende ellos", trascendiendo la humanidad y el mundo, como primicias y arras de la consumación. Todos los hermanos están llamados al amor consumado, a seguir "más de cerca" el anonadamiento y la exaltación del Señor, que reúne a su iglesia, por el mundo hacia el reino. En la iglesia la vocación a la santidad es universal (LG. cap. 5) y su consumación suprema es el martirio, la configuración entera con la pascua del Señor. Pero la consumación del amor se realiza en los distintos caminos, según el don recibido para el servicio.

El camino del amor consumado en el grupo de los doce es para expresar la precedencia del Señor, como Primogénito y Cabeza de la iglesia y del cosmos, en la mesa y en el camino. El camino del amor consumado en los hermanos, que han recibido el carisma laical es para expresar el "ya" de la pascua transfigurando el mundo. El camino del

amor consumado en los hermanos, que han recibido el carisma de la vida religiosa, es para expresar la consumación en el Señor. De esta forma el Señor, incorporando a toda su iglesia, para ser sacramento de salvación del mundo, arrastra en el Espíritu a todos sus hermanos, para participar de su travesía, en la que se desborda ya la plenitud que lleva todo a plenitud.

El carisma de la vida religiosa no está marcado por un nuevo sacramento. "Constituye una cierta consagración peculiar, que radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa de forma más plena" (PG. 5; LG. 44). Es un don para asociarse al "por ellos" del Señor, expresando la consumación de su pascua en la parusia. Por tanto, parte del sacrificio de la eucaristía y se asocia íntimamente a él. La cena del Señor expresa y realiza el carisma y la diakonía de la vida religiosa, pues en ella se nos da por entero la plenitud de la consumación, realizada ya en el Señor y que poco a poco irá irrumpiendo en la humanidad y en el mundo. En el "por ellos" del Señor que se entrega en el Espíritu se contiene toda la novedad de la nueva creación, que de una forma o de otra han de expresar todos los hermanos que parten el pan en la mesa. Unos aportándola desde el Señor, otros sembrándola en la historia, otros haciéndola gravitar hacia la consumación escatológica.

La anticipación de la consumación en el carisma de la vida religiosa hace que se trascienda la mediación para presenciar ya ahora la inmediatez de la ultimidad. "Sólo el Señor" es el latido más profundo de este gesto. Sólo él, por él mismo. "Sumamente amado", "amado sobre todo", "amado en su soberana primacía", "amado en la absoluta preferencia", "amado totalmente con corazón indiviso". De ahí "dejarlo todo" para "seguirle a él sólo", rastreándole "más de cerca", "más fielmente", "más permanentemente". Se trata de transponer las mediaciones en el exceso del amor pascual, que se da lo mismo en otros hermanos, pero en el gesto de la inserción y de la mediación. No un mayor amor, sino una forma distinta de amor, se encierra en el carisma de la vida religiosa. En su asociación al "por ellos" del Señor, sucede el amor apostólico, que les incorpora profundamente a la iglesia, para anticipar en ella la llegada del reino que por su servicio aparece anticipándose en el tiempo, en cuanto que la gracia desborda los umbrales de la historia por arriba y por debajo. Esta anticipación en la "perfectae caritatis" "evangelica testificatio" es lo que hará que se avive la gravitación escatológica en la iglesia peregrina hacia el último día.

La representación del Señor "allende los hermanos", lleva consigo una forma propia de liberación, para una forma propia de donación. La liberación de la vida religiosa está marcada por la gravitación escatológica. Es una liberación para la evocación de la anticipación. La pobreza es para mostrar que la tierra sólo se salva desde el cielo. Entre los pobres se ensaya el anonadamiento, cambiando la pobreza en la riqueza de la gracia, que más que mediar lo penúltimo, evoca lo último hacia donde hay

que dirigirse en la conversión del corazón, que desconoce todo obstáculo. La castidad libera de la "división del corazón", para sublimar el amor humano, sacramentalizando así en forma absoluta el desposorio del Señor con su humanidad en su iglesia, en un gesto que es símbolo y estímulo de la honda fecundidad de su amor. La obediencia intenta liberar de toda forma de "apoderamiento del propio ser", para estar disponible más fácilmente y más constantemente a la comunión en la obediencia de Aquél, que tomó la forma de siervo, haciendo aparecer la absoluta libertad del amor, en el vaciamiento de nuestra servidumbre. Si la liberación del carisma laical, llamado también al espíritu de los consejos evangélicos, era para expresar la transfiguración de la tierra, la liberación del carisma religioso es para evocar ya aquí la consumación de la tierra en el cielo. De una y otra forma, diversa y complementaria al tiempo, se expresa el amor insondable de Cristo, entregado por su iglesia al mundo.

La asociación al "por ellos" del Señor, caminando entre ellos, más adelante que ellos, sucede en la iglesia. "Viven para Cristo y para su cuerpo que es la iglesia" (PC. 1). Asociados más íntimamente a la iglesia, vinculados más estrechamente a la iglesia, por el amor de Cristo que en ellos ha de desbordarse. No están enriquecidos para ser una iglesia en la iglesia. Son a causa de la iglesia y por la iglesia, en una donación que expresa de forma especial la entrega de Aquel que la amó y se entregó por ella. La vida familiar y la vida religiosa son dos formas de aparición de su sacramento. El desposorio del Señor con su iglesia en forma de "vínculo indisoluble", de "desbordamiento anticipado", de forma que ya ahora no sólo parezca como la esposa que atraviesa el desierto, sino como la que ya está ataviada para la consumación del banquete nupcial. Existir la misión de la iglesia "en el estado de la parusía" hace que la vida religiosa se sitúe siempre en el monte de la contemplación o en las fronteras de la misión. En el monte santo, donde se grita incesantemente el "por ellos" de Jesús, mientras se permanece escondido con Cristo en Dios. Y en los márgenes de la historia, las partes más bajas, donde están los pobres, que no valen al parecer para la historia y donde se pueden ensayar nuevos frentes de novedad, con radicalidad y originalidad, avanzando la misión desde más abajo, hacia más adelante en riesgos que son distintos de la militancia laical, pero no menos arriesgados y atrevidos. Los excesos en este caso han de expresar la abundancia de la misericordia sobre la miseria.

La anticipación de la nueva humanidad, en el carisma de la vida religiosa en la iglesia es para evocar la nueva creación que ha de suceder en el mundo. Para abrirlo hacia el reino de forma inmediata y absoluta. La peregrinación de todo el pueblo santo, que no tiene ciudad permanente, sino que avanza hacia la futura, se convierte en la vida religiosa en añoranza viva y apremiante. Su contemplación y su apostolado, que deben estar penetrados del aliento que transpone todo obstáculo, que desestabiliza paradójicamente el mundo, que lo contradice y le evoca más

allá de sí mismo, es un sencillo testimonio del poder inmenso de la resurrección del Señor, en la que han empezado a consumarse todas las cosas. En estos hermanos debe mostrarse que los bienes celestiales se hallan ya presentes en el mundo, que la vida nueva conquistada por la resurrección del Señor, puede hacerse ya testimonio presente. De esta forma se prefigura la futura resurrección y la gloria del reino celestial, pues en la flaqueza de nuestro barro y del barro de los últimos de los pobres aparece, prefigurando la parusía, la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita de su Espíritu Santo (LG. 44). Este don de trascender el mundo no conduce a la evasión, sino a la anticipación por el camino de un testimonio de prefiguración. La nueva creación puede aparecer en el corazón del mundo, como siembra de la iglesia que en estos hermanos ofrece un resplandor de la gracia consumada para hacer gravitar la historia volcándola más allá de sí misma.

La presencia del carisma de la vida religiosa en la iglesia que peregrina en el mundo tiene así en verdad un carácter necesariamente paradójico. Están más presentes en el mundo, cuanto más escondidos están en las entrañas de Cristo y en los márgenes de la historia. Promueven la historia desde abajo, cuando viven más desde arriba. Atestiguan que la autonomía de la historia sólo se consume desde la heteronomía, que el mundo no se puede hacer verdaderamente cósmico, comunitario y pleno, si no es desde el Espíritu de las bienaventuranzas, que germinan desde lo absoluto, anticipado en el tiempo, desde la acogida del Señor, sólo porque es él, sin buscar ninguna funcionalidad de su amor más que la adoración y la glorificación. Es por eso una provocación al mundo, para que no trabajen en vano los que trabajan. Y ya en las sendas de la historia se vislumbra el rastro de la cruz gloriosa, en la gratuidad excesiva y paciente que expresa la liberación y la reconciliación, que todavía están pendientes, pero ya definitivamente consumadas por anticipado en la mesa del Señor que viene. La prenda de la vida futura que se nos da en la eucaristía toma así cuerpo en los gestos históricos, que completan los de aquellos hermanos que se insertan entre los hermanos, en el tejido presente y cotidiano, para que se muestre que la gloria sucede en el barro y que la historia ha sido tomada tan en serio, que ha llegado a ser tomada por el Verbo, haciéndose él mismo carne, para hacer aparecer la gracia y la fidelidad en una tienda, que abre las sendas del nuevo éxodo.

En torno a la mesa de la eucaristía, donde el mismo Señor parte el pan por manos del obispo y de su presbiterio, el Señor comparte sus dones y servicios a los hermanos incorporándoles al cuerpo de su iglesia para la peregrinación en el mundo hacia el reino. Precisamente la iglesia local es el espacio histórico donde toda vocación se expresa realmente y se realiza apostólicamente. En la iglesia local está presente la iglesia universal. Por eso, es en torno a la mesa de la iglesia local donde el carisma de la vida religiosa se integra en la comunión para la misión, tanto en su dimensión

de inserción como en su dimensión de exención. El puñado de hermanos, que ha recibido el don de la vida religiosa, forman parte integrante de la familia de la iglesia que peregrina en su lugar, dentro de los confines de una determinada cultura. En ella el obispo, con su presbiterio, es el principio y fundamento visible de la unidad. Los presbíteros, en las comunidades donde se hace presente la iglesia local, hacen presente al obispo y, por tanto, actuando en la persona de Cristo Cabeza, son los dispensadores de los misterios y los que ayudan a que se perfeccionen los hermanos en su vocación vivida en fidelidad y compartida en comunión y misión. Siendo modelos del rebaño, deben ayudar a los hermanos, llamados a la vida religiosa a que encuentren su puesto en la fraternidad eclesial, peregrina en esta tierra, a que sean fieles a su vocación y a que se mantengan en su servicio. Garantizando así su camino, deben ayudarles a encontrarse con las necesidades de la iglesia y las angustias y esperanzas de los hombres, sobre todo de los más pobres. Este servicio a la unidad, que excluye todo dominio y exige la mayor entrega, convierte a los hermanos, que presiden en el Señor en guías y compañeros, en padres y hermanos, en maestros y condiscípulos, en perfeccionadores y en testigos de la perfección.

Al mismo tiempo los hermanos, que han recibido el carisma de la vida religiosa, se integran así hondamente en el cuerpo vivo de la iglesia, en su mismo dinamismo, al que aportan la gravitación escatológica, pero haciendo suyos sus propósitos y proyectos, en la verdadera unidad y concordia que exige la misión apostólica. En efecto, la profesión religiosa se realiza en la mesa de la eucaristía, el corazón de la comunidad, punto de arranque y término de la misión. En ella no sólo los presbíteros reciben la entrega de su consagración, sino que la comunidad entera de los hermanos con su amor reconoce, recibe, sostiene y circunda a los que el Señor ha llamado a esta particular donación de sí mismos. Por eso, los religiosos "nutridos en la mesa de la ley divina y del altar sagrado, amen fraternalmente a los miembros de Cristo, veneren y aprecien con amor filial a los pastores, acrecienten de día en día su vivir y sentir con la iglesia, y entréguense totalmente a su misión" (PC. 6). Su comunión para la misión debe estar siempre unguada del aliento de la anticipación y por ello pueden ser presencia alentadora y precioso estímulo para que todos se animen al seguimiento del Señor. Sería de desear que su testimonio del amor pascual del Señor fuera tan vivo y transparente que fueran palabra que predica y sugerencia que interpela. Su carisma les integra profundamente en la misión de los doce y hay como una concertación armoniosa con la misión de los apóstoles, que debe traducirse en el amor común y apasionado por la iglesia y por los hombres. En muchas ocasiones prestarán una ayuda inapreciable a los presbíteros. Pero sobre todo completarán el carisma de los laicos y se dejarán completar por él. Pues, los dos carismas, distintos y unidos, expresan todo el dinamismo escatológico de la iglesia que transfigura y trasciende el mundo para la

llegada del reino de Dios. El amor a la unidad de la iglesia y su fiel y audaz misión en el mundo pueden ser vividos por los religiosos desde su experiencia de la presencia absoluta del Señor que viene, a la cual se entregan con infinita confianza, atestiguándola en amor excesivo y paciente ya desde ahora.

4. En el corazón de la Iglesia para la travesía del mundo

Este gran misterio de comunión, que estamos contemplando, se realiza en la iglesia universal que "se realiza de hecho en todas y cada una de las iglesias particulares, que viven en la comunidad apostólica y católica" (Testigos del Dios vivo, 41). El misterio de la iglesia local ha sido descifrado por el Concilio y abre una brecha importante hacia el porvenir (Textos centrales: LG. 26; SC. 41; CD. 11; textos complementarios: LG. 13, 23, 28; SC. 42; AG. 14, 15, 22; UR. 4; EO. 2-4). El Señor en la mesa de la eucaristía servida por los apóstoles constituye, incorpora y envía a la iglesia, en su misma comunión y misión. En primer lugar está el pan sobre la mesa. El pan de la palabra, en "la predicación del evangelio de Cristo", el pan del cuerpo en "la celebración del misterio de la cena del Señor". En la mesa el Señor, en la palabra y en el pan nos entrega su Espíritu y nos congrega y nos incorpora y nos envía. En la mesa, por el cuerpo y la sangre del Señor, se constituye el cuerpo de la fraternidad, pues pasamos a ser lo que comemos, cuerpo eclesial en el cuerpo inmoldado del Señor. Pero, en segundo lugar están las manos de los apóstoles que parten el pan de la palabra proclamada y del cuerpo entregado. Muchas manos en las manos extendidas del Señor. Las manos del obispo y su presbiterio. Este elemento es constitutivo, pues el rebaño se ha confiado al obispo con la cooperación del presbiterio, rebaño que ha de adherirse a sus pastores. "En todo altar, reunida la comunidad bajo el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y "unidad del Cuerpo místico de Cristo, sin la cual no puede haber salvación". En estas comunidades, por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la iglesia, una, santa, católica y apostólica" (LG. 26). La corporeización de la iglesia local en las comunidades eclesiales sucede de modo eminente en la parroquia, donde se hace visible la iglesia local y se representa la iglesia universal (cfr. SC. 42; CD. 30; AA. 10). En tercer lugar, debe considerarse también como elemento constitutivo de la iglesia local la tierra "en donde" la iglesia peregrina ("la iglesia de Dios que está en Corinto") (1 Cor. 1, 2), "en Roma" (Rom. 1, 7), "en Filipos" (Fil. 1, 1). Tal vez "esta tierra", "este pueblo", "esta cultura", "esta historia" tengan un carácter histórico salvífico, pues la humanidad es salvada en comunidad y en cosmos y esto sucede en unos marcos en donde pueden realizarse y descifrarse a sí mismos en un acontecimiento cultural, con el que empalma estrechamente el anuncio del evangelio (cfr. EN. 19; 20; 29; 32; 35; 40; 62; 63).

La iglesia universal no es una federación en conglomerado de las iglesias particulares, sino la presencia total y acrecida del único sacramento universal de salvación. La iglesia que se reúne en torno a la mesa del Señor, servida por los doce, encabezados por Pedro, es universal por vocación y por misión. Pero esta iglesia universal, "difundida por todo el orbe", se convertiría en una abstracción si no tomase cuerpo y vida precisamente a través de las iglesias particulares" (EN. 62). Las manos del Señor, en las que están al tiempo las manos de los obispos en la unidad de consagración y misión con los presbíteros, todos ellos encabezados por Pedro, se hacen presentes para toda la iglesia, y para toda la humanidad y todo el universo en una iglesia sembrada en una "porción de humanidad concreta" que tiene un sustrato humano, que habla una lengua, que tiene un pasado histórico y una herencia cultural, que afronta el futuro desde una determinada visión del mundo. La germinación escatológica de la historia, como la historia misma, sucede germinalmente. En la mesa de la eucaristía de cada iglesia local puede diseñarse en germen y parábola toda la nueva humanidad y toda la nueva creación. El pan y la copa unen las manos de todos los hermanos y las destinan a toda la humanidad y a todo el universo. La iglesia universal sucede en la iglesia local y la iglesia local en la iglesia universal. Un único misterio de comunión para la recapitulación.

En torno a la mesa de la eucaristía todos los hermanos comulgan el "por ellos" de Jesús. En el mismo "por ellos", en la unidad del Espíritu Santo, están incorporados todos en unidad de comunión y de misión. La koinonía que constituye el Espíritu, participación de la koinomía del Padre y del Hijo en el abrazo común del Espíritu (perichoresis) es un acontecimiento inmenso de gracia en unidad de la diversidad, para expresar la plenitud del misterio del Señor. En primer lugar, el carisma de los doce, representación del Primogénito entregado como siervo, en donde se entrega la absoluta novedad, para la total innovación. En segundo lugar, el carisma de los laicos, representación del que ha llegado a ser Hermano entre hermanos, en donde la absoluta novedad se siembra en la historia para su transfiguración. En tercer lugar, el carisma de los religiosos, representación del que camina entre los hermanos sobrepasándoles en el amor, que les arrastra hacia la consumación, para trascender la historia hacia su plenitud. En cuarto lugar, el carisma de los pobres, representación del Señor como juez, que viene a anticipar ya su juicio sobre la historia humana, confrontándola ya desde ahora con la justicia de su misericordia. Los presbíteros, teniendo junto a sí a los más pobres, compartiendo la mesa con los laicos y los religiosos, comparten todos el mismo amor apostólico del Señor, aunque en gestos distintos, y se van incorporando a su comunión para su misión en la "fraternidad apostólica".

En torno al gesto apostólico del mismo Señor todos se ven remitidos originariamente a conjuntarse y completarse. Unos a otros se necesitan

comunión en el servicio a muerte, en una asociación ilimitada de destino con el Señor. Su precedencia de Primogénito debe aparecer en la diakonía apostólica. Y su corporeización visible más transparente es la precedencia en la locura de la cruz. Pero no tanto como coherente imitación, cuanto como "extática" aclamación. Es así como podríamos entender la precedencia apostólica en la marcha de la iglesia peregrina en el mundo.

Se trata de que aparezca él, solamente él, exclusivamente él, en su misión, en su mediación, en su inmolación, en su encabezamiento. Se comprende que el carisma y el servicio apostólico impliquen una enérgica concentración cristológica. Los doce están referidos a la persona de Jesús, inseparablemente unidos a él, enteramente dependientes de él. Sólo desde él, sólo para él. Pero en su precedencia, es decir, en la ultimidad de su Amor, el Amor del Hijo primogénito, entregado a muerte en cruz, como esclavo y maldito por nosotros. El misterio pascual se entrega en la mesa de la eucaristía, por manos de los apóstoles, y éste mismo misterio, como eucaristía que se desentraña, es la forma de existencia y de camino de los apóstoles. De ahí que haya de pasar por él la ultimidad del amor del Señor en su misma minoridad.

La entrega última del Señor por nosotros ha sucedido en su cruz, convertida en mesa, en su cuerpo entregado y su sangre derramada. Cuando los apóstoles les prestan sus manos y todo su ser, para que él parta el pan en la mesa y en el camino, están dando al Señor el último testimonio de su Amor a El. Pero misteriosamente el último testimonio del Amor del Señor a nosotros, su entrega pascual en la Eucaristía, sucede en el último testimonio de Amor de los apóstoles a él, en el servicio apostólico que comienza siendo una asociación a su amor pastoral en su misma entrega, pero que propiamente se consume en el martirio, máximo testimonio de Amor. Los apóstoles, llamados antes que todos los demás discípulos a ser mártires, expresan así la precedencia de su Amor. Pero, como este Amor del Primogénito se ha realizado en la figura del siervo crucificado, la ultimidad del carisma apostólico debe suceder en la minoridad misma del Señor. El sirve a la mesa y encabeza la marcha desde el último lugar, pues no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar la vida en rescate por nosotros. Cuando su misericordia no sólo acoge nuestra miseria, sino que se identifica con ella en la suprema minoridad de la cruz es cuando verdaderamente aparece la absoluta precedencia de la novedad de su Gracia. La asociación a su pascua de modo singular hace que los apóstoles sean llamados originariamente a preceder a los hermanos, sobresaliendo en su amor pascual.

1. Preceder en la acogida del Señor, para que aparezca la altura de su Gracia

Por la altura de su gracia entendemos su entronización en la cruz, en donde fue encumbrado sobre todo y agraciado con el nombre sobre todo

nombre. La absoluta gracia de la cruz en su centralidad y soberanía. Los apóstoles, que han sido tomados de la mano en la misma travesía pascual, deben preceder a todos los demás hermanos en la acogida de la absoluta gracia de la Pascua, para que el mismo Señor aparezca sobre todos y sobre todo. En la tradición de Juan, el discípulo a quien amaba Jesús, expresa de modo gráfico y admirable esto que pretendemos expresar.

El discípulo amado estuvo recostado en el pecho de Jesús, en la cena, se mantuvo en pie bajo la sombra de la cruz, fue el primero en correr hacia el sepulcro vacío y señaló el primero al Señor que se presentaba delante de ellos en el amanecer de la pascua. En la mesa los apóstoles están junto al Señor, le visibilizan en sus manos. En la mesa está él, entregando todo su misterio pascual, en la palabra que se anuncia y en el pan que se parte. Dejarse amar por Jesús, dejarse pasar a sus manos y a sus entrañas. En su palabra y en su pan está toda la misericordia entrañable, en la llama de amor viva del Espíritu. Recostarse en el pecho de Jesús. Con las manos vacías y abiertas. Enteramente vacías, en absoluta acogida, para que el Señor se pueda aparecer en ellos como Señor en la fuerza soberana de su gracia. María aparece aquí como la imagen viva de esta asociación ardiente, de este consentimiento amoroso a la inmolación de la víctima que había salido de sus entrañas. El Espíritu realiza el milagro de la asociación de los apóstoles al Señor en la unidad más honda de su comunión. Como Jesús está vuelto a las entrañas del Padre, así los apóstoles pueden volverse a las entrañas de Jesús y dejarse entrañar en ellas en la unidad del Espíritu Santo. Como el Padre en Jesús y Jesús en el Padre. Así ellos en Jesús, en el aliento mismo del Espíritu que les comparte y desvela el misterio del Señor, conduciéndoles a la gracia y a la fidelidad enteras de su entrega pascual por nosotros.

Los apóstoles deben disponerse a la absoluta acogida del Señor en la obediencia de la fe, para pasar a él, en íntima intimidad. Un encuentro en la más desnuda inmediatez, donde sólo cuenta él y su misión. Encuentro que libera e incorpora, porque lo realiza el Señor en el Espíritu, cuando los apóstoles consienten en ello. El, por su comunicación a ellos, les convierte en hermanos y amigos suyos, para que, en comunión de vida en él y desde él, siendo discípulos, puedan ser apóstoles. En esta profunda comunión en el Espíritu los apóstoles se adentran en el "por ellos" de la caridad pastoral de su Señor. Esta caridad pastoral que fluye de la eucaristía y que es la eucaristía misma. El Señor en la mesa y en la cruz se entrega "por ellos", para que ellos sean consagrados en la fidelidad. Se entrega para que ellos se entreguen. De esta forma los apóstoles comulgan el "por ellos" del Primogénito que se entrega como siervo, del pastor que da la vida por sus ovejas, del pan que se deja comer por sus hermanos. Entrando de esta forma al misterioso amor con que el Padre ha amado al mundo, agraciándole en su Hijo único por la sangre de su cruz. En el "Aquí estoy por ellos, para alabanza de la gloria de la gracia del Padre". El latido del Espíritu en Jesús es comulgado por los apóstoles,

que, arrastrados por el Espíritu, se van transfigurando en imagen viva del hombre nuevo, entregado a la voluntad del Padre, para que amanezca su gracia y reúna a los hijos dispersos por el mundo.

Los apóstoles son así verdaderamente testigos. Han hecho todo el camino con Jesús y pueden entregar todo su testimonio. Pero no sólo han visto su historia y la han compartido, sino que la han descifrado desde dentro, porque el Espíritu se la ha revelado. Testigos del camino, como quiere Lucas, y testigos del misterio, como quiere Juan, son así el "typos" de todos los discípulos. No sólo por la ejemplaridad, sino, sobre todo, por la mediación. Han acogido al Señor, para ser camino de paso y que los demás puedan dejarse encontrar por él y acogerle. Anuncian lo que han visto con sus ojos, lo que han oído con sus oídos, lo que han palpado con sus manos. El Hijo unigénito, aparecido como Primogénito, es la palabra hecha carne, palabra historizada y crucificada, que ellos han acogido y comulgado, para que los hermanos puedan acercarse a ella en la comunión de la comunidad, que es el mismo abrazo de comunión del Padre y del hijo en la unidad del Espíritu. Los doce aparecen así como verdaderos discípulos, modelos de fe auténtica y plena. Ellos no sólo se han confiado a Jesús, sino que se han entregado a él. Han creído en Él, en la obediencia de la fe, que se convierte en amor. Y permanecen en este amor, en la proclamación de su misterio, que se comprueba en el amor de la fraternidad para que el mundo tenga la posibilidad de sentirse amado. De esta forma han de avanzar de día en día en la santidad, cada vez mayor, que es el dejarse santificar por el Espíritu del Señor, adentrándose en la comunión viva con él, hasta que ya no sean ellos, sino Cristo mismo quien en ellos viva, ame, anuncie, camine, sirva y muera. Esta experiencia originaria de los apóstoles es al tiempo la experiencia originante, pues desde ella se hace posible su precedencia en el camino de la comunión y de la misión.

2. Preceder en la comunión de su iglesia, para que aparezca la hondura de su Gracia

Por la hondura de su gracia, entendemos aquí el misterio de comunión, en el que consiste la iglesia del Señor. Todo su tejido estructural y jurídico no es más que expresión corporeizada de esta comunión. El Verbo, que asumió la carne, prolonga su misterio en el tiempo en un tejido social y visible, cuya hondura es la koinonía en el Espíritu, en donde sucede la nueva humanidad. Los apóstoles enraizados en esta hondura son siervos de la comunión, presencia visible de aquel que lava los pies y parte el pan a la mesa. Por ello han de preceder a los hermanos en el servicio de la comunión, para que aparezca él, presidiendo la mesa y alentando la comunión en todos, ayudándoles a entrar a su entrega "por ellos", que

funda la koinonía que él mantiene "con ellos".

El Señor parte el pan en las manos de los apóstoles. El pan partido, la pascua entera, es el carisma originario, en el que se contienen todos los demás dones, el que convierte todo lo que se es, se vale y se tiene en don para agraciar y agradecer. Los apóstoles son la mediación para que este pan pase a manos de los hermanos, originando toda la dinámica de la comunión. En el pan les entregan la fuerza para salir al camino a darse. Y al volver del camino el pan que compartieron en ofrenda pasa a ser otra vez pan que ha de consagrarse en la eucaristía. Si el Señor, a la cabecera de la mesa in-forma y rige la comunión, no es de extrañar que los apóstoles visibilicen y de alguna manera compartan este servicio. Y si el Señor lo hace tomando la forma de esclavo, los apóstoles no pueden ser otra cosa que siervos de esta "unidad de la caridad", que es "la fraternidad de la caridad". El carisma apostólico, que comparten los obispos y los presbíteros, bien puede llamarse "ministerio de la comunidad" y hasta puede decirse de él que, de alguna manera visibiliza y funda la unidad de la fraternidad.

La edificación de la unidad no es una gestión administrativa. Sucede en la precedencia en el amor, entregado en la misma fracción del pan. Los apóstoles, después que han partido el pan, ya no pueden apropiarse de su vida ni de la vida de los hermanos. En la total expropiación de su vida corporeizan a Aquel, que se perdió a sí mismo, haciendo posible que los hermanos ya no vivan para sí mismos, sino que tengan un solo corazón y una sola alma, siendo entrañas unos de otros y entrañando a los pequeños en el corazón mismo de la comunidad. Al partir el pan los apóstoles reciben la fuerza para amar todos y cada uno de los carismas de los hermanos, admirarlos, agradecerlos, vivenciarlos, alentarlos. Ellos ayudarán a que cada don tenga un sitio a la mesa, que se despliegue en la libertad, para poder compartirse en la comunión. Incluso tendrán autoridad, nacida del evangelio y de la eucaristía, para llamar a los hermanos a la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Ciertamente, renunciando a toda forma de liderazgo mundano, abandonando por entero sus intereses, aproximándose estrechamente a los más pobres. Esta precedencia en el amor logrará la comunidad de dones, donde cada hermano a su modo coopere a la obra común en la unidad. Pero el pan de la eucaristía que parten obliga a los apóstoles a la precedencia en la comunicación de los bienes. Si por sus manos han de pasar los bienes que todos los hermanos han de entregar a los pobres, cambiándose de sitio en la mesa, los apóstoles siervos de la koinonía escatológica de los bienes sólo podrán existir en la forma de Aquel que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza.

En la comunión de la iglesia local sucede la comunión de la iglesia universal. El carisma apostólico, compartido por obispos y presbíteros, es el carisma de la universalidad de la comunión y de la misión. Los apóstoles, por tanto, deben llevar en su corazón la solicitud por todas las

iglesias. Su comunión no radica tanto en organizar la totalidad, cuando hacerla germinar en una tierra y en una historia. Pero esta koinonía que germina en la iglesia local, servida por los apóstoles, es una dinámica escatológica de comunión en la que se despliega y revierte toda la comunión universal. Los apóstoles, por tanto, hacen presente en cada comunidad la iglesia universal, y su servicio a la edificación debe ser un servicio a la comunión universal de la vida, de los dones y de los bienes, con la mirada puesta siempre en los más pobres de entre los santos. Pues, en el fondo, el servicio apostólico a la comunión no es más que una sencilla y transparente mediación para que los hermanos, allegándose al Señor, en la unidad de Espíritu, entren a la comunión de su única iglesia, una, santa, católica y apostólica, que es su cuerpo, sembrado en el cuerpo de la humanidad y el universo para llevarlo a su plenitud. Por eso, la misión apostólica se puede resumir diciendo que es un servicio para que Cristo se forme en los hermanos y no sólo en cada uno, sino en la comunidad, que es su cuerpo, el cuerpo que se asocia al cuerpo inmolado, que ellos mismos parten entre sus manos. Estando bajo la cruz, ellos pasan a ser de la iglesia y la iglesia pasa a ser de ellos. Y su asociación al "por ellos" del Señor crucificado hace posible que precedan a los hermanos en la corporeización de la nueva humanidad, que germina en la koinonía eucarística, para irradiar como fermento y alma del mundo. La precedencia en la comunión implica la precedencia en la misión.

3. Preceder en la misión de recapitular el mundo, para que aparezca la anchura de su Gracia

Por anchura de la gracia entendemos la transfiguración escatológica de la humanidad y del universo realizada en el misterio pascual e irradiada por la iglesia desde la eucaristía hacia la recapitulación de todo bajo el Señor para gloria del Padre. La gracia pascual, Gracia regalada a la gracia de la creación, es una gracia en el tiempo que libera, reconcilia y plenifica la aventura humana. Ahora, en este nuevo tránsito de la historia, cuando parece adivinarse un momento nuevo de transfiguración, que aportará tal vez claves nuevas para descifrar el encuentro de la escatología y la historia, la gracia y la libertad, hemos empezado a hablar en la iglesia con una intuición que evoca lo que podía ser la nueva andadura: "la civilización del amor". Los apóstoles han de preceder a los hermanos en este servicio de recapitulación del cosmos, para que aparezca el Señor, a la cabecera de la marcha, alentando la misión en todos los hermanos, que con distintos carismas no sólo han de edificar la iglesia, sino recrear el universo en el Señor.

El pan partido por el Señor en manos de los apóstoles es ya la tierra nueva y los cielos nuevos, germinalmente sucedidos y entregados. Es una prefiguración de la parusía. Por eso, al partir el pan a los hermanos, los

apóstoles les pasan la fuerza de transfiguración de la historia por distintos gestos y servicios. Pues la iglesia, que se concreta e incorpora en la cena del Señor, es "sacramento universal de salvación", es decir, "germen de unidad" e "instrumento de redención de la humanidad y del universo" enteros. De la mesa parte y a la mesa retorna toda la dinámica de liberación y reconciliación. El carisma apostólico es, como hemos señalado, una diakonía de justicia y de reconciliación del mundo. Son los apóstoles los que deben preceder en las sendas. Siempre, y sobre todo, en los momentos cruciales en los que la misericordia de la pascua se derrama desbordantemente sobre la miseria de la humanidad para hacerla avanzar a sendas insospechadas, que todavía no están estrenadas ni casi entrevistas. A ellos les corresponde ayudar a cambiar las tiendas de campaña en la dirección del viento, que sopla fuerte para la nueva travesía.

El pan partido, en manos de los apóstoles, es toda la novedad. En él está toda la novedad que innova a la humanidad y la creación. Antes de que se abran caminos históricos de mediación, transfiguración y transposición, en los servicios del laicado y de la vida religiosa, el pan debe estar partido en la mesa. Y con el pan en la mesa se entrega tal sobre-abundancia de novedad, que a los apóstoles les corresponde, en primer lugar, ensayar los excesos de las nuevas sendas.

Para visibilizar el paso del Señor, el pionero de la vida, sería necesario hoy corporeizar la absoluta gracia de su cruz gloriosa en una nueva evangelización. Anunciar el evangelio de la gracia, para convocar y congregarse a la fraternidad de la gracia. Curar las heridas de los pobres en los nuevos signos mesiánicos, mediaciones de la gracia que los cura de dentro a fuera, los trae en la comunidad a servir y los alienta a ser pregoneros del reino ya comenzado. Iniciar unas nuevas formas de trabajo por la justicia, en los que la novedad de la gracia haga germinar una nueva comprensión del hombre, de la sociedad, del mundo y de la historia, y por ello, con nuevas claves de ensayo "la civilización del amor" en la economía, en la sociedad y en la cultura. Más atrás de los ensayos están las claves y, más atrás todavía, el aliento. En los gérmenes de la existencia evangélica, donde el Señor hoy hace agraciarse la gracia de la historia con la renovada gracia de Pentecostés, puede encontrarse el diseño y la evocación de lo que todavía apenas sabremos presentir. Y estos gérmenes que germinan en "esta tierra", en donde peregrina la iglesia local, son al tiempo germinación de toda la tierra, pues en ellos se esboza y se difunde el nuevo dinamismo escatológico, que se historiza en la aventura humana.

La precedencia en la misión es propia de los apóstoles, que lo son porque se han dejado amar y tomar de la mano por Cristo Jesús. El pequeño discípulo que estuvo en las entrañas del Señor en la mesa y en el madero es ahora el que mejor puede comprender el amanecer. Pues en la intimidad apostólica con su Señor, en el que se sienten los gritos y las

esperanzas de los hombres, se divisan también los signos de los tiempos, que no son más que las huellas del paso hacia adelante del Señor que encabeza la historia de los hombres. A los apóstoles les corresponde gritar "es el Señor", cuando amanece ya el día. Ellos, en la lumbre del Espíritu, conocen su paso y en la fuerza misma del Espíritu lo señalan y señalizan. Pues, el servicio apostólico no debe conocer el miedo al mundo, ni la fijación al pasado. Viviendo sólo para el Señor, son los testigos de la provisionalidad. Son peregrinos y residentes al tiempo. Y así alientan a la iglesia en su tránsito del pasado al presente, de la fidelidad a la novedad. Y pueden convertirse en presencia alentadora de todos los hermanos, tanto de aquellos que han de hacer visible el ya de la nueva creación por su inserción histórica en el mundo como aquellos que hacen añorar su consumación, sintiéndose huéspedes y advenedizos para hacer ingravar la marcha hacia el porvenir. En este sentido la solidaridad inseparable con los últimos de los pobres en los que aparece ya el Señor, como Pantócrator y Juez que viene, posibilitaría con mucho la sacramentalidad de esta presencia alentadora de los apóstoles hacia la recapitulación del universo.

Marcelino Legido

1 JN											
P.O.				L.G. (III)				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	3,16 4,1		14 9					3,8			14
								4,11			12

3 JN											
P.O.				L.G. (III)				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	8		8								

Ap											
P.O.				L.G. (III)				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	19,10		2	21,24			19				

ROMANOS											
P.O.				L.G. (III)				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
1,1			3	1,14-15 1,16			27 19,26	3,23		1,16 3,34 5,3-4 5,14	24 8 12 5 3
5,19			15					6,4-11			14 11
8,15		8,21	18 15							6,6 8,15 8,27	7,14 11
10,17	10,14-17		11 4 4					10,14			13
10,17		10,17	4	11,13			24				
12,1			2								
12,4	12,2		3,14 2								
12,4			2					12,6			28
12,10			9								
	15,16		2							14,7s	15
		16,25	13					15,16			23

1 COR.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
1,27		2,1	15 4	1,2			28	1,18-21		2,10	13
4,14		5,7	6	4,15			28	3,7			11
	7,31		5					3,8			40
	7,32-34		17					3,9			28
			16					3,10			15
9,14	9,7		20	9,16			17		8,6		3
9,19-20	9,19-23		20					9,16			7
	10,33		10					9,22			13
	11,26		3	11,26			28	10,32-33			24
		14,26	13								41
			2					12,11			23
			22					14,40			28
	15,24		2					15,23			2
								15,28			2,21

2 COR.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
		1,3	18	1,1			28				
	1,4		13								
	1,7		13								
	3,8-9		11					3,12			13
								4,6			42
	4,7		13							4,8	5
								4,10ss			25
				4,15			27			4,10	42
										4,15	7
		5,14	15							5,10	24
										5,15	15
								5,19			3
	6,14-15		3					6,4s			24
	7,4		14								
								7,4		7,14	13
											24
	8,9		17					8,2			24
	8,14		20					8,9			3
	10,8		6								
	11,2		16								
		11,6	4								
	11,7		4								
		11,28	10,11							11,28	38
	12,9		12								
	12,15		15								
	13,10		6					12,15s			12,25

GAL.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	1,10		6								
								1,16			24
	2,2		14					1,31			13
	2,5		4								
2,20			12								
	4,3		6								
	5,1		6								
	5,13		6							6,17	42

FLP.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
				1,1			20				
		2,4	13					1,20		2,5	13
								2,7			19
										2,7	24
2,7-8			15							2,8	24
										2,10	7,24
	2,21		9								15
										3,10	39
4,8			3							4,8	9
								4,11			25
	4,12		17								
	4,14		21								

1 TS.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
				1,5			26				
	2,12		9					1,6			13
					5,12-13		20	3,3-5			14

2 TS.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
								3,1			1

EF.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
								1,10		1,9	2
										1,10	3
										1,20	1,3,39
				2,20			19	2,20	2,-12		22
3,8	2,22		22								14
	3,9		13								9
			13,22								
3,20-21			22					3,12			13
								4,1			15
								4,3			9
	4,7		9								
	4,11-16		15						4,11-16		7
		4,12	8	4,12			28				
			12					4,13			36
	4,13		9							4,13	39
	4,14		9								5
	4,16		9					4,16			13
		4,24	16					4,20-24			12
								4,24			11
	5,10		15								
	5,19-20		5								

COL.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	1,13		9					1,13			3,14
										1,13	13
										1,15	8
									1,16		3
										1,20	1
								1,24			5
								2,9			3
								2,12-13			14
										2,15	11
	3,3		22					3,5-10			13
										3,10	11
				4,11			20	4,3			13

1 TM.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
4,15-16		2,4	15	1,12			24				
				2,5			28	2,4			42
		3,2-5	16					2,4-5			7
		4,11-13	4					2,6			26
			13		5,17		28				
	5,18	20			5,22	20					

2 TM.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
2,2			11		2,2		20	1,7			25
4,2			6	4,1-4			24				
	4,5		4		4,6		20				

TT.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
2,24	1,6 1,9		16 4 12		1,5		20				

1 PE.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	1,23		4					1,23			6
	2,5		2,22								
		2,5	8,22								
	2,9		2,22					2,9			15
	2,12		4								
	2,25		11								
	3,15		2								
	4,10ss		6					3,21-22			14
		5,4	7	5,3			28				

HBR.											
P.O.				L.G. III				A.G.			
Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento	Citas en el texto	Citas a pie de pág.	Citas implícitas	N.º del documento
	2,17		3							1,3	42
	3,9-10		13								
	4,15		3					4,15			3
	5,1		3								
		5,1	2	5,1-2			27				
				5,1-4			28				
				5,1-10			28			5,8	7
										5,18	7
	7,3		10								
				7,24			28				
	7,25		13								
	7,26		12								
										7,27	3
		9,14	13	9,11-28			28,28			9,12	3
		10,10	13					9,28			3
	10,19		13								
	10,22		13								
										10,32ss	24
	11,8		22					11,6			7
	13,1-2		8								
	13,16		8								
				13,17			27				
										12,4	24

APUNTE BIBLIOGRAFICO DE LA NOTA 3

Estudios exegéticos sobre apostolado en el Nuevo Testamento

- * I. B. LIGHTFOOT, "The name and office of an Apostle", en *Paul's Epistle to the Galatians* (1865), London 101890, Grand Rapids, 1969, 92-101.
- W. SEUFERT, *Der Ursprung und die Bedeutung des Apostolates in der christlichen Kirche der ersten zwei Jahrhunderte*, Leiden, 1882.
- E. HAUPT, *Zum Verständnis des Apostolats im NT*, Halle, 1895-6.
- H. MONNIER, *La notion de l'Apostolat des origines à Irenée*, Paris, 1903.
- P. BATIFFOL, "L'Apostolat", *RB*, 3 (1906), 520-532.
- * K. H. RENGSTORF, 'απόστολος, *ThW I* (1933), 406-448; δωδεκα II (1935), 325 ss., *Apostolat und Predigtamt*, Sturgart, 1934. 21954. E. G. Gulin, "Das geistliche Amt im Neuen Testament", *ZSTh*, 12 (1935), 296-313.
- * O. MICHEL, en *ThLZ* (1935), 225 ss. Recensión de los trabajos de Rengstorf "apóstolos" y "dódeka".
- * O. CULLMANN, "Le caractère eschatologique du devoir missionnaire et de la conscience apostolique de Saint Paul", *RHPPhR*, 16 (1936), 210 ss.
- F. GERGE, "The Origin of the Christian Ministry", en *The Ministry and the Sacrament*, R. Dunkerley (ed.), 1937, 343-367.
- K. L. SCHMIDT, "Le ministère et les ministères dans l'église du NT", *RHPPhR*, 17 (1937), 313-336.
- G. SASS, *Der paulinische Apostelbegriff. Eine theologisch-exegetische Untersuchung*, Diss, 1938; *Apostelamt und Kirche*, München, 1939.
- * E. KÄSEMANN, *Die Legitimität des Apostels. Eine Untersuchung zu Korinther, 10-13*, Darmstadt, 1942.
- L. CERFAUX, "Témoins du Christ (d'Après le Livre des Actes)", *Angelicum*, 20 (1943), 166-183.
- A. M. FARRER, "The Ministry in the New Testament", en K. E. Kirnk (ed.), *The Apostolic Ministry*, London, 1946; 31957, 113-182.
- F. GRAU, *Der neutestamentliche Begriff Charisma. Seine Geschichte und seine Theologie* (Dis.), Tübingen, 1946.
- * E. SCHWEIZER, *Das Leben des Herrn in der Gemeinde und ihren Dienste*, Zürich, 1946.
- * A. FRIDRISCHEN, *The Apostle and his message*, UUÅ Uppsala, 1947, 1-23.
- * H. F. VON CAMPENHAUSEN, *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht in der ersten drei Jahrhunderten*, Tübingen, 1948, 21963.
- L. M. DEWAILLY, "Mission de l'Église et apostolicité", *RSPPhT*, 32 (1948), 3-37.
- T. W. MANSON, *The Church's Ministry*, London, 1948.
- * H. SCHLIER, "Die ordnung der Kirche nach den Pastoralbriefen", en *Glaube und Geschichte*, Fests. F. Gogarten, Giessen, 1948, 38-60 (Zeit, 51972, 129-147).
- A. VERHEUEL, "De moderne exegeese over 'απόστολος'", *Sacris Erudiri*, 1 (1948), 380-396; "Der urchristliche Apostelbegriff", *StTh*, 1 (1947), 96-119; 2 (1948), 96-130.
- PH. MENOUD, *L'Église et les ministères selon le NT*, Paris, 1949.
- H. MOSBECH, "Apostolos in the NT", *STTh*, 2 (1949-50), 166-200.
- P. MUNCK, "Paul the Apostle and the Twelve", *ST*, 3 (1950-51), 111-123; 3 (1949), 96-110.
- J. H. LEUBA, *L'institution et l'événement*, Paris, 1950.
- A. WIKENHAUSER, "Apostel", *RAC*, 1 (1950), 553-555.
- J. BROSCHE, *Charismen und Ämter in der Urkirche*, Bonn, 1951.
- * E. LOHSE, *Die Ordination im Spätjudentum und im Neuen Testament*, Göttingen, 1951.
- H. RIESENFELD, "Ämbetet Nya Testament", en *En Bok om Kyrkans ämbete*, H. Lindroth (ed.), Estocolmo, 1951, 17-69.
- O. CULLMANN, *Petrus, Jünger, Apostel, Märtyren*, Zürich, 1952, 21960.

- * H. GREEVEN, "Propheten, Lehrer, Vorsteher bei Paulus". Zur Frage der 'Ämter' im Urchristentum", *ZNW*, 44 (1952), 1-43.
- G. LINSEN, *Het apostolaat volgen S. Paulus*, Nijmegen, 1952.
- J. GREEVEN, "Die neutestamentlichen Grudlagen der Kirchlichen Hierarchie", *HJ*, 72 (1953), 1-24.
- * E. LOHSE, "Ursprung und Prägung des christlichen Apostolates", *ThZ*, 9 (1953), 259-275.
- W. MICHAELIS, *Das Ältesteamt der christlichen Gemeinde im Lichte der Heiligen Schrift*, Bern, 1953.
- O. PERELS, *Apostolat und Amt im Neuen Testament*, Berlin, 1953.
- O. KUSS, "Kirchliches Amt und freie geistliche Vollmacht", 1955, en *Auslegung und Verkündigung*. I. Regensburg, 1963, 271-280.
- C. K. BARRET, "The Apostles in and after the NT", *SEÅ*, 21 (1956), 30-49.
- * E. M. KREDEL, "Der Apostelbegriff in der neueren Exegese. Historisch-Kritische Darstellung", *ZKTh*, 78 (1956), 169-193, 257-305.
- N. VAN BOHEMEN, "L'institution des Douze", en *La formation des Evangiles. Problème synoptique et Formgeschichte*, Paris, 1957, 116-151.
- * J. COLSON, *Les fonctions ecclésiales aux deux premières siècles*. Paris, 1957.
- J. COUTS, "The Authority of Jesus and the Twelve in St. Mark's Gospel", *JThS*, 8 (1957), 200-220.
- A. M. DENIS, "Investiture de la fonction apostolique par 'apocalypse' (sobre Gal 1, 16)", *RB* (1957), 335-362, 492-515.
- E. J. GOODSPEED, *The Twelve. The Story of Christ's Apostles*, London, 1957.
- M. KAISER, *Die Einheit der Kirchengewalt nach dem Zeugnis des NT und der Apostolischen Väter*, München, 1957.
- * W. NAUCK, "Probleme des frühchristlichen Amtsverständnisses", *ZNW*, 48 (1957), 200-220.
- M. SABRE, "Enekelen aspecten van het apostolat bij Paulus", *Collationes Brugenses et Gandavenses*, 3 (1957), 507-521.
- M. ASHCRAFT, "Paul's Understanding of Apostelship", *Review and Expositor*, 55 (1958), 400-412.
- A. T. EHRHART, *The Apostolic Ministry*, Edinburgh, 1958.
- W. NAGEL, *Der Begriff des Apostolischen in der christlichen Frühzeit bis zur Kanonbildung*, Leipzig, 1958.
- MARRER, "Paulus als der Apostel der Völker", *EvTh*, 19 (1959), 28 ss.
- W. BURGER, *De Twaalf in de Redactie van het oudste Evangelie* (manuscrito), Louvain, 1959.
- * E. SCHWEIZER, *Gemeinde und Gemeindeordnung im Neuen Testament*, Zürich, 1959.
- W. BURGERS, "De Instelling van de Twaalf in het Evangelie van Markus", *ETL*, 36 (1960), 625-654.
- * L. CERFAUX, "Par l'histoire du titre Apostolos dans le Nouveau Testament", *RSR*, 48 (1960), 349-372.
- J. COLSON, "Evangélisation et collégialité apostolique", *NRTh*, 82 (1960), 349-372.
- * E. KÄSEMANN, "Amt und Gemeinde im Neuen Testament", *EVB*, I, Göttingen, 1960, 109-134.
- * B. RIGAUX, "Die 'Zwölf' in Geschichte und Kerygma", en H. Ristow K. Matthiae (Hrsg.), *Der historische Jesus und der kerygmatischen Christus*, Berlin, 1960, 468-486.
- N. BROX, *Zeuge und Märtyrer. Untersuchungen zur frühchristlichen Zeugnisterminologie*, München, 1961.
- * G. KLEIN, *Die zwölf Apostel. Ursprung und Gestalt einer Idee*. Göttingen, 1961.
- E. R. MARTÍNEZ, "The interpretation of 'oi Mathetai' in Matthew 18", *CBQ*, 23 (1961), 281-292.
- K. H. SCHEKLE, *Jüngerschaft und Apostelamt. Eine biblische Auslegung des priesterlichen Dienstes*, Freiburg, 1961.
- * W. SCHMITHALS, *Das kirchliche Apostelamt*, Göttingen, 1961.
- P. BLÄSER, "Zum Problem des urchristlichen Apostolats", en *Unio Christianorum*, Fest. L. Jaeger, Paderborn, 1962, 92-107.

- * B. GERHARDSSON, "Die Boten Gottes und die Apostel Christi", *SEÄ*, 27 (1962), 89-131.
- W. TRILLING, "Jesusüberlieferung und apostolische Macht", en *Miscelanea Erfordiana*, Leipzig, 1962, 74-89.
- * F. HAHN, *Das Verständnis der Mission im Neuen Testament*, Neukirchen, 1963.
- P. BENOIT, "Les origines apostoliques de l'épiscopat", en H. Bouéssé et A. Mandovre, *L'évêque dans l'église du Christ*, Bruges, 1963, 13-57.
- * H. SCHÜRMAN, "Der Jüngerkreis Jesu als Zeichen für Israel", *GuL*, 16 (1963), 21-35.
- M. BARTH, *Der Augenzeuge*. Eine Untersuchung über die Wahrnehmung des Menschensohnes durch die Apostel, Zürich, 1964.
- O. CULLMANN, "Eschatology and Mission in the Neue Testament", en Ch. H. Dodd, *The Background of the NT and its Eschatology*, Cambridge, 1964, 409-422.
- * J. DUPONT, "Le Logion des douze Trônes (Mt 19, 28); Lc 22, 28-30)", *Bib*, 45 (1964), 355-392.
- R. P. MEYE, "Mark 4, 10: Those about him with the Twelve", *StEv*, II, 87 (1964), 211-218.
- L. CERFAUX, "La mission apostolique des Douze et sa portée eschatologique", en *Mélanges Eugène Tisserant*, I (Città del Vaticano, 1964), 43-66.
- * J. ROLOFF, *Apostolat-Verkündigung-Kirche*. Ursprung, Inhalt und Funktion des kirchlichen Apostelamtes nach Paulus, Lukas und den Pastoralenbriefen, Gütersloh, 1965.
- * E. GÜTTGEMANN, *Des leidende Apostel und sein Herr*. Studien zur paulinischen Christologie, Göttingen, 1966.
- S. LYONNET, *Apôstol de Jesucristo*, Salamanca, 1966.
- J. COLSON, *Ministre de Jésus-Christ ou le sacerdoce de l'Evangile*, Paris, 1966.
- C. ROMANIUCK, *Le sacerdoce dans le Nouveau Testament*, Lyon, 1966.
- * H. SCHÜRMAN, "Die Geistlichen Gnadengaben in den paulinischen Gemeinden", 1966 (Barauna), en *Ursprung und Gestalt*, Düsseldorf, 1970, 236-267.
- G. SCHILLE, *Die urchristliche Kollegialmission*, Zürich, 1967, 111-149.
- J. ERNST, "Amt und Autorität im Neuen testament", *ThG I*, 58 (1968), 170-183.
- S. FREYNE, *The Twelve: Disciples and Apostles*. A Study in the Theology of the First Three Gospels, London, 1968.
- * M. HENGEL, *Nachfolge und Charisma*, Berlin, 1968.
- W. MARXEN, "Die Nachfolge der Apostel. Methodische Überlegungen zur neutestamentlichen Begründung des kirchlichen Amtes", en *Der Exeget als Theologe*, Gütersloh, 1968, 75-90.
- E. MOLLARD, "Das kirchliche Amt im NT und in der Alten Kirche", *Oecumenica*, Gütersloh, 1968, 15-36.
- * R. P. MEYE, *Jesus and the Twelve*. Discipleship and Revelation in Mark's Gospel, Michigan, 1968.
- B. RIGAU, "Die Zwölf Apostel", *Conc*, 4 (1968), 238-242.
- J. ROLOFF, "Der johanneische 'Lieblingsjünger' und der Lehrer der Gerechtigkeit", *NTS*, 15 (1968-69), 129-51.
- A. SATAKE, "Apostolat und Gnade bei Paulus", *NTS*, 15 (1968), 96-107.
- J. BLANCK, "Kirchliches Amt und Priesterbegriff", en F. Heinrich (ed.), *Weltpriester nach dem Konzil*, München, 1969, 13-52.
- J. COLSON, *L'enigme du disciple que Jesus aimait*, Paris, 1969.
- * J. GNILKA, "Geistliches Amt und Gemeinde nach Paulus", *Kairos*, NF, 2 (1969), 95-104.
- H. KASTING, *Die Anfänge der urchristlichen Mission*. Eine historische Untersuchung, München, 1969.
- * K. Kertelge, "Die Funktion der Zwölf im McEv", *TrThZ*, 78 (1969), 192-206.
- * K. H. SCHELKLE, "Dienste und Diener in den Kirchen der neutestamentlichen Zeit", *Concilium*, 5 (1969), 58-164.
- * H. SCHLIER, *Das Amt und Autoritätsverständnis der Urkirche*, München, 1969.
- G. BORNKAMM, "Die Binde- und Lösegewalt in der Kirche des Matthäus", en *Die Zeit Jesu* (ed. G. Bornkamm-K. Rahner). Basel - Wien, 1970, 93-107.
- P. LE FORT, *Les structures de l'Eglise militante selon Saint Jean*, Genève, 1970.
- G. FRIEDRICH, "Das Problem der Autorität im NT", en G. Krems y otros (ed.), *Autorität in der Krise*, Göttingen, 1970, 9-50.

- A. GEORGE, "Des Douze aux apôtres et à leurs successeurs", en *Le ministère sacerdotal*, Lyon, 1970, 23-52.
- R. GIESRIEGL, *Amt und Charisma nach dem ersten Korintherbrief des Apostel Paulus* (Dis.), Salzburg, 1970-71.
- P. GRELOT, "La structure ministérielle de l'Église d'après Saint Paul", *Istina*, 15 (1970), 410-414.
- * K. KERTELGE, "Das Apostelamt des Paulus, sein Ursprung und seine Bedeutung", *BZ*, 14 (1970), 161-181.
- * F. HAHN, *Der Urchristliche Gottesdienst*, Stuttgart, 1970.
- R. PESCH, "Nicht Herrschaft, sondern Dienst, Amtstrukturen neutestamentlichen Gemeinden", en *Die Chance der Bräuderlichen Gemeinde*, Mainz, 1970, 9-17.
- * H. SCHLIER, "Die Neutestamentlichen Grundlagen des Priesteramtes", en *Der Priesterliche Dienst*, I, Ursprung und Frühgeschichte, Quaes. Dis. 46. Freiburg, 1970, 81-114.
- G. SCHNEIDER, "Die Zwölf Apostle als "Zeugen": Wesen, Ursprung und Funktion Einer lukanischer Konzeption", en *Christus zeugnis der Kirche*. Theologische Studien, ed. P. W. Sckeele. Essen, 1970, 39-65, 56-58.
- * W. TRILLING, "Amt und Amtsverständnis bei Matthäus", *Mélanges Bibliques, Hom. B. Rigaux*, Gembloux, 1970, 29-44.
- A. DESCAMPS, "Aux origines du ministère. La pensée de Jesus", *Rev. Theol. Louvain*, 2 (1971), 1-45.
- E. E. ELLIS, "Paul and His Co-Workers", *NTS*, 17 (1970-71), 437-452.
- J. HAINZ, "Zum Amtsverständnis bei Paulus". *Theologie der Gegenwart*, 14 (1971), 79-87.
- TH. LORENZEN, *Der Lieblingsjünger im Johannesevangelium*, Stuttgart, 1971.
- G. MAHLKE, *Der Apostelbegriff in der neutestamentlichen Forschung seit K. H. Rengstorf* (Dis.). Erlangen, 1971.
- * R. SCHNACKENBURG, "Apostel vor und neben Paulus", en *Schriften zum Neuen Testament*, München, 1971, 346 ss.; "Lukas als Zeuge verschiedener Gemeindestrukturen", *BuL*, 12 (1971), 232-247.
- P. STUHLMACHER, "Evangelium, Apostel, Gemeinde", *KuD*, 17 (1971), 28-45.
- U. BROCKHAUS, *Charisma und Amt*. Die paulinische Charismenlehre auf dem Hintergrund der frühchristlichen Gemeindefunktionen, Wuppertal, 1972.
- * K. KERTELGE, *Gemeinde und Amt im Neuen Testament*, München, 1972.
- A. FEUILLET, *Le sacerdoce du Christ et de ses ministres d'après la prière sacerdotale du IV évangile*, Paris, 1972.
- * F. H. AGNERW, *Apostolos in the New Testament*. The Origin of the Concept and the Term. A bibliographical Study, Denver, 1973.
- E. E. ELLIS, "Spiritual Gifts in the Pauline Community", *NTS*, 20 (1973-74), 128-144.
- F. HAHN, "Neutestamentliche Grundlagen für eine Lehre vom kirchlichen Amt", en *Dienst und Amt*, Regensburg, 1973, 7-40.
- J. A. JAUREGUI, *Testimonio y apostolado-misión*. Justificación teológica del concepto lucano apóstol-testigo de Act 1, 15-26, Bilbao, 1973.
- H. J. KLAUCK, "Das Amt in der Kirche nach Eph 4, 1-16", *WiWei*, 36 (1973), 81-110.
- * H. MERKLEIN, *Das kirchliche Amt nach dem Epheserbrief*, München, 1973.
- P. VON OSTEN-SACKEN, "Die Apologie des paulinischen Apostolates in 1 Kor 15, 1-11", *ZNW*, 64 (1973), 245-262.
- * F. HAHN, "Der Apostolat im Urchristentum. Seine Eigenart und seine Voraussetzungen", *KuD*, 20 (1974), 54-77.
- * G. SCHMAHL, *Die Zwölf im Markusevangelium*. Eine religionsgeschichtliche Untersuchung, *ThTZ*, 30, Trier, 1974.
- O. CULLMANN, *Der johanneische Kreis*, Tübingen, 1975, 74-88.
- * J. DELORME (dir.), *El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento*, Madrid, 1975.
- * E. LOHSE, "Die Gemeinde und ihre Ordnung bei den Synoptikern und bei Paulus", en E. E. Ellis-E. Gräsen, *Jesus und Paulus*, Göttingen, 1975, 189-200.
- F. NEYRINCK, "The 'Other Disciple' im Jn 18, 15-16", *ETHLov*, 51 (1975), 113-141.

- J. H. SCHÜTZ, *Paul and the Anatomy of Apostolic Authority*, London, 1975.
- * K. STÖCKK, *Boten aus dem Mit-Ihm-Sein*, Das Verhältnis zwischen Jesus und den Zwölf nach Markus, *An. Bib.*, 70, Roma, 1975.
- E. NELLESEN, *Zeugnis für Jesus und das Wort*. Exegetische Untersuchungen zum lukanischer Zeugnisbegriff, Bonn, 1976.
- J. ROHDE, *Urchristliche und frühkatholische Ämter*, Berlin, 1976.
- K. KERTELGE (ed.), *Das Kirchliche Amt im Neuen Testament*, Darmstadt, 1977.
- E. BEST, "Mark's Use of the Twelve", *ZNW*, 69 (1978), 11-35.
- M. LEGIDO, "La fraternidad apostólica de Jesús", en *De dos en dos*. Apuntes sobre la fraternidad apostólica. Salamanca, 1980, 73-145.
- * A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el nuevo testamento*, Salamanca, 1984.

CONFORMAR LA VIDA CON EL MISTERIO DE LA
CRUZ DEL SEÑOR

REFLEXION EN COMUN

Comunicaciones:

J.I. TELLECHEA, Espiritualidad sacerdotal en la época moderna.

B. JIMENEZ DUQUE, Espiritualidad sacerdotal en la época contemporánea.

D. MUÑOZ LEON, Espiritualidad del Buen Pastor en el Nuevo Testamento.

P. TENA, Espiritualidad litúrgica del sacerdote.

S. GAMARRA, La espiritualidad presbiteral y el ejercicio ministerial según el Vaticano II.

L. TRUJILLO, El presbítero en el Presbiterio.

F. PARRILLA, Iglesia diocesana como fuente de espiritualidad del presbítero diocesano secular.

J. MARTIN ABAD, La espiritualidad en "La formación para el ministerio presbiteral".

Mons. R. TORRELLA, Espiritualidad sacerdotal en los movimientos apostólicos.

J. ESQUERDA, Asociaciones y espiritualidad sacerdotal.

J. DEL RIO, Espiritualidad sacerdotal en los escritos de San Juan de Avila.

J. BESTARD, Espiritualidad sacerdotal ante la nueva etapa de evangelización.

M. GUERRA GOMEZ, La "conformación" con Jesucristo, nota específica de la espiritualidad cristiana, y sus matizaciones ministeriales o sacerdotales.

L.F. MATEO SECO, La unidad de vida de los presbíteros.

J.A. ABAD, La espiritualidad del presbítero diocesano secular en el magisterio de Juan Pablo II.

F. GAMARRA, Líneas de convergencia en la espiritualidad del presbítero diocesano secular.